
UNA
JUGADA
imprudente
BACKFIELD LOVERS #3
CHARLOTTE LION

UNA JUGADA imprudente

BACKFIELD LOVERS #3

CHARLOTTE LION

Copyright © 2025 Charlotte Lion

Todos los derechos reservados

Diseño de la cubierta: Charlotte Lion

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: diciembre 2025

ISBN:

Depósito Legal Z 1886-2025

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y los siguientes del Código Penal

CAPITULO 1

MADISON

El edificio del club se levanta ante mí como un bloque moderno que intenta intimidar, pero a estas alturas de mi vida ya no hay nada que me impresione de verdad. Ni estadios, ni directivos, ni egos hinchados con contratos millonarios.

Respiro hondo, ajusto el bolso al hombro y entro. Estoy preparada. No vengo a hacer amigos.

Vengo a trabajar.

El vestíbulo tiene a gente entrando y saliendo con prisa, auriculares puestos, alguien arrastrando una camilla de fisio, voces llamándose de un pasillo al otro. Me dirijo al mostrador.

—Madison Blake —digo, enseñando mi acreditación—. Psicóloga deportiva. Me esperan en los vestuarios.

La recepcionista asiente.

—Sí, justo al fondo del pasillo. Ya están todos dentro.

"Todos."

Qué alegría.

El director del club, al que conocí en la entrevista, se acerca hacia mí. Traje gris, corbata perfectamente alineada, sonrisa diplomática que no termina de llegar a los ojos. Me extiende la mano apenas piso la moqueta azul marino del vestíbulo.

—Madison Blake. Encantado, de verdad —dice, estrechándomela—. Bienvenida a Los Angeles Vultures. Somos conscientes de que llegas en un momento clave de la temporada.

—Gracias. Estoy lista para empezar cuando vosotros queráis —respondo, firme.

—Eso pensaba yo —dice—. Ven, te acompaño. La plantilla te está esperando.

Seguimos por un pasillo ancho decorado con fotografías gigantes de jugadas históricas. Choques de cascos, capturas imposibles, músculos en tensión. Todo muy inspirador si te va ese tipo de épica. Yo prefiero otras cosas.

—Quiero que sepan que tu presencia aquí es prioritaria —añade el director mientras caminamos—. Estamos apostando fuerte por la salud mental. Nos parece muy acertada su propuesta de realizar sesiones grupales e individuales para mejorar la dinámica del equipo.

—Perfecto —respondo—. Solo necesito una cosa para que funcionen.

—¿El qué?

—Privacidad.

Él asiente, complacido, como si estuviera de acuerdo, aunque no entienda el alcance de la palabra.

Llegamos a la puerta doble del vestuario. Oigo risas, golpes contra taquillas, un "tío, no puede ser que fallaras eso" entre carcajadas. El director abre sin anunciarse.

Treinta ojos se giran hacia nosotros.

Un par de jugadores se incorporan de golpe. Otros se quedan sentados, evaluando. El olor a sudor, desinfectante y crema me envuelve de inmediato. Es familiar. Lo he vivido en otros deportistas. Lo mismo de siempre.

Pero hay algo distinto en la esquina derecha.

O, mejor dicho, alguien.

Carter Reed.

Camisa térmica negra, brazos cruzados, expresión sobrada. Postura que grita: "Soy el mejor de aquí y lo sabemos todos". Sus ojos verdes recorren mi figura sin pudor alguno, como si estuviera catalogando mis partes antes siquiera de procesar mi nombre.

Magnífico.

Creí que había quedado clara mi postura en la fiesta anterior, pero está claro que le llamo la atención. Pronto terminaremos con eso.

Es un payaso. De estos siempre hay uno.

—Chicos —dice el director, proyectando la voz—. Esta es Madison Blake, vuestra nueva psicóloga deportiva. Ha trabajado con

deportistas de primer nivel y viene a ayudarnos a reforzar el rendimiento… desde la cabeza.

Carter levanta una ceja, claramente divertido.

—¿Y quieres que nos demos la mano y nos pongamos a cantar, doctora?

—No soy doctora y si te gusta cogerte de la mano con tus compañeros yo no te lo prohibiré, jugador.

—Soy Carter.

—Reed, compórtate —regaña el director como si fuera un estudiante de parvulario.

—Si no le importa —añado antes de que el director siga hablando—, preferiría empezar a solas. Las sesiones funcionan mejor si no se sienten observados.

El director me mira, sorprendido, pero asiente.

—Por supuesto. Cualquier cosa que necesites, solo tienes que pedirla.

—Lo haré, gracias —respondo.

Cuando sale, cierro la puerta. Dejo la carpeta en un banco, avanzo con calma hasta la pizarra y me giro hacia ellos. Silencio total. Esa clase de silencio en el que todos esperan que te tiemble la voz.

Pues no.

Puede que todavía no me respeten, pero lo harán.

—Buenos días —digo. Mi saludo suena firme, seco, sin aire entre líneas—. No estoy aquí para ser vuestra amiga, ni para daros discursitos motivacionales al estilo "cree en ti". Eso lo dejo para las galletas de la fortuna. Mi trabajo es uno: ayudar a que vuestra cabeza no os sabotee en el campo.

Algunos se miran entre sí, incómodos. Otros asienten porque ya han pasado por psicólogos antes. Y luego está él.

Carter.

Apoyado en la taquilla como si el vestuario entero existiera en función de él. Sonrisa ladeada. Mirada divertida. Energía de "vamos a ver de qué pie cojeas".

—¿Y eso cómo funciona exactamente? —pregunta, alto, para que todos le oigan—. ¿Te contamos nuestros traumas de la infancia o primero nos tumbamos en un diván?

Risas. Varias. Demasiadas.

Estupendo.

—No tengo diván —respondo—, pero si lo necesitases, puedo pedir uno plegable. Aunque por cómo hablas, diría que tu problema no está en la infancia, sino en… controlar el impulso de interrumpir.

Más risas. Conozco a todos los dossiers que me ha proporcionado el equipo. Kevin suelta un "buah, te la ha metido doblada, tío".

Carter sonríe, pero se nota la tensión en su mandíbula. Me está midiendo. Perfecto. Yo también lo mido a él.

—Solo preguntaba —dice, con esa sonrisa que debe usar para conseguir lo que quiere—. No sabía que las psicólogas eran tan estrictas.

—No soy estricta —contesto—. Soy clara. A diferencia de algunos, no necesito provocar para sentirme cómodo aquí.

El vestuario hace un ruido colectivo, ese "uuuhh" típico cuando alguien gana el intercambio verbal.

Los ojos verdes de Carter se fijan en mí.
Y, por un segundo, veo algo parecido al desafío puro.

—Si me lo permites me gustaría recordarte que este equipo lo forman más personas además de ti. Así que te pido que te sientes, te calles y me dejes continuar.

Todos aplauden encantados. Y él se sienta como le he pedido de forma reticente y se que lo he logrado. Aquí mando yo. Puro orgullo herido.

—Esta temporada va a ser muy interesante, tíos —dice uno de los jugadores de atrás al que no logro ver con claridad.

—Vamos a empezar con algo sencillo —continúo, ignorándole —. Quiero que cada uno piense en un momento de la temporada pasada en el que su cabeza ha sido un obstáculo. Cansancio mental. Estrés. Falta de foco. Miedo.

Silencio pesado. Ese típico silencio que precede a la honestidad… o a la rebelión.

—Comprendo que esto no es propio de vuestra dinámica, pero dejadme deciros que no sois "menos hombres" por hablar de cosas que están aquí —digo mientras me llevo la mano al corazón.

—¿Y si uno no tiene "miedos"? —dice Carter, levantando la mano como si estuviéramos en el colegio—. Lo pregunto por un amigo, ¿eh?

—Tu amigo debe de ser un caso clínico fascinante —respondo —. Dile que pase a verme y le hago un hueco especial. Preferiblemente cuando no haya cámaras cerca.

Algunos se doblan de risa. Marc niega con la cabeza, divertido. Hasta un novato en el fondo se tapa la boca para contener la carcajada.

Carter no ríe. Solo me sostiene la mirada, intenso, como si quisiera desmontarme capa a capa.

Pues suerte.

—Antes de que sigas haciéndote el chistoso —añado—, hazme un favor, Reed.

—¿Sí? —pregunta, inclinando la cabeza, voz suave, peligrosa.

—Intenta no hablar durante dos minutos. A ver si eres capaz.

La explosión de risas es inmediata.

El vestuario entero aplaude el golpe. Carter chasquea la lengua, pero sonríe con cierta rabia. Lo he tocado.

Lo sé. Y él también lo sabe.

—Hoy solo vamos a hacer una dinámica grupal muy sencilla. Quiero escucharos. Saber qué está funcionando y qué no a nivel mental. No se trata de juzgar a nadie, sino de poner palabras a lo que ya pasa aquí dentro.

Levanto la tapa del rotulador negro y escribo en la pizarra: PRESIÓN / MIEDO / EXPECTATIVAS.

—Permitidme que empiece con algo obvio: jugáis en primera línea de fuego. Hay cámaras, contratos, titulares. Y, aun así, se espera que rindáis siempre al máximo. ¿Quién quiere ser el valiente que diga en voz alta que a veces esto es duro?

Silencio. Miradas evasivas. Uno que finge atarse las botas. Otro que se mete la camiseta por dentro del pantalón como si fuera de repente urgentísimo.

Y, cómo no, la voz que rompe la tensión es la que ya imaginaba.

—¿Incluye eso hablar de nuestros sentimientos, doctora? —pregunta Carter, con una sonrisa que le llena casi toda la cara—. Porque no sé si mi lado sensible está preparado para compartir con tanta testosterona presente.

Un par de carcajadas estallan cerca. Él se las bebe como gasolina. Vuelve a mirarme, esperando verme tartamudear, ruborizarme, retroceder un paso.

No lo hago.

—No soy doctora —respondo, sin borrarle la mirada—. Soy psicóloga. Y no me interesa tu "lado sensible", Reed. Me interesa que no te auto boicotees en la yarda decisiva porque tu cabeza está en cualquier sitio menos en el campo.

Las risas cambian de dirección. Esta vez no son con él, sino a costa de él. Veo cómo un par de compañeros se tapan la sonrisa con la mano. Kevin suelta un "ouch" en voz baja. Marc simplemente inclina la cabeza, como si hubiera esperado algo así.

La sonrisa de Carter se queda quieta, congelada un segundo. Sus ojos se entornan, brillan. Hay algo hay detrás, rápido, que casi se me escapa: un chispazo de orgullo herido.

Bien.

—Vaya —dice, ladeando la cabeza—, empezamos fuerte, ¿eh? ¿Así tratas a todos tus… pacientes?

—Aquí no hay pacientes —contesto—. Hay profesionales que quieren alargar su carrera y cuidar su salud mental, y otros que prefieren fingir que nada les afecta. Tú decides en qué grupo estás.

No estoy aquí para pelear con él, me recuerdo. Pero tampoco voy a dejar que marque el territorio.

—Vale, probemos otra cosa —añado, girándome hacia el resto —. Levantad la mano solo para mí, sin decir nada en voz alta, los que alguna vez os hayáis ido a casa después de un partido con la sensación de que no valéis para esto.

Dudo un instante, pero no más.

Una mano se alza en la esquina. Después otra. Otra más. En cuestión de segundos, casi todo el vestuario tiene la mano levantada o la está levantando a medias, como si les diera vergüenza admitir que también son humanos.

Miro a Carter. Sus manos siguen cruzadas frente a su pecho. Pero su mirada ya no tiene la misma chulería hueca; ahora contiene algo que parece… incomodidad.

—Bien —digo, sin señalar a nadie—. Pues eso es de lo que vamos a hablar aquí. De lo que no se ve en los titulares.

Dejo el rotulador sobre la pizarra y giro de nuevo hacia ellos.

—Primero, unas normas. Uno: lo que se hable en estas sesiones grupales se queda aquí. No sale a redes sociales, no se convierte en chisme en el pasillo, no se usa para humillar a nadie. Dos: nadie está obligado a compartir más de lo que quiera. Hablar es una elección, no un castigo. Tres: el respeto no es negociable. Ni entre vosotros ni hacia mí. Si alguien tiene un problema con eso, la puerta está ahí.

Señalo la salida sin dramatismos. Nadie se levanta. Un par incluso enderezan la espalda como si hubieran recibido una orden del entrenador.

—¿Preguntas? —añado.

Carter levanta la mano, muy despacio. Lo hace con un gesto aparentemente inocente que no me engaña ni un segundo.

—Sí, Reed.

—Solo para aclarar —dice, con tono teatral—: cuando dices que lo que se habla aquí no sale fuera, ¿incluye cuando alguien confiese que llora viendo anuncios de perritos?

Más risas. Incluso yo tengo que reconocer que el comentario tiene gracia. Pero no sonrío. Si le doy un dedo, me cogerá el brazo entero.

—Si alguien llora viendo anuncios de perritos —respondo—, lo último que necesita es un compañero que se ría de ello. Y, por cierto, si crees que llorar te hace menos hombre, quizá seas tú el que más necesite estar sentado en este círculo.

El silencio cae como una manta durante un segundo cargado. Después, Kevin suelta una carcajada seca.

—Joder, tío, te la has ganado —le dice a Carter, dándole un golpe en el hombro.

Carter me mira fijamente. Podría disparar otra broma. Podría seguir estirando la cuerda. En cambio, hace algo que no esperaba: levanta ambas manos en un gesto de rendición exagerado.

Comenzamos la dinámica. Les pido que, en pequeños grupos, escriban en tarjetas anónimas cuál es su mayor miedo esta temporada. No hace falta que pongan nombre. Solo palabras. Fallar. Lesionarse. Perder el puesto. Defraudar a la familia. Defraudarse a sí mismos.

Las tarjetas se amontonan en mis manos. Las leo en voz alta, una por una, sin mirar a nadie en particular. El ambiente se va

volviendo más denso, más honesto. Ya no están tanto en "modo vestuario", sino en una especie de sala intermedia entre lo privado y lo público.

En algún momento, mientras recojo una tarjeta del suelo, siento una mirada pegada a mi nuca. No hace falta que levante la vista para saber de quién es.

Carter Reed: ego desmedido, chistes a la defensiva, resistencia a la vulnerabilidad, autoridad dentro del grupo.
Problema potencial. Tema prioritario.

Cuando la dinámica termina, agradezco su participación y les digo cuál será el calendario aproximado de sesiones individuales y grupales. El murmullo general se reanuda, algunos se levantan, otros se acercan a preguntarme cosas sueltas sobre horarios o compatibilidad con sus tratamientos físicos.

Carter se queda un momento más en su banco, como si dudara de si venir o no. Finalmente, se levanta, pasa a un par de metros de mí y suelta, sin mirarme:

—Bienvenida al infierno, Blake.

—Me he entrenado toda la vida para lidiar con él —respondo sin pestañear.

Él se ríe por lo bajo, se aleja hacia las duchas. El eco de sus pasos resuena en las baldosas.

Recojo mis cosas, cierro la carpeta y salgo del vestuario con el corazón latiendo un poco más rápido de lo que me gustaría.

No es por él. No es por sus ojos verdes, ni por su sonrisa de portada, ni por su cuerpo perfectamente esculpido. Es por lo que representa. Caos. Imprevisibilidad. Imprudencia

Mientras camino por el pasillo de vuelta a mi nuevo despacho, repito en mi cabeza, como una orden:

"Este tío es exactamente lo que no necesito en mi vida. Y mucho menos en mi consulta."

CAPITULO 2

CARTER

El vestuario huele a sudor y testosterona que se queda flotando en el aire después de un entreno. Cuando vuelvo a entrar, tras la charla con la psicóloga, Marc y Kevin están esperándome como dos buitres hambrientos. Y sí, sé exactamente por qué llevan esas sonrisas de cabrones en la cara.

—Tío, ha sido glorioso —dice Kevin en cuanto me ve cruzar la puerta—. Tenías que haber visto tu cara cuando te ha dicho lo de escuchar.

Marc deja escapar una carcajada grave, de esas que suenan como si llevara años acumulándola para este momento.

—Nunca había visto que alguien te cerrara la boca así —añade, cruzándose de brazos mientras se apoya en su taquilla con calma de capitán experimentado—. Creo que incluso he sentido un poco de vergüenza ajena. Un poco, ¿eh?

—Sois imbéciles —respondo mientras tiro la camiseta sudada dentro de mi taquilla, intentando no recordar el tono absolutamente sereno con el que esa mujer me ha humillado.

Pero es inútil. La escena se repite en mi cabeza como un eco. ¿Quién coño se cree que es? ¿Y qué narices le da derecho a hablarme así?

Me dejo caer en el banco y paso una mano por el pelo. Intento aparentar indiferencia, pero por dentro tengo el orgullo ardiendo. No estoy acostumbrado a que nadie me hable de esa forma. Mucho menos una psicóloga recién llegada, que ni siquiera me conoce.

—Tiene carácter, desde luego —comenta Kevin, bebiendo agua como si estuviera viendo un combate de boxeo—. ¿Te has dado cuenta de que no te ha temblado ni un músculo cuando la has intentado provocar?

—Ya lo sé —gruño, porque sí, claro que lo he notado. Ha sido imposible no hacerlo. Tenía una compostura que me sacaba de quicio. Esa forma de mirarme... Como si supiera exactamente qué botón pulsar para tocarme las narices.

Marc se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas.

—A mí me ha caído bien —dice, con una tranquilidad irritante—. Hace falta alguien así aquí dentro.

—¿Alguien que me deje en ridículo delante de todos? —le espeto enfadado.

—Alguien que no te ría todas las gracias —corrige, sin inmutarse —. Y te que te deje las cosas claras.

Buf. Me levanto, cojo mi toalla y camino hacia las duchas para alejarme de sus miradas divertidas. La rabia me hierve por dentro, pero al mismo tiempo hay un pinchazo extraño, incómodo. Como si algo en esa mujer me hubiera descolocado y no tuviera ni idea de cómo gestionar la sensación.

Abro el grifo y dejo que el agua caliente me caiga encima. Intento que el vapor me despeje, pero en lugar de eso, su voz vuelve a mí con una claridad irritante.

"Hazme un favor, Reed. Intenta no hablar durante dos minutos. A ver si eres capaz."

Muerdo el interior de mi mejilla y aprieto la mandíbula. Nadie me habla así. Nadie. Y desde luego, nadie se levanta y me deja expuesto delante de mi propio equipo sin que yo tenga una réplica preparada. Pero ella lo hizo. Como si nada.

Y joder… eso me toca una fibra que ni sabía que tenía.

El agua caliente me cae sobre la nuca, pero no me relaja nada. Me froto la cara con las manos, intentando dejar atrás la humillación de hace un rato, pero su voz sigue ahí, clavada. Y lo peor es que esto no ha empezado hoy. No realmente.

Porque yo ya la conocía.

La primera vez que vi a Madison fue en la fiesta de fin de temporada, hace unos meses. La recuerdo tan bien que me irrita. Música alta, champán por todas partes, Marc y Callie bailando como si el mundo se acabara, Kevin actuando como si fuera nuestro puto

padre… y yo detrás de la barra, buscando una mujer para cerrar la noche con una victoria personal, como siempre.

Y entonces la vi.

De espaldas, junto a la mesa del catering, con ese vestido negro y el pelo recogido. Estaba como un tren y yo solo deseaba subirme a él. Un pelo moreno brillante y una mirada que hipnotizaba. Observando todo sin formar parte de nada. No necesitaba llamar la atención; la atención iba sola hacia ella. Me acerqué pensando que sería como todas: un poco de sonrisa, un par de frases, y listo.

Pero se giró. Y me fulminó.

Esos ojos. Serios, serenos, analíticos. Me miraron como si pudiera destriparme en diez segundos. Cada cosa que dije, cada broma, cada intento de coqueteo… rebotó contra una pared invisible. Me llamó egocéntrico. Me dejó sin respuesta. Me dijo *buenas noches, Carter* sin que yo le hubiera dicho ni mi nombre.

Y se marchó. Así. Sin mirar atrás.

Como si yo no fuera nadie.

El agua sigue cayendo, pero no me calma. Porque ahora entiendo por qué hoy, en el vestuario, su voz me ha tocado tanto. Por qué su frialdad me ha escocido. Por qué me he picado como un crío.

Porque esto no ha empezado hoy. Empezó aquella noche. En aquella frase. Y hoy… solo ha vuelto para rematarme.

Salgo de la ducha, todavía con la cabeza caliente, y me seco rápido. Me pongo el chándal oficial, el que lleva mi nombre bordado en la espalda, y vuelvo al banco donde Marc y Kevin siguen ahí, como dos estatuas malditas esperando mi reacción.

Kevin me mira con los ojos entrecerrados, como un gato que ha visto caer un vaso y sabe que viene algo interesante.

—Tienes esa mirada, tío —dice—. La de "voy a hacer una gilipollez en 3, 2, 1…"

—No estoy pensando en ninguna gilipollez —respondo, aunque no sea del todo verdad.

Marc suspira, porque me conoce demasiado bien.

—Dime que no estás pensando en… ya sabes.

—¿En qué? —pregunto, aunque ambos sabemos perfectamente a qué se refiere.

—En ligarte a nuestra nueva psicóloga —responde Kevin, directo al grano—. Porque eso sería una pésima idea.

Dejo caer la toalla en mi bolsa y me echo la correa al hombro. Me gusta tener la última palabra, pero esta vez no consigo quedarme callado.

—No lo estoy pensando —digo despacio—. Lo tengo clarísimo.

Los dos me miran fijamente, esperando la explicación. Me encojo de hombros, como quien habla de cualquier cosa sin importancia.

—No me gusta perder. Y ella se cree muy lista, muy por encima de todo el mundo. Me ha retado, aunque diga que no.

—Tío, no te ha retado —responde Marc, medio riéndose—. Te ha puesto en tu sitio.

—Ya, bueno, eso no va a durar mucho.

Kevin se lleva una mano a la frente, teatral.

—Oh, Dios, ya está. Se viene.

—No es especial —insisto—. No es diferente. No es la primera mujer que intenta hacerse la dura conmigo. Y todas, absolutamente todas, al final…

Me cuelgo la mochila y miro a mis dos mejores amigos con una media sonrisa afilada.

—…acaban cayendo.

Marc niega lentamente. Kevin resopla.

Yo disfruto cada segundo.

Me acerco hacia la salida del vestuario y, justo antes de cruzar la puerta, me detengo un instante. Veo el reflejo de mi sonrisa torcida en la placa metálica del marco.

Ella cree que puede conmigo. Ella cree que puede analizarme, cortarme, humillarme y salir airosa. Qué mona.

—La voy a tumbar —murmuro para mí mismo—. Voy a romper esa coraza suya. Aunque sea solo para demostrar que puedo.

Y salgo del vestuario con una determinación que me enciende por dentro.

No lo sé aún, pero esta guerra acaba de empezar.

CAPITULO 3

MADISON

Han pasado varios días desde mi entrada triunfal en Los Angeles Vultures y parece que han pasado meses. El despacho que me han asignado está al fondo del pasillo, pequeño pero funcional: una mesa amplia, dos sillas, una lámpara de luz cálida y una ventana que da al exterior. Es suficiente. En realidad, nunca necesito más. El trabajo lo hace la conversación, no el mobiliario.

Miro el reloj. Faltan cinco minutos para la primera sesión individual del día. Para él. Carter Reed.

El receptor estrella. El gracioso oficial.

Respiro hondo, abro mi cuaderno y preparo las primeras preguntas base. No lo conozco lo suficiente para ir más allá, pero sí para saber que intentará tomar el control de la sesión. Los hombres como él funcionan así.

Se oyen pasos en el pasillo. No son los suyos. No tienen esa seguridad descarada.

Vuelvo a mirar el reloj. Cinco minutos pasan. Siete. Diez. Muy bien. Primer día, primera sesión, y llega tarde.

Nada sorprendente.

Cuando por fin aparece en el marco de la puerta, lo hace con esa sonrisita de "llego cuando quiero" que me saca de quicio.

—Perdona, Blake —dice, apoyándose en el marco como si posara para un anuncio—. Había tráfico en el pasillo.

—Te lo perdono —respondo sin levantar la mirada de mi cuaderno—. La próxima vez avísame si necesitas un GPS interno. Siéntate.

Carter se acomoda en la silla con una seguridad tan exagerada que roza lo caricaturesco. Cruza los brazos, estira las piernas y me mira como si estuviera preparado para jugar una partida que él cree que controla. Mantiene esa sonrisa torcida que lleva pegada como si fuera parte del uniforme, y yo me obligo a no prestar atención a su cabello castaño rebelde que se recoloca hacia atrás ni en su mirada verdosa llena de fuego. Y mucho menos me fijo en la envergadura de su cuerpo y en sus músculos. "Tíos así sobran en el mundo" me digo.

—Bueno —dice al fin, con tono ligero—. ¿Y cómo va esto? ¿Me preguntas mis traumas? ¿Me hago el interesante? ¿Lloro un poco?

—Vamos a empezar por algo más básico —respondo, anotando sin levantar la vista—. ¿Cómo gestionas la presión esta temporada?

Él se inclina hacia delante, apoyando un codo en la rodilla. Le encanta tener el foco sobre él; lo noto en la forma en que endereza

los hombros, en la manera en que busca mi mirada para comprobar si le sigo el juego.

—La presión me adora —responde—. Me llevo genial con ella. Lo de fallar o agobiarme es cosa de los demás. Yo estoy perfecto.

No levanto ni una ceja. Sólo escribo: *niega vulnerabilidad básica*. Lo sé perfectamente; puedo sentir cómo eso le pincha el orgullo.

—Interesante —digo, como si hubiera definido la meteorología del día—. Entonces explícame por qué reaccionas tan rápido cuando alguien te señala un error. O por qué haces bromas cada vez que menciono algo relacionado con expectativas. O por qué has llegado diez minutos tarde a esta sesión.

Un brillo peligroso aparece en sus ojos verdes, mezcla de desafío herido y diversión irritada.

—Pensaba que los psicólogos escuchaban en lugar de hablar tanto —dice con una sonrisa que busca provocarme, como si estuviera intentando encajarme un golpe limpio.

Me detengo. Levanto la vista. Le sostengo la mirada unos segundos más de lo necesario, dejando que note el peso del silencio.

—Yo estoy aquí para escuchar lo que verdaderamente te importa, no el show que autoeditas para la prensa y tus compañeros.

—Entonces me temo que tendrás que esperar sentada, querida, porque lo que ves es lo que hay.

—Pues entonces lo que hay es muy poco.

Una pequeña carcajada escaparía de él si no estuviera tan sorprendido. Puedo ver la tensión en su cuello, el leve apretar de la mandíbula. No está acostumbrado a que alguien le devuelva el golpe sin pestañear.

Sigo, sin dejarle tiempo para recuperar el terreno.

—Puedes hablar todo lo que quieras, Carter —añado, anotando de nuevo en mi cuaderno—. Te escucho perfectamente. Siempre y cuando seas tú quien está hablando… y no tu ego.

Él traga saliva. No lo hace a propósito; es un gesto mínimo, involuntario. Pero lo veo.

Es mi trabajo verlo.

—¿Seguimos? —pregunto, como si nada hubiera pasado.

—La verdad es que no me apetece mucho.

—De acuerdo, allí tienes la puerta. Aquí nadie viene obligado, Reed. Pero recuerda que esto es tan importante como tus entrenamientos y que no se si el entrenador y la junta directiva estará de acuerdo con que te saltes nuestras citas.

Él se reclina en la silla. Respira hondo y pone los ojos en blanco. Se rinde. Y por primera vez desde que ha entrado… comienza a hablar, aunque sé que más de la mitad de lo que dice es mentira. Lo es.



La cafetería del club está más tranquila de lo que esperaba a estas horas. El aroma del café recién molido se mezcla con el ruido suave de máquinas funcionando y conversaciones dispersas entre miembros del staff. A mí me basta con un sorbo para darme cuenta de que es el peor café que he tomado y para empezar a recuperar el control después de la sesión con Carter. No es que me haya afectado emocionalmente, pero sí me ha obligado a activar todas mis defensas profesionales. Con él no puedes relajarte ni medio segundo: detecta cada hueco, cada grieta, y se cuela con la sutileza de un martillo.

Apenas he escrito dos palabras en mis notas cuando noto dos presencias a mi lado. Levanto la vista y me encuentro con dos rostros que ya había cruzado en los pasillos, pero no tan de cerca.

—Tú debes ser Madison —dice Callie, extendiéndome una mano con una sonrisa cálida que se siente sorprendentemente sincera. Tiene ese aura de persona que sabe observar sin invadir, de las que escuchan antes de hablar.

—Bienvenida oficialmente al caos —añade Megan, apoyando un codo en la barra con una expresión que mezcla curiosidad y diversión. Sus ojos brillan como si estuviera deseando soltar algún comentario ingenioso en cualquier momento.

Les estrecho la mano a ambas y asiento.

—Perdona que hayamos tardado tanto en hablar contigo oficialmente, pero los inicios de temporada suelen ser un caos absoluto. Yo tengo todos las revisiones para los jugadores —se excusa Callie — Y ella… bueno tiene que lidiar con los estropicios de nuestros queridos jugadores delante de la prensa.

—No os preocupéis. Estoy aclimatándome todavía —respondo, intentando sonar neutra. No me encantan las presentaciones sociales, pero tampoco voy a salir corriendo.

—Puede que lleves poco tiempo aquí pero no has pasado desapercibida. Hemos oído rumores —dice Megan, bajando un poco la voz con teatralidad—. Parece que tus primeras sesiones grupales han sido… intensas.

Callie suelta una risita suave.

—Tranquila, eso es bueno. Aquí el equipo funciona mejor cuando alguien pone orden. Y tú… bueno, digamos que eso se te da muy bien.

No puedo evitar alzar ligeramente una ceja.

—¿Eso os lo ha dicho alguien? —pregunto, aunque sé perfectamente quién ha podido comentarlo.

Megan agita una mano en el aire, como si no hiciera falta ni aclararlo.

—Oh, no. No lo ha dicho nadie en concreto. Pero el vestuario vibra cuando pasa algo que no es habitual. Y desde que has llegado… están que trinan.

Callie asiente, más seria.

—Sobre todo con Carter.

Ahí está.

El elefante en la habitación.

—Reed —corrijo, porque necesito mantener las distancias— es un jugador más. Con carácter, sí, pero nada que no haya visto antes.

Megan se ríe por lo bajo, como si acabara de escuchar una mentira encantadora.

—Claro, claro. Un jugador más. Marc me ha dicho que apenas podían parar de reírse. Que le has cerrado la boca de golpe. Y eso que ese hombre habla más que los comentaristas deportivos.

Megan da un leve codazo a su amiga, aunque no puede esconder su sonrisa.

—Solo queremos darte un consejo. Uno pequeño. Cortito. Prometemos no invadir tu espacio profesional.

—Adelante —respondo, aunque una parte de mí ya imagina por dónde van.

Callie me mira con la franqueza de alguien que no teme decir la verdad:

—Carter es un ligón. De manual. De los que se creen encantadores y a veces lo son sin querer. Tiene buen corazón, pero emocionalmente es… complicado.

—Un desastre emocional con un cuerpo de escándalo —añade Megan, levantando el dedo como si dictara una tesis—. Pero desastre, al fin y al cabo.

—No queremos asustarte —continúa Callie—, solo evitar malentendidos. Es fácil confundir su carisma con… bueno, interés sincero.

Me quedo un segundo en silencio, sosteniendo mi taza caliente entre las manos. No es información que no intuya ya, pero escucharla de ellas —que le conocen de cerca, que han visto su mejor cara y su peor versión— refuerza lo que llevo diciéndome desde que puse un pie en este club.

—Lo tendré en cuenta —digo por fin, manteniendo el tono firme —. Pero no os preocupéis. Sé bien dónde están mis límites.

—A veces los límites son complicados de mantener. Míranos a nosotras que estamos saliendo con dos de los hombretones de este equipo.

Callie sonríe con un alivio cálido.

Megan me guiña un ojo como si hubiera aprobado un examen no escrito.

—Entonces todo irá bien —dice ella—. Porque aquí el truco es ese: saber dónde están tus límites… y no dejar que Carter los

negocie.

Las dos se despiden con la misma energía amable con la que han llegado. Cuando se alejan, me quedo con el café entre las manos y una certeza firme anclada en el pecho:

No voy a caer. No importa lo guapo que sea, ni lo encantador que intente ser, ni la forma en que sus ojos verdes parecen leer más de lo que deberían.

Yo no estoy aquí para eso. Y él es un cretino integral que no llamaría la atención de una mujer con dos dedos de frente.

Distancia. Y pienso mantenerla.

Cueste lo que cueste.

CAPITULO 4

CARTER

Si existe un lugar en el que sé que voy a brillar sin esfuerzo, es este. Cena de patrocinadores, música suave, copas en alto y gente importante intentando hacerse los interesantes. Me encanta. Me encanta la sensación de entrar en una sala y notar cómo las miradas se giran, cómo los patrocinadores me llaman por mi nombre, cómo los rookies del equipo me observan como si ya fuera una leyenda viva.

No voy a fingir modestia: se me da jodidamente bien. Los titulares me quieren, los fans me adoran y los dólares vienen solos. Esta temporada hay muchos contratos en la mesa y pienso llevarme los más jugosos así que seguiré con mi esencia arrolladora. A estos tíos les encanta.

—Tío, ¿te has perfumado con un litro entero de colonia? —se ríe Marc mientras me da un codazo.

—Es mi aroma de campeón —respondo, subiendo la barbilla.

Kevin nos alcanza por detrás, copa en mano.

—Pues que sepas que está funcionando. Las de la mesa tres llevan mirándote desde que entraste.

Sonrío. Sí, eso ya lo había notado.

Me dejo caer en una silla de nuestra mesa mientras suelto alguna broma sobre el patrocinador que se ha equivocado de nombre tres veces seguidas. La mesa entera estalla en risas. Las mujeres me miran y siento que desearían que la fiesta con público se acabase antes para desnudarme enterito y sinceramente, me dejaría encantado. Me gusta provocar eso: ambiente, chispa, energía. Es mi terreno.

Y entonces, como si algo me tirara del cuello, mi atención se desvía hacia ella.

Madison.

Está sentada a dos mesas de distancia, hablando con uno de los fisioterapeutas del equipo de Callie y un analista. El vestido azul marino le queda impecable. Tiene el pelo suelto, cayéndole en ondas suaves, y cada vez que levanta la mano para apartarlo hacia un lado lo hace con un gesto lento, casi inconsciente, que me deja observando más de lo que debería.

Joder.

Me fijo en cómo sostiene la copa de vino tinto por el tallo, siempre recta, siempre precisa. No bebe blanco. No bebe rosado. Como si hasta eso estuviera perfectamente controlado.

La veo reír un segundo —muy poco, muy leve— cuando el fisio dice algo. Y el sonido me irrita. No debería importarme, pero me importa. Porque esa risa no la suelta conmigo. A mí me suelta los cuchillitos verbales y los silencios incómodos.

No es justo. Yo soy divertido. Soy encantador. Soy… bueno, joder, soy yo. El rey. ¿Y ella se ríe con esos dos y no conmigo? ¿Por qué ella no cae rendida ante mí?

Siento un pinchazo de irritación tan rápido que me sorprende. No tengo ni idea de por qué me molesta, pero me molesta. Y eso ya me empieza a cabrear.

Me inclino hacia Kevin, que está acabándose un canapé como si su vida dependiera de ello.

—¿Qué le está contando Smith para que se ría así? —pregunto, bajando la voz—. Si ese tío es más soso que el pan sin sal.

Kevin mira hacia la mesa, se lleva otro bocado a la boca y se ríe por lo bajo.

—A lo mejor le está explicando estiramientos. Igual le encantan las charlas sobre flexores de cadera —dice, con una sonrisa que me dan ganas de borrarle de la cara a manotazos. Desde que se a echado novia está insoportable.

Marc, que nos ha escuchado desde el otro lado, deja su copa en la mesa y se inclina con el interés de un cuervo oliendo carroña.

—O a lo mejor… —dice, alargando la frase para joderme un poco más— simplemente le cae bien. Parece que están muy a gusto

juntos.

Fabuloso. Sensacional. Mi noche mejorando por segundos.

—Sí, claro —respondo, cruzándome de brazos—. Smith cae bien. Ese tío cae bien a todo el mundo. Es como un yogur natural: no sabe a nada, pero ahí está.

Marc suelta una carcajada y le da un codazo a Kevin.

—Joder, chaval, mírale la cara. Está dolido de verdad.

Kevin asiente, disfrutándolo demasiado.

—Pobrecito. Parece que al señor "todas-caen-en-mis-brazos" le ha salido una que no compra su pack premium.

Les fulmino con la mirada.

—No estoy dolido —gruño—. Me da igual. Solo digo que es raro verla sonreír con… ese.

Marc levanta las manos como si se rindiera.

—Claro, claro. *Muy* raro. Casi tan raro como que TÚ no seas el centro de atención de una conversación o de SU conversación. Debe de ser durísimo.

Kevin remata:

—Déjala en paz, tío. No tengas complejo de perro que ve un juguete nuevo.

—No soy un perro —replico, indignado, aunque empiezo a sonar tan convincente como un gato mojado—. Solo estoy observando. Eso es todo. Tienes más tías en la fiesta. Disfruta.

Marc se lleva una uña a la barbilla y me mira con esa expresión de "te estoy calando vivo".

—¿Observando? ¿De qué hablamos? ¿Estudio científico? ¿Investigación antropológica? Porque, macho, llevas cinco minutos mirando esa mesa como si te estuvieran quitando el postre.

Kevin añade:

—Yo diría que has encontrado a una tía que se te resiste… y tu ego está llorando un poquito.

—Mi ego no llora —digo, ofendido.

Marc y Kevin responden a la vez:

—Sí llora.

Niegan con la cabeza, sincronizados como si hubieran ensayado. Los odio. Pero los quiero. Pero los odio.

Respiro hondo. Intento recomponer mi imagen, pero siento cómo algo dentro de mí se enciende.

No es celos. Por supuesto que no.

Es… competencia. Terreno perdido. Una jodida necesidad de recuperar la ventaja.

—Lo que vosotros digáis —respondo, levantándome de la silla—. Voy a por otra copa.

Kevin silba entre dientes.

—Sí, claro, a por otra copa. Y casualmente está en esa mesa.

Marc se ríe aún más fuerte.

—Dale recuerdos a Madison de nuestra parte. A ver si contigo también se ríe.

Les dedico una sonrisa falsa y preciosa.

—Os vais a tragar vuestras risas cuando me haga caso.

Kevin me guiña un ojo.

—Claro, claro, Romeo. Mucha suerte.

Me giro antes de mandarles a la mierda, pero su risa me sigue como un coro maldito mientras cruzo el salón.

Y no pienso admitirlo, pero cada palabra que han dicho
me pica justo donde más jode. No pienso quedarme sentado aquí mientras dos idiotas le roban la atención.

Me levanto y camino hacia su mesa con la copa en la mano, sonriendo como si fuera casualidad, como si no me hubiera estado comiendo el maldito cerebro intentando ignorarla.

Llego. Ella levanta la vista un segundo. Una mirada seca, neutra, educada pero fría. Y vuelve a mirar al analista.

Perfecto.

Me acerco un poco más y apoyo la mano en el respaldo de una silla.

—Buenas noches —digo, con mi mejor sonrisa.

—Buenas noches —responde ella sin girar el cuerpo. Solo eso. Nada más.

Ni un "¿qué tal?", ni un gesto, ni una mísera inclinación de cabeza. Solo dos palabras secas.

El fisio le comenta algo sobre las cargas de entreno. Ella asiente, mueve la cabeza, se aparta el pelo. Yo observo todo, cabreándome conmigo mismo por fijarme tanto.

Intento otra vez.

—He oído lo que estabais comentando —digo, mintiendo con toda la cara del mundo, porque no tengo ni idea de lo que estaban hablando—. Muy interesante lo de la carga progresiva.

Madison apenas gira la cabeza. Es un movimiento mínimo, medido, elegante, y aun así consigue que sus ojos rocen los míos con ese tono oscuro y tranquilo que tiene cuando decide no conceder ni un milímetro más de lo necesario.

—Desconociera que supieras o te interesara algo que no sean las portadas de las revistas del corazón.

—Oh, querida. Si quieres protagonizar una solo tienes que decírmelo —respondo a su provocación. Se que esto va a ser una bomba gorda. No puedo evitarlo. Me enciende.

—No creo que yo pueda entrar en plano con tu ego y tú en primer plano —responde y siento el maldito mazazo.

En cuanto termina la frase, vuelve a la conversación con los otros dos como si yo fuera un ruido ambiental más del salón. El fisio, encantado de tener su atención, retoma la palabra de inmediato.

—Justo estábamos comentando lo importante que será coordinarse este año. El míster quiere que por fin haya un trabajo

multidisciplinar real: fisio y psicología juntos, sesiones cruzadas, seguimiento compartido… nada de departamentos aislados.

Madison asiente con una serenidad que me molesta porque no la muestra conmigo.

—Será necesario si queremos evitar recaídas —dice, con un tono que suena más cálido que cualquiera que me haya dedicado hoy—. El jugador necesita coherencia. No tiene sentido tratar lo físico por un lado y lo emocional por otro. Es un sistema completo, no piezas sueltas.

El analista sonríe, visiblemente impresionado.

—Pues contigo aquí esto va a fluir muchísimo mejor. Se te nota cómoda con este tipo de estructura.

—Es lo más lógico. Si queremos que rindan sin presión innecesaria, todos tenemos que remar en la misma dirección. Nadie trabaja solo en este deporte.

Me muerdo el interior de la mejilla para no soltar una estupidez impulsiva. Me irrita que con ellos sea tan comunicativa, tan fluida, tan… natural. Yo me llevo un comentario frío, dos palabras cortadas y una mirada que podría congelar el vino de su copa. Y, aun así, ahí está, explicando su visión del equipo, gesticulando suavemente con la mano, apartándose un mechón de pelo del rostro con esa elegancia inconsciente que me tiene prisionero desde que llegó.

Intento intervenir de nuevo, aunque reconozco que es puro orgullo.

—Suena a que vais a estar muy cerca este año —digo, un poco más suave que antes, intentando que no se note lo que realmente pienso.

Pero ella no me mira. Continúa observando al analista antes de responder.

—Eso espero —dice con naturalidad—. Es lo que el equipo necesita.

Y vuelve a su conversación con ellos, sin dedicarme ni medio segundo más de su atención.

Me quedo en silencio, sosteniendo mi copa con demasiada fuerza. Todo lo que dice suena profesional, competente, sensato. Y todo eso me molesta porque se lo entrega a otros mientras a mí me deja fuera, como si yo no formara parte de ese equipo del que habla con tanta convicción. Cada sonrisa que le da a ellos, cada gesto relajado, cada palabra que no me dedica… es una pequeña chispa que me enciende el estómago y me recuerda que ella no cae en mi juego, ni en mi encanto, ni en mi presencia.

Y eso, por jodido que sea admitirlo, me obsesiona más de lo que debería. Sonrío por fuera, pero por dentro…
uff, por dentro estoy en plena combustión espontánea.

Ella sigue moviendo el vino entre los dedos, tranquila, segura, completamente indiferente a mi existencia. Y eso, joder, eso me cabrea. Porque yo no soy invisible. No para nadie. Nunca para nadie.

Pero para ella sí.

Y eso es gasolina pura.

Me quedo allí un par de segundos, fingiendo que estoy escuchando al grupo, cuando en realidad estoy estudiando cada detalle de ella: la postura perfecta, la forma en que no se inclina hacia nadie, la precisión con la que responde, el modo en que dirige la conversación sin levantar la voz.

Es como una maldita fortaleza con piernas.

Hermosa. Inaccesible. Inquebrantable.

Bien.

Ahora sí que tengo claro qué quiero esta noche. No beber. No impresionar patrocinadores. No hacer reír al maldito salón entero.

Quiero una reacción. Una sola grieta. Un gesto que no controle. Un parpadeo fuera de lugar. Sea como sea,

Blake no va a ignorarme mucho más tiempo.

CAPITULO 5

MADISON

Han pasado varios días desde aquella incómoda fiesta de equipo. Odio profundamente asistir a estos eventos, me siento fuera de lugar, pero es algo que los técnicos tenemos que hacer para demostrar a los patrocinadores que ponen el dinero para que todo funcione que estamos comprometidos.

El entrenamiento de hoy está diseñado para medir resistencia y coordinación, así que observo desde la banda mientras los jugadores repiten rutas y ejercicios de velocidad. Tomo notas rápidas: postura, ritmo, interacción entre ellos, señales de frustración… lo habitual. Nada fuera de lo normal.

Hasta que él decide llamar la atención. Carter. Siempre Carter.

Internamente me preparo, porque si hay algo que tengo claro desde que entré en este club es que este hombre no sabe existir sin un escenario. Basta con que mis ojos crucen su posición durante un solo segundo para que él encuentre una excusa para lucirse: una atrapada exagerada, un salto innecesario, una caída dramática que provoca risas entre sus compañeros.

Y, por supuesto, después mira hacia mí para comprobar si he reaccionado. Me lanza un beso al aire dedicándome la jugada. No reacciono. No lo hago.

O al menos intento no hacerlo.

Aun así, el irritante gesto satisfecho que se le dibuja en la boca confirma que ha detectado algo.

Probablemente un micro parpadeo. Es agotador.

Cuando el entrenador marca una pausa, los jugadores se dispersan hacia las botellas de agua. Yo reviso mis anotaciones, pero escucho pasos demasiado reconocibles acercándose. Su ritmo es despreocupado, seguro, como si todo el campo le perteneciera.

—¿Tomando notas sobre mis habilidades extraordinarias? —pregunta él, colocándose justo delante de mí, con la toalla en el hombro y una sonrisa que huele a ego más que a encanto.

—Tomando notas sobre el rendimiento general del equipo —corrijo sin levantar la vista—. No te preocupes, no eres el centro del universo.

—¿Seguro? Porque cuando me miras, lo parece —contesta, ladeando un poco la cabeza. —No pasa nada si reconoces que soy atractivo. Se que te aceleras cuando me miras.

Levanto los ojos, despacio, porque sé que esperar le irrita. Y en efecto: su sonrisa se tensa un milímetro cuando finalmente lo miro.

—No te miro, Carter. Te observo. Es diferente. Uno es análisis. Lo otro sería… interés.

—¿Y cuál de los dos te molesta más? —pregunta, acortando la distancia como si la cercanía física fuera otra herramienta de provocación. No es necesario que dé ese paso; lo hace porque le gusta invadir espacio, testear reacciones, buscar límites. Su tono suena ligero, casi juguetón, pero sus ojos… sus ojos tienen esa chispa que me lanza un desafío silencioso: *atrévete a analizarme, Blake. A ver si puedes*.

Sé exactamente lo que intenta, y aun así una parte de mí nota el impacto de su proximidad. No lo dejo ver. Me enderezo un poco.

—Ninguno me molesta —respondo con calma—. Lo que sí me interesa es por qué necesitas convertir cada conversación en un juego de seducción. ¿Es porque no sabes relacionarte de otra forma? ¿O porque temes que, si dejas de coquetear, alguien vea lo que hay debajo?

Por un instante, su sonrisa se congela. Es mínimo, pero suficiente para confirmar que he tocado algo.

—Vaya —dice, recuperándose rápido—. Siempre tan directa. Me encanta.

—No te estoy halagando, Carter —aclaro, manteniendo la voz baja pero firme—. Estoy haciendo mi trabajo. Y, te guste o no, tu máscara es demasiado evidente.

Él ladea la cabeza, como si mis palabras fueran un rompecabezas que no termina de encajar.

—¿Máscara? —repite, fingiendo sorpresa—. Yo solo soy… yo.

—Exacto —digo, sosteniendo su mirada sin pestañear—. Y ese es el problema: no te permites ser otra cosa.

Lo veo tragar saliva. Es rápido, involuntario, un gesto que cualquiera pasaría por alto. Yo no.

La chispa arrogante de sus ojos fluctúa, como si la fachada necesitara un ajuste antes de volver a colocarse en su sitio. Cuando habla de nuevo, lo hace con esa mezcla habitual de chulería y defensa.

—Joder, Blake… —murmura, dejando escapar una risa corta—. Normalmente necesito al menos dos citas para que alguien intente desnudarme así.

Lo dice como una broma, pero el quiebre mínimo en su sonrisa me confirma que le he tocado algo que no quería que tocara. Aun así, mantiene la postura arrogante, como si quisiera recuperar el terreno perdido a base de descaro.

Yo no parpadeo.

—No estoy intentando desnudar nada, Carter —respondo con un tono tan firme como mi postura—. Solo estoy nombrando lo que tú te esfuerzas en esconder. Si eso te incomoda, quizá deberías preguntarte por qué.

Él ladea la cabeza, estudiándome como si midiera cuánto puede tensar la cuerda antes de que se rompa. Hay algo en su mirada que no es solo provocación; es hambre de demostrar que no le afecta… justo cuando sí lo hace.

—No vine aquí para complacerte —digo, manteniendo el tono firme mientras cierro el cuaderno con calma—. Vine para ayudarte a rendir mejor. Y no puedo hacerlo si lo único que me das es… espectáculo.

Carter ladea la cabeza como si pretendiera tomarse la frase con humor, pero su expresión revela una pequeña fisura, un gesto rápido que delata que mis palabras han golpeado más de lo que quería mostrar. Recupera la sonrisa casi de inmediato, esa sonrisa arrogante que parece tener siempre a mano, y se pasa la toalla por el cuello como si nada fuera capaz de desestabilizarle.

—Tranquila, Blake —responde, bajando un poco la voz—. Ya te daré algo más interesante que mirar. Lo prometo.

El comentario es puro ego envuelto en un guiño, pero detrás percibo algo tenso, un matiz que no encaja con la chulería que exhibe frente al mundo. No me dejo llevar; ya he visto ese contraste antes en jugadores que viven a base de máscaras.

—Eso depende exclusivamente de ti —replico, sosteniendo su mirada un segundo más, dejando claro que no pienso jugar a su juego.

Durante unos instantes se queda quieto, observándome con una intensidad que no esperaba. No es coqueteo puro; es algo más desafiante, casi inquisitivo, como si quisiera descubrir qué provoca que yo no reaccione como el resto. Ese cruce de miradas dura apenas un par de segundos, pero se siente más largo de lo

razonable. Finalmente, él da un paso atrás, gira sobre los talones y se incorpora de nuevo al entrenamiento sin añadir nada más.

Lo sigo con la mirada a pesar de mí misma. Su forma de correr, la potencia en cada zancada, la confianza con la que ocupa el espacio… todo en él parece diseñado para llamar la atención, incluso cuando no pretende hacerlo. Y, por desgracia, es innegable que la tiene. No por su actitud, que me irrita profundamente, sino por esa presencia física que es imposible ignorar. Me molesta tener que admitirlo, incluso solo dentro de mi cabeza, pero hay algo en él que atrae como un imán… y eso complica mi trabajo.

Respiro hondo y aparto la mirada en cuanto noto el calor subiendo por mi pecho, una mezcla incómoda entre irritación, tensión y algo que no quiero nombrar. No es interés romántico. No lo es. Yo sé exactamente lo que he sacrificado para llegar hasta aquí. No pienso derrumbar ningún muro para alguien que no ha demostrado ser más que una fachada pulida.

Sin embargo, mi intuición —la que me ha salvado tantas veces en consulta— me dice que detrás de esa sonrisa despreocupada hay algo que quizá no esté bien, algo que él oculta con un talento casi admirable. Y esa parte sí me intriga, no como mujer, sino como profesional. Quiero entender qué es lo que esconde, por qué tanta defensa, por qué tanta actuación.

Me obligo a centrarme en mis notas, a recuperar la postura neutra y a repetirme la verdad que necesito anclar:

No pienso caer por alguien así. No pienso caer por nadie.

Y, desde luego, no por Carter Reed.



El silencio del despacho siempre me resulta más cómodo que cualquier sala llena de gente. Aquí puedo pensar, ordenar información, anticipar problemas antes de que aparezcan. Me siento frente al ordenador, con el archivador abierto a un lado y varias carpetas desperdigadas sobre la mesa. Cada una lleva el nombre de un jugador, sus informes médicos, notas psicológicas preliminares y observaciones que he ido tomando durante los entrenamientos y las sesiones.

Me gusta trabajar con previsión, pero también dejar margen para lo inesperado. En este trabajo, lo inesperado siempre llega.

Abro el dossier de Marc primero. Es estable, seguro, constante. Sus sesiones serán preventivas y de seguimiento. Lo apunto y paso al siguiente.

Kevin.

Un tipo fuerte emocionalmente, pero con tendencia a cargar

tensiones ajenas. Le asigno sesiones quincenales, con una nota adicional para reforzar técnicas de descarga emocional.

Smith.

Inseguridad, miedo al error, autocrítica excesiva. Requiere un plan más específico, centrado en regulación fisiológica y confianza en situaciones de presión.

Y entonces llego a Reed.

El simple hecho de ver su nombre hace que mi mano se quede quieta un instante, como si mi cuerpo necesitara prepararse. Su carpeta apenas contiene información todavía; es prácticamente territorio inexplorado.

Es el jugador del que más anotaciones tengo porque, aunque él se muestra inaccesible, eso me revela mucho sobre él.

Tomo el bolígrafo azul.

"Uso del humor como barrera. Rechazo a la vulnerabilidad. Necesidad de validación externa. Posible dolor no verbalizado."

Escribo despacio, dejando espacio para las piezas que aún no conozco. Le he visto en los entrenamientos y cuando algo no sale bien, se frustra y actúa de forma espontánea. Imprudente. Si no descifro la estructura que sostiene su fachada, no podré trabajar con él. Y si no trabajo con él, el equipo entero sufrirá las consecuencias.

Asigno sus primeras sesiones en el calendario: dos por semana durante la fase inicial, revisiones tras cada partido y margen de

intervención en caso de crisis. Sé que las habrá; su perfil emocional es demasiado volátil para que no aparezcan.

Cuando termino, miro la mesa llena de carpetas, líneas, colores y señales. El orden me tranquiliza.

La estructura me recuerda quién soy y por qué estoy aquí.

Apilo los dossiers y apago la pantalla del ordenador, pero antes de cerrar del todo, mi mirada se desliza —muy a mi pesar— hacia el borde de la mesa, donde aún guardo una nota mental que nunca escribo: mantener distancia.

Y ahí, como un susurro mental que nunca desaparece, surge la imagen de mi padre. Su cansancio.

Su mirada perdida. Cierro los ojos un instante para respirar.

He prometido no repetir esa historia. No absorber el caos ajeno. No convertirme en la tabla salvavidas de nadie.

Por eso necesito mantener el control. Por eso necesito mantener la distancia. Porque lo contrario… sé perfectamente adónde conduce.

CAPITULO 6

CARTER

El gimnasio del club siempre ha sido mi territorio. El lugar donde soy indiscutible: fuerza, control, sudor y cero tonterías emocionales. Hoy la música retumba en las paredes mientras hago dominadas, sin camiseta, el cuerpo ardiendo por el esfuerzo. Estoy concentrado… o al menos intento estarlo. Porque desde hace dos días no dejo de pensar en la maldita psicóloga.

No en lo que dijo. En cómo lo dijo. En esos ojos oscuros que no pestañean, aunque le lances fuego.

La puerta se abre y, como si mi cerebro estuviera programado para ello, la detecto antes de verla. Madison entra hablando con Smith. Va con esa ropa profesional que no marca nada… y aun así marca todo. La espalda recta, el pelo recogido, los labios pintados de rosa concentrados mientras revisa algo en la tablet. No lo pretende, pero mi cuerpo reacciona excitándose.

Ella no es el tipo de mujer que suele atraerme. Es peor.
Porque me atrae mientras hace absolutamente todo lo posible por ignorarme.

Smith señala algo de su pierna y Madison se inclina apenas para observarlo, con la concentración precisa de quien sabe exactamente qué buscar y cómo hacerlo. Esa mujer no improvisa ni respira sin intención. Y lo sé no solo por lo que veo, sino por lo que averigüé anoche. La curiosidad pudo más que el orgullo.

Su currículum es una barbaridad: psicóloga especializada en alto rendimiento, formación internacional, colaboraciones en centros de élite… y, lo que más me llamó la atención, varios años trabajando con una de las parejas de patinadores artísticos más reconocidas del circuito europeo. Un deporte de exigencia brutal, donde un segundo de duda puede arruinar una carrera entera. Ella viene de ahí, de templar mentes bajo presión extrema. Tiene sentido que sea tan fría. Que nada la descoloque. Que parezca imposible atravesar su superficie. Pero yo podré con ella.

Madison levanta la vista solo un instante, lo justo para cambiar de perspectiva respecto a lo que Smith le explica. Pero ese momento me basta para notar cómo sus ojos recorren mi torso desnudo antes de regresar a la pantalla. Es un gesto diminuto, tan rápido que cualquiera lo pasaría por alto. Cualquiera menos yo. Estoy entrenado para detectar movimientos involuntarios, respiraciones que cambian en medio segundo. Y en ella cambia algo. La línea de sus hombros se tensa, la respiración se queda atrapada en su pecho durante un suspiro, y su mano se ajusta a la tablet con más firmeza de la necesaria. No es mucho, pero es suficiente para reconocerlo: le he

provocado una reacción. Dios, le gusta lo que ve. Normal. Soy un puto dios del Olimpo.

La evidencia me recorre como una corriente eléctrica.

Me acerco despacio, disfrutando del propio acto, consciente de que su atención periférica se reajusta a mi presencia, aunque pretenda ignorarlo. Su profesionalidad es impecable, nadie lo duda, pero su cuerpo la ha traicionado por un segundo. Eso, para mí, vale oro. Porque cambiar su mente será difícil, pero cambiar su respiración… eso ya lo he conseguido.

Una mujer como Madison Blake, tan brillante como inaccesible, tan contenida como letal con las palabras, reaccionando a mí, aunque no quiera: sí, eso es un reto que me merece la pena. Y no pienso desaprovecharlo. Si quiere profesionalidad… hoy no se la voy a poner fácil.

—Te aviso, Blake —digo cuando está lo bastante cerca como para oler su perfume suave—, si me miras así mientras levanto peso, vas a hacer que me caiga la barra encima.

Aunque bueno… si quieres verme en horizontal, solo tienes que pedirlo. Si quieres que te dé una clase personalizada de… cardio, puedo hacerte un hueco en mi agenda.

Ella levanta la vista sin mover un músculo más de lo estrictamente necesario.

—Estoy aquí para trabajar —responde con esa voz calmada que me desespera y me excita a partes iguales—. Y lo que tú ofreces

ahora mismo no entra en ninguna categoría profesional.

—Podemos crear una nueva —provoco, inclinándome un poco, lo justo para que note el calor de mi cuerpo—. Psicología aplicada a la resistencia física, por ejemplo.

Ella cierra la tablet con gesto elegante, casi delicado, pero su mirada es un bisturí.

—La única resistencia que importa aquí es la que deberías tener a hacer el ridículo.

El golpe es tan limpio que me falta aire un segundo.

Smith se va discretamente. Cobarde.

—Vaya, me encanta que entres así de afilada—respondo, intentando recuperar el equilibrio—. ¿Te levantas así de borde o solo te sale cuando estoy cerca?

—Vaya… has hilado más de dos frases juntas, Reed ¿seguro que tu cerebro no echa humo? Ten cuidado no vaya a ser que no seas funcional el resto del día.

Me enciende como una cerilla contra lija.

¿Funcional? ¿Pero de qué coño va?

Ella se marcha del vestuario con pasos firmes, tensos, casi desbordados. Es la primera vez que la veo perder un poco la compostura y, lejos de calmarme, me provoca una mezcla explosiva de rabia y… algo más. No sé qué es, pero se me mete bajo la piel.

Voy detrás de ella casi sin pensarlo. El sudor todavía me baja por la espalda y mi respiración sigue acelerada por el entrenamiento,

pero ahora también por ella, por lo que me ha dicho, por lo que no me ha dicho. Su espalda recta avanza por el pasillo como si marcara una línea que ninguno de los dos debería cruzar. Y, aun así, la cruzo.

—Blake, ¿qué coño te pasa? —gruño mientras acorto la distancia. Ella no desacelera, pero sus hombros suben un milímetro, tensándose. Está enfadada. Mucho. Y joder, qué guapa está enfadada.

—Que tengo trabajo —responde sin detenerse—. Y tú me lo complicas cada vez que abres la boca.

La forma en que lo dice me calienta la sangre. No solo por el enfado, sino porque sé que estoy bajo su piel, aunque intente negarlo. Me irrita y me excita a la vez.

—Cinco minutos contigo y ya estás huyendo —provoco, porque quiero que se gire, que reaccione, que me mire.

—No estoy huyendo —replica con la voz más afilada que le he escuchado—. Estoy eligiendo no perder el tiempo.

Llega a su despacho. Abre la puerta de golpe y entra sin mirar atrás. La sigo como si algo me arrastrara, como si mi cuerpo decidiera antes que mi cabeza. Dentro, el aire es diferente: más denso, más íntimo, cargado de la electricidad que traemos ambos.

Ella deja la tablet sobre la mesa con un golpe que revela lo alterada que está, aunque intente ocultarlo cruzándose de brazos de inmediato. Sus mejillas están encendidas y sus respiraciones son

más rápidas. Por primera vez desde que nos conocemos, su fachada perfecta tiene grietas. Y, joder, es irresistible.

—¿Sabes cuál es tu problema, Carter? —pregunta con los ojos brillando de rabia contenida. Su voz está firme, pero no fría; tiene un temblor que me habla de algo mucho más visceral—. Que crees que puedes decidir cuándo trabajar y cuándo distraer. Que no te importa cómo afectas al equipo mientras tú estés cómodo.

Me acerco un paso, lento, desafiante. Su barbilla sube apenas, como si no quisiera darme la satisfacción de retroceder. Ese gesto me prende todavía más.

—No sabía que también llevabas el control de mi agenda —respondo con una sonrisa ladeada que sé que la irrita. Me cruzo de brazos, dejando que mis músculos tensados, aún húmedos por el sudor, ocupen el espacio—. Pensaba que venías a hacer tu trabajo, no a hacerme de niñera.

Ella inspira hondo. Sus ojos bajan un segundo —sí, los noto en mi torso— antes de volver a subir. Ese microsegundo me electriza.

—Lo que hago —dice, acercándose un paso ella ahora— es intentar que el equipo no se descarrile cada vez que decides marcar territorio. Porque eso es lo que haces. Entras en cada espacio como si fueras el centro del universo y esperas que todos lo acepten.

Siento el golpe y, aun así, doy otro paso más. Ahora estamos cerca. Muy cerca. La tensión se pega a la piel como otra capa de sudor.

—¿Y cuál es tu problema contigo misma, Blake? —susurro, ladeando la cabeza para observarla mejor—. ¿Que no puedes controlarlo todo? ¿O que hay cosas… —miro sus labios un instante— que te descontrolan más de lo que quieres admitir?

Ella abre los ojos un poco más, sorprendida, quizá indignada, quizá… algo más. Su respiración tropieza, pierde compás un segundo. Su cuello se tensa, marcando la línea del pulso.

—No tienes ni idea de lo que dices —responde, pero su voz ya no es tan estable.

—Tengo más idea de la que te gusta admitir —insisto, bajando la voz mientras avanzo un centímetro que ella debería haber evitado y no evita—. Te altero, Blake. Me has mirado como si quisieras apartarme con las manos, pero también… joder, no me lo niegues, también como si…

Ella me corta, avanzando ella ahora, empujando su presencia contra la mía, sin tocarme, pero sintiéndose.

—No voy a entrar en ese juego. No contigo. No aquí —susurra, pero su voz vibra. No es miedo. No es rabia. Es todo mezclado, y es adictivo—. Sal de mi despacho.

—Haz que quiera irme —repito, sin retroceder, con el pulso latiéndome en la garganta.

Ella aprieta los labios, cierra los ojos un segundo como si contara hasta tres… y de repente me planta la carpeta contra el pecho con suficiente fuerza como para hacerme dar un paso atrás.

Sus dedos tiemblan, apenas, pero lo hacen. Ha perdido el control. Por mi culpa.

—Fuera —grita enfurecida y ofendida.

—¿Me echas? —pregunto, sonriendo como un idiota encantado.

—Por supuesto que te echo —dice, señalando la puerta—. Y si vuelves a entrar sin cita, hablaré con dirección. No pienso tolerar otro numerito.

Las últimas palabras le salen demasiado rápido, demasiado sinceras.

Recojo la toalla del suelo con la mano todavía temblándome un poco. No sé si es por el enfado, por el deseo o por ese instante en el que casi explotamos en medio de su despacho. Abro la puerta y salgo sin mirar atrás.

El pasillo está frío, silencioso, como si perteneciera a otro mundo distinto del que acabo de salir. Pero mi cuerpo arde. Cada músculo está encendido, tenso, listo para algo que no debería querer. Siento el pulso latiéndome en las sienes, la respiración desordenada y una mezcla salvaje que me recorre el pecho: excitación furiosa… y una punzada de culpa que no sé gestionar.

Porque la he visto perder el control. Yo la saqué de ese pedestal perfecto. Esa mujer impecable, precisa, fría, contenida… hoy ha ardido. Y ha ardido por mí. Por mis palabras. Por mi provocación. Y joder, eso me ha encendido como nada en semanas.

Pero también sé —aunque me cueste admitirlo incluso dentro de mi propia cabeza— que le he faltado al respeto. Me he acercado demasiado, he empujado demasiado, he jugado con límites que ella no estaba dispuesta a cruzar. Su mirada al final… esa mezcla de rabia, tensión y algo más escondido… me golpea ahora que ya no estoy delante.

Lo único que sé es que Madison Blake me está rompiendo los esquemas. Me está volviendo loco de una manera que no sabía que existía.

Y algo dentro de mí —algo imprudente, algo peligroso— me susurra que no pienso detenerme. No hasta verla arder conmigo. No hasta que ella también se queme por mí.

CAPITULO 7 MADISON

Han pasado seis días desde aquel estallido absurdo —e inaceptable — en mi despacho. Seis días en los que no hemos cruzado una sola palabra, aunque nos hayamos cruzado demasiadas veces en los pasillos, en la sala de recuperación, entrando o saliendo del gimnasio. Nunca a propósito, siempre por azar… pero cada encuentro ha sido un recordatorio incómodo de lo que ocurrió.

Él siempre pasa erguido, con esa confianza arrogante que parece adherida a su piel. Yo mantengo la mirada en mis carpetas y en cualquier cosa que no sean sus ojos. Y, aun así, puedo sentir cuando me mira. Como un calor sutil en la nuca. Como un imán al que me niego.

Me odio por notarlo. Por ser consciente.

Por no haberlo desactivado del todo.

Así que he hecho lo que mejor sé hacer: centrarme en el trabajo. Este equipo funciona bien, pero cada jugador arrastra pequeñas tensiones que, si no se detectan a tiempo, pueden ampliarse en momentos clave.

Me he volcado en ellos con más precisión de la habitual. Quizá como una forma de recordarme por qué estoy aquí. Quizá para convencerme de que el incidente con Carter no significó nada más que un exceso de tensión mal gestionada por ambas partes.

Hoy es el primer partido oficial de la temporada.

Y necesito centrarme.

La energía del estadio es diferente: más expectante, más viva. Los jugadores calientan en el campo mientras yo reviso datos en la banda. Intento que mi respiración siga un ritmo constante. Intento no buscarlo con la mirada.

Pero entonces Carter aparece.

Casco en mano, expresión concentrada, cuerpo en modo competición. Me sorprende la seriedad en su rostro; no es el payaso del gimnasio ni el provocador del despacho. Es un atleta en pleno foco. Un líder, incluso aunque no lo admita. La arrogancia sigue ahí, pero está contenida, afilada de otra manera. Lo observo desde lejos, sin permitir que mi rostro cambie, aunque por dentro me sorprende más de lo que quiero.

Vuelvo a mis notas, pero escucho cómo el público aumenta el volumen cuando él se acerca a la línea de salida. Sé que es bueno. Muy bueno. Sé que su talento no es una fachada. Hoy lo confirmo más de lo que quisiera.

El partido comienza y, a pesar de mis esfuerzos por mantener una vigilancia amplia, mis ojos regresan a él cada pocos segundos.

Carter se mueve con una mezcla letal de potencia y control. Su lectura del campo es rapidísima. Sus apoyos, perfectos. Su actitud… también distinta. Menos teatral. Más centrada.

Y entonces ocurre.

Un pase directo y sencillo —a su nivel casi automático— se le resbala entre los dedos. El balón golpea el césped. El estadio emite un murmullo. Nada grave, nada escandaloso. Pero la reacción de Carter me deja helada. Se tensa entero. Los hombros se le bloquean. La mandíbula se le aprieta tanto que puedo notarlo desde la banda.

El fallo lo atraviesa como un cuchillo.

La frustración le dura apenas unos segundos, pero son suficientes para que vea algo que no había observado tan claramente antes: un punto débil. No de técnica, sino emocional. Algo que podría costarle caro si no se trabaja.

Kevin, fiel a su papel natural de capitán, le da una palmada en la espalda, una de esas que dicen "no pasa nada, seguimos". Carter asiente, pero no engaña a nadie. Mucho menos a mí. Odia fallar. Odia ese milisegundo en el que el mundo se tambalea.

Lo apunto sin cambiar la expresión:

"Reacción desproporcionada al fallo. Parámetro para trabajar. Pérdida de foco momentánea."

Después de ese instante, vuelve a entrar en juego con más agresividad de la necesaria —otro indicador—, pero lo reconduce

bien. Tanto que, pocos minutos después, hace una jugada espectacular que hace rugir al estadio. No sonrío. No dejo que mi lenguaje corporal revele nada, aunque internamente reconozco que su talento es impresionante.

El partido termina con victoria.

El ambiente explota en risas, choques de manos y gritos de celebración. Y por primera vez, me sorprendo de que yo también estoy aplaudiendo emocionada. Han ganado.



Los vestuarios parecen una mezcla entre un concierto, un cumpleaños y un terremoto emocional. Los jugadores gritan, se lanzan agua, celebran como si acabaran de ganar la liga. Hay música, risas, un ambiente de adrenalina que incluso a mí me resulta contagioso.

Me quedo a un lado, observando, marcando mentalmente pequeñas dinámicas útiles: quién abraza a quién primero, quién necesita reafirmación externa, quién se aparta cuando la emoción sube demasiado.

Carter está rodeado de compañeros, recuperando la sonrisa fácil de siempre. Reparte bromas y choca manos.

El presidente entra con el entrenador y el director del club, y el ruido baja un par de tonos. No mucho, pero lo justo para que todos se giren.

El director levanta ambas manos, teatral.

—¡Gran trabajo, chicos! Primera victoria de la temporada y con muy buenas sensaciones. Ahora que habéis empezado con fuerza… queremos asegurarnos de que el equipo siga igual de unido fuera del campo.

Me cruzo de brazos. Algo en su tono no me gusta.

—Así que —continúa— este fin de semana tendremos un viaje de team building. Dos días fuera de la ciudad. Actividades, convivencia, dinámicas de grupo. Y contará con *todos*: jugadores y staff técnico.

Ahí está. El golpe inesperado.

Yo parpadeo un instante. Mi idea. Mi propuesta.

Mi proyecto para observar dinámicas internas *entre jugadores*. No lo propuse con intención de convivir con ellos. Y desde luego, no para pasar un fin de semana entero con Carter Reed moviéndose por el espacio como un imán caótico. No esperaba que me hicieran caso al proponerlo. Maldita sea.

—¿Staff técnico también? —pregunto sin poder evitarlo.

El director sonríe, encantado consigo mismo.

—Por supuesto, Madison. Tu presencia será esencial. Necesitamos que también observes fuera del campo.

Genial. Maravilloso. Perfecto.

Callie aparece a mi lado como si estuviera escuchando con antenas invisibles.

—No pongas esa cara, Maddie —dice entre risas—. Va a ser divertido. Además, nos vendrá bien desconectar.

—No estoy segura de que "desconectar" sea la palabra —murmuro pensando en lo que me depara.

Megan se suma, apoyándose en la taquilla con una sonrisa conspiradora.

—Vamos, será entretenido ver cómo sobreviven estos energúmenos sin wifi decente.

Callie ríe. Yo no.

Finalmente, asiento, porque sé que es lo correcto.

Porque sé que mi trabajo requiere observarlos en todas las situaciones posibles. Porque sé que no puedo permitir que un jugador —uno en particular— condicione mi profesionalidad.

—Está bien —susurro—. Iré.

Voy a tener que convivir con Carter Reed fuera del campo. Y no estoy preparada para lo que eso pueda remover.

CAPITULO 8

CARTER

Ganar el primer partido de temporada me dejó un subidón brutal. Había algo distinto en el equipo, una energía más afinada, más sólida. Y sí, fallé ese pase idiota, ese que jamás debería haber fallado, y todavía me escuece; lo veo en mi cabeza una y otra vez, como una puñetera repetición infinita. Pero bueno, lo arreglé después. Eso es lo que importa. O al menos, eso es lo que intento convencerme.

Pero esta excursión… esto sí que ha sido un regalo del destino. Un fin de semana entero fuera y mi psicóloga favorita atrapada conmigo en medio del monte. No lo digo en voz alta porque Megan me soltaría alguna broma de mal gusto, pero estoy convencido de que tengo la suerte a mi favor: cuarenta y ocho horas para observarla, para sacarla de su zona de confort y para demostrarle que no me tiene tan calado como cree. Y, de paso, para joderle un poquito la paz mental. Por pura diversión, claro.

Llegamos al complejo rural a media mañana. El aire huele a pino, a humedad y a aventura forzada por el departamento de recursos humanos del club. Los monitores nos saludan como si fuéramos un grupo de adolescentes en un campamento de verano. Algunos jugadores están encantados; otros ponen cara de "¿por qué estoy aquí?". Yo solo busco una cosa: a ella.

La localizo enseguida. Madison está hablando con el entrenador y su maldita ropa deportiva le marca el cuerpo de una manera que despierta a mi querido amigo. El pelo recogido en una coleta alta que deja ver la línea suave de su cuello. Sabe mantenerse seria incluso en mitad de un retiro absurdo, y esa seriedad se me mete en la sangre como un veneno dulce.

Finge que no ha notado mi mirada. Pero la nota. Claro que la nota. El leve endurecimiento de su postura la delata.

La actividad del día: capturar la bandera.

El monitor explica reglas, objetivos, normas básicas de seguridad. Yo no escucho ni la mitad; estoy demasiado ocupado mirando cómo Madison evalúa el terreno con esa concentración quirúrgica que me provoca ganas de desordenarla un poco. En algún momento, anuncia equipos mixtos para equilibrar fuerza y estrategia.

Cuando escucho mi nombre seguido del suyo, casi me río. Joder. Maravilloso.

Ella traga aire, sutil, pero lo percibo. Eso basta para que mi pecho se caliente en una satisfacción que no debería sentir. Avanzo hacia ella con pasos lentos, disfrutando de cómo intenta mantener la compostura.

—Qué casualidad —susurro, colocándome a su lado—. O el universo tiene un sentido del humor retorcido, o tú y yo estamos destinados a trabajar juntos.

—Lo primero —responde sin mirarme—. Y solo porque no podía elegir lo segundo.

La provocación me golpea directo al ego y, para mi desgracia, también me enciende. Ella se aleja para atender la explicación del monitor, pero yo la sigo, manteniendo la distancia como quien se prepara para un duelo.

Y empieza la guerra.

La actividad requiere agilidad, estrategia y cooperación.
Tenemos cero de las dos últimas.

—Bien, plan sencillo —digo, golpeando mis manos—: velocidad, ataque rápido, improvisación. Lo mío.

—No. Lo que haremos es trazar un mapa mental del terreno, dividir responsabilidades y mantener comunicación constante.

—¿Comunicación constante? ¿Conmigo? —sonrío, inclinando ligeramente la cabeza—. Te veo optimista.

—Carter, esto es sencillo. Solo tienes que seguir un plan sin hacerte el héroe.

—Pero si ser el héroe es mi especialidad.

Ella rueda los ojos, ese gesto precioso que me golpea con más fuerza de la que debería. Sus mejillas se tensan, su mandíbula se marca un poco más. Está esforzándose demasiado por parecer imperturbable, y eso solo me anima a provocarla un poco más. El resto del equipo se ríe, y algunos ya están apostando cuánto tardaremos en discutir.

No tardamos nada.

A los dos minutos he improvisado tres veces. A los dos y medio ella ya me está fulminando con la mirada. A los tres estamos discutiendo en voz baja detrás de un árbol.

—Te dije que fueras por la derecha —murmura entre dientes—. ¿Por qué has ido recto?

—Porque por la derecha había barro. Mira a Smith, parece una croqueta gigante.

Ella cierra los ojos un segundo, exasperada.

—Ese era el punto, Carter. El barro habría ralentizado a los del otro equipo.

—Oh —sonrío—, ¿esta es tu forma de decir que quieres verme cubierto de barro?

Ella parpadea, incrédula, conteniendo la respiración un instante.

—Dios santo, ¿no se te apaga el interruptor ni un segundo?

—¿Y perderme tu reacción? Ni loco.

Ella me da la espalda, murmurando algo sobre "adultos preadolescentes hormonados". Debería molestarme, pero solo me provoca ganas de hacerla girar otra vez hacia mí.

Y entonces ocurre el contacto.

Tenemos que cruzar un tronco húmedo. Ella calcula la distancia, tensa el cuerpo y salta. Falla por un centímetro. Instintivamente la sujeto por la cintura antes de que caiga.

Su cuerpo choca contra el mío. Sus manos caen sobre mi pecho. Nuestros ojos se encuentran. Nos miramos. El aire entre ambos es caliente, denso, demasiado íntimo para algo que ha durado un segundo. Pero ese segundo me atraviesa entero.

Ella se aparta rápido, tragando saliva.

—Gracias —dice, seca—. No volverá a pasar.

—Ojalá —susurro sin pensar.

Sé que me ha oído porque su mandíbula tiembla ligeramente.

Al final, perdemos. Por culpa de los dos. Ella quiere estrategia militar. Yo quiero caos controlado.

El equipo solo consigue chispas, fuego y frustración.

Pero no me arrepiento. Ha sido… interesante.



Cuando nuestros brazos se rozan en el pasillo, el contacto es mínimo, casi accidental, pero me prende fuego. Me detengo. Ella también, como si los dos hubiéramos chocado contra la misma corriente invisible. Giramos la cabeza al mismo tiempo, demasiado despacio, demasiado conscientes el uno del otro.

—Hoy has intentado matarme —bromeo en voz baja, con una sonrisa ladeada que ni siquiera me esfuerzo en suavizar.

—Hoy has intentado sabotear a todo el equipo —responde ella, clavando sus ojos oscuros en los míos. Su tono es estable, pero la respiración… no tanto. Un segundo antes contenida, ahora más profunda. Más consciente.

Doy un paso hacia ella —solo uno—, suficiente para invadir la frontera sin tocarla. Ella no retrocede. Eso es lo que más me jode y más me excita.

—Sabes que lo he hecho genial —añado, bajando la voz, modulándola hasta ese tono que a veces uso sin pensar—. Si no fuera por mi improvisación, ahora mismo estaríamos en último lugar.

—Tu improvisación es exactamente el problema —contesta, con las manos cruzadas sobre el pecho, intentando protegerse de algo que no soy del todo capaz de nombrar—. No puedes esperar que todos giren a tu ritmo… solo porque tú decides no seguir el plan.

—A veces el plan es una mierda —replico, encogiéndome de hombros.

—A veces —dice con un suspiro que se clava bajo mi piel—, tú eres una mierda de compañero de equipo.

Su sinceridad me sorprende. También me golpea. Pero por alguna razón no me cabrea; me… enciende. Ella tiene la capacidad de decir cosas que cualquier otra persona me indignarían, pero en su boca suenan como un desafío irresistible.

—¿Sabes qué es curioso? —pregunto inclinándome un poco hacia ella—. Que no puedo decidir si te gusto demasiado o si te saco de quicio porque no puedes controlarme.

Sus ojos se entrecierran apenas, un micro gesto que delata que la he tocado donde quería.

—No me gustas —dice con convicción, pero su voz se vuelve un milímetro más áspera—. Y desde luego no me interesa controlarte. Solo necesito que no arrastres a los demás contigo cuando decides no pensar.

—Pensar me aburre —contesto, dejando que la sonrisa se ensanche—. Pero tú… haces que tenga ganas de hacerlo.

Su mandíbula se tensa en un gesto precioso y peligroso.

—Buenas noches, Carter —murmura, intentando cortar la conversación, pero su cuerpo sigue clavado en el pasillo, como si algo más la retuviera.

No la dejo escapar tan fácil.

—Te lo has pasado bien hoy —digo, bajando aún más la voz—. Admitirlo no te mataría.

Ella suelta una risa mínima, más exhalación frustrada que otra cosa.

—Oh, claro. No quería admitirlo, pero me lo he pasado bien viendo cómo casi tiras a Smith por un barranco —responde con ironía, levantando una ceja.

—No es lo que he querido decir y lo sabes.

Ella respira hondo, como si buscara aire frío en un pasillo demasiado estrecho y caliente. Por primera vez en toda la noche, su mirada baja brevemente a mi boca antes de volver a mis ojos. Es un segundo, una décima, pero suficiente.

Suficiente para que mi pecho se tense.

Suficiente para que mis manos quieran moverse.

Suficiente para que mi lengua quiera decir cosas que no debería.

Me apoyo ligeramente en la pared a su lado, no bloqueándola, pero sí obligándola a sentir mi presencia.

—No te doy miedo —susurro, sin saber por qué digo justo eso.

Ella traga saliva.

—No eres tan importante como para asustarme.

—Entonces… —inclino la cabeza, acercándome apenas, sintiendo su respiración acariciar la mía— ¿qué es exactamente lo que te hace salir corriendo cada vez que estamos a menos de medio metro?

Ese es el golpe. El que la desarma. El que no quiere responder. Ella parpadea, la coraza reaparece, la respiración se estabiliza.

—Buenas noches, Carter —repite, esta vez con más firmeza.

Gira la llave, abre la puerta con rapidez estudiada y se escurre dentro, cerrándola entre nosotros como si fuera la única barrera que le quedara.

La puerta hace clic. Me quedo mirando la madera un segundo más. Luego otro.

Mi corazón late como si hubiera jugado un partido entero. Mi cuerpo arde. Mi cabeza… también.

Y cuando finalmente me alejo del umbral, solo puedo pensar en una cosa:

No es solo atracción. No es solo desafío.

Es algo moviéndose bajo la superficie. Algo que no debería estar ahí. Pero está. Y joder, cómo quema.

CAPITULO 9

MADISON

No suelo quemarme con el café. Tampoco suelo distraerme. Y, desde luego, no suelo pasarme la mitad de la noche despierta dándole vueltas a la respuesta perfecta que no le dije a Carter Reed en un pasillo estrecho de hotel. Pero aquí estoy, sentada en el comedor del complejo, frente a una taza humeante que acaba de abrasarme los labios porque mi cerebro está a kilómetros de distancia.

Me recuerdo respirando hondo, apoyando la cuchara en el plato y diciéndome que tengo que centrarme. Tenemos otro día entero de actividades, otro día de dinámicas grupales, de observar comportamientos y evaluar la cohesión. Tengo que estar al 100%. No puedo permitirme distracciones.

Y aun así…

Mi mente vuelve al día anterior sin pedir permiso. Al ejercicio de capturar la bandera. A la torpeza voluntaria con la que Carter ignoró cualquier norma. A su necesidad continua de improvisar, de romper el orden, de colarse en cada hueco que yo intentaba controlar. A su

sonrisa insolente cada vez que conseguía sacarme de mis casillas. Me irritó. Me irritó muchísimo.

Pero nada comparado con la maldita pregunta que me hizo anoche, ahí, en mitad del pasillo, con ese tono suave que le sale cuando quiere atravesarte por debajo de la piel:

¿Qué es exactamente lo que te hace salir corriendo cada vez que estamos a menos de medio metro?

Solo recordarlo me corre un escalofrío por la columna. No sé si de rabia, de vergüenza o de otra cosa que no pienso nombrar. Me quedé muda. Yo, que siempre tengo la palabra justa, el argumento listo, la defensa preparada. Me dejó sin voz. Y luego me metí en la cama, apagué la luz… y pasé horas despierta imaginando todas las respuestas que podría haberle dado.

La más sincera, la que jamás saldrá de mi boca, habría sido algo parecido a:

Porque no sé qué hacer contigo.

Pero claro, eso nunca lo sabrá.

Me obligo a dar otro sorbo al café, esta vez con más cuidado. Los alrededores son tranquilos a esta hora; huele a tostadas, a fruta cortada y a deportistas medio dormidos intentando parecer funcionales. Algunos jugadores ya están comiendo, otros esperan turno en la barra del buffet. Agradezco el murmullo suave, el ritmo lento. Después de ayer, necesito silencio.

Por desgracia, el universo nunca me deja disfrutarlo demasiado.

Callie deja caer su bandeja frente a la mía con una sonrisa que tiene demasiada energía para las ocho de la mañana.

—Buenos días, Maddie. ¿Mal sueño o mala noche?

—Ni lo uno ni lo otro —miento, intentando fingir normalidad mientras muevo distraídamente mi cuchara.

Megan llega detrás, más relajada, pero con la misma mirada de "sé cuándo alguien no ha dormido".

—No es por ser mala tía, pero tienes unas ojeras de cuidado —dice mientras deja su café en la mesa—. ¿El equipo te está agotando o… cierto receptor te ha dado guerra?

Trago café demasiado rápido. Me arde otra vez.

Genial.

—Estoy perfectamente —respondo, muy digna, como si mi lengua no estuviera sufriendo un incendio interno.

Callie arquea una ceja y apoya la barbilla en la mano.

—¿Segura? Porque ayer parecías lista para empujar a Carter a un acantilado.

—Y él parecía listo para… —añade Megan, pero se calla cuando la miro fijamente con ganas de estrangularla por su insinuación. Levanta las manos en señal de paz—. Vale, vale, no digo nada.

Kevin aparece entonces con su bandeja, aire de recién despertado y ese humor natural suyo que suaviza cualquier ambiente.

—Buenos días, chicas. ¿De qué habláis? —pregunta mientras se sienta al lado de Megan y le da un beso en la mejilla.

—De cómo algunos jugadores necesitan cursos intensivos de seguir instrucciones —respondo, mirando mi taza como si fuera lo único vivo en la mesa.

Kevin se ríe y asiente.

—Ah, hablas de Carter.

No necesito levantar la vista para saber que está sonriendo como un idiota adorable.

—No hablaba de nadie en concreto —corrijo, pero mi tono neutro convence a exactamente nadie.

—Claro —dice Megan, bebiendo su café—. Por supuesto que no.

Callie se inclina un poco más, con ese entusiasmo suyo que siempre arrastra a los demás.

—A ver, Maddie, ayer hicisteis un buen equipo a pesar de las discusiones. Admítelo, hubo química ahí.

Suelto una carcajada seca.

—Lo que hubo fue caos.

Kevin mira al techo, como si buscara paciencia divina.

—Carter en modo team building es… impredecible.

—Imprudente, diría yo —respondo.

—Pero te aseguro que no lo hace a malas —añade Kevin —Solo… no sabe estar quieto.

—O callado —añado.

—O seguir normas —dice Megan.

—O dejar de intentar impresionar a alguien cuando le gusta —remata Callie.

Las miro a todas, intentando no mostrar la punzada que siento bajo el esternón.

—No me gusta —digo.

Las tres responden al unísono, en tono cantado:

—Ajaaaaaá.

Abro la boca para protestar cuando ocurre.

El universo decide torturarme un poco más.

Carter entra en el comedor.

Pelo revuelto. Camiseta algo arrugada. Tono de piel ligeramente dorado por el sol del día anterior. Caminando como si el suelo le perteneciera. Como si supiera exactamente qué provoca. Y peor aún: como si viniera dispuesto a usarlo.

Mi estómago se hunde. Mi corazón reacciona. Dios, cómo le odio.

Él nos ve. Reconoce la mesa. Reconoce a quién está en la mesa. Y sonríe.

Me dan ganas de arrancarle la maldita sonrisa.
La que debería estar prohibida por motivos de seguridad emocional.

Cuando pasa junto a nosotras, baja un poco el ritmo, solo lo suficiente para que quede claro que lo hace a propósito, y me guiña un ojo.

Un guiño lento. Un guiño descarado. Un gesto tan simple que debería resbalarme, pero mi estómago reacciona con una especie de espasmo que me deja sin aliento por una fracción de segundo.

Trago saliva. Callie me mira. Megan sonríe, maldita sea.
Kevin finge no darse cuenta, pero se está riendo por dentro.

Intento recuperar la compostura, pero entonces lo veo dirigirse hacia la barra del buffet. Observa los alimentos con total despreocupación, coge un cuenco, se sirve cereales y fruta, añade yogur como si estuviera rodando un anuncio… y después, muy deliberadamente, gira sobre sus talones. Y camina hacia nosotras. No hacia la mesa en general. No hacia sus compañeros. Hacia mí.

La bandeja en sus manos está perfectamente equilibrada, pero su mirada no. Es una flecha. Una flecha directa a mi pecho, directa a mi respiración, directa a la parte de mí que no quiero escuchar.

Y yo siento, con un pánico irritante, que si se sienta aquí —si se sienta justo a mi lado, si abre la boca, si dice cualquier estupidez de las suyas con ese tono suave que a veces le sale— mi profesionalidad puede tambalearse un centímetro más.

No puedo permitirlo.

Antes de que llegue a la mesa, me levanto de golpe.

—Y ya está —murmuro, apartando la silla de golpe mientras me levanto—. Se acabó el desayuno.

Callie me agarra del brazo, divertida.

—¿A dónde vas?

—A trabajar. A donde no esté él. No pienso tolerar otro día de… de esto.

Megan sonríe, suave, casi comprensiva.

—Te desestabiliza —dice, como quien señala una verdad obvia —. Y eso te asusta.

No respondo. No puedo. Así que recojo mi carpeta, me despido murmurando algo sin sentido y salgo del comedor con pasos rápidos, como si necesitara huir antes de permitirme sentir.

En cuanto cruzo la puerta, apoyo la espalda contra la pared y exhalo el aire que llevaba retenido.

Es un engreído. Un provocador.

Un dolor constante en mi paz mental. Pero hay otra parte, una que detesto reconocer, que murmura algo distinto.

Y por eso mismo es peligroso. Porque algo en él… me hacer perder el control.

CAPITULO 10

CARTER

A veces creo que este retiro fue inventado por alguien que nos odia profundamente. No solo nos despiertan a una hora indecente, sino que además nos obligan a participar en dinámicas que parecen sacadas de un campamento escolar. Si no fuera porque sé que esto fue idea de Madison —qué ironía— ya me habría escapado a la ciudad más cercana a beber una cerveza.

Y hablando de Madison… Hoy no juega. No participa.

Pero no está igual que ayer.

Hoy lleva unas mallas negras, una sudadera azul marino y el pelo recogido en una trenza suelta que le cae por un hombro. Se ha puesto gafas de sol —unas discretas, deportivas— que hacen que parezca aún más inaccesible. Está conversando con dos fisios del club, moviendo las manos al hablar, más relajada que ayer, casi cálida. Y es esa versión la que me golpea como un puñetazo suave en el pecho.

Ella es otra hoy. Y lo peor es que me gusta esta versión también.

No sé si lo hace a propósito o si simplemente está metida en su papel de "observadora", pero verla ahí, apartada, estudiándolo todo con aire tranquilo, sin querer mezclarse, me pone de los nervios.

Porque sé —lo sé— que ha decidido evitarme.

Que podría estar en mi grupo, o ayudándonos, o retándome otra vez… y que está eligiendo lo contrario. Como si yo fuera algo de lo que protegerse.

Los jugadores nos vamos reuniendo alrededor del monitor. La actividad del día es un circuito mixto con pruebas físicas, puzles y relevos. Perfecto para motivarnos; perfecto para que ella observe cada movimiento sin exponerse.

Y eso me cabrea más de lo que debería.

Me pongo en mi grupo con Kevin, Marc, Smith y Niall, que se acerca ajustándose el protector de muñeca. Niall lleva años en la liga; es de los mejores receptores del país, un tío calmado, preciso… y demasiado observador para mi gusto.

Empieza el circuito. Salgo disparado cuando nos toca, salto obstáculos, resuelvo el puzle numérico, cargo un saco de arena… todo rápido, fuerte, perfecto. Una parte de mí lo hace por el equipo, sí, pero otra parte —una que no quiero analizar— lo hace porque sé que ella nos está mirando.

Quiero que vea lo que puedo hacer. Quiero que sepa de lo que soy capaz. Que eso le dé un golpe en la imagen que tiene de mí. Quiero… que no me ignore.

Al terminar mi tramo, levanto la vista. Y ahí está ella, recostada con un pie apoyado en una roca, brazos cruzados, la trenza cayendo por su hombro mientras observa detenidamente cada movimiento del equipo. Sus labios se mueven apenas cuando toma notas mentales. La veo asentir una vez, aprobar algo. Y quiero, de manera absurda, que ese asentimiento sea por mí.

—Joder, cómo impone —murmura Niall a mi lado, sin quitar los ojos de ella—. Y con esas gafas… madre mía. Está espectacular hoy.

Paro en seco.

No solo freno el paso: todo mi cuerpo se tensa como si alguien hubiera tirado de un freno de mano dentro de mí. Siento cómo la mandíbula se me bloquea y los dedos se me cierran en puños sin haberlo decidido.

Niall sigue sin darse cuenta. Claro que no. Está demasiado ocupado mirando a Madison como si tuviera derecho a hacerlo así, como si ella fuera un paisaje atractivo y no… no lo que es para mí.

Mi pecho se contrae. Un pinchazo seco, incómodo.
Un instinto irracional que sube como lava.

No me gusta cómo la mira. No me gusta el brillo que tiene en los ojos. Y no me gusta, ni un poco, el tono en el que dice "espectacular". Porque, joder, sé exactamente de qué manera lo está

diciendo. Sé cómo mira Niall cuando algo le interesa. Y no me gusta imaginar que Madison es ese "algo".

La irritación se me acumula en la nuca y noto un calor desagradable por debajo de la piel. Es absurdo sentir esta necesidad de apartarla de su campo de visión, pero ahí está, creciendo sin pedir permiso.

Por primera vez desde que empezó este retiro, quiero ponerme delante de ella. Protegerla.

O protegerme a mí de la idea de que otro la desee.

Kevin se acerca justo cuando Niall se aleja para recoger los conos de la siguiente prueba. Yo sigo allí, rígido como una jodida estatua, con los puños aún cerrados sin darme cuenta. Intento relajarme, pero el pecho sigue tirante, incómodo, como si algo se hubiera quedado atascado entre las costillas.

Kevin me lanza una mirada rápida, de esas que diseccionan sin pedir permiso, y chasquea la lengua.

—Que no se note, ¿eh? —murmura, con una sonrisa ladeada.

—¿Qué no se note qué? —respondo demasiado rápido, demasiado tenso. Me odio un poco por sonar así.

Kevin se ríe. Abiertamente. Como si yo fuera el espectáculo del día.

—Relájate, tío. Solo he dicho que intentes que no se note que estabas a punto de arrancarle la cabeza a Niall.

—No estaba a punto de arrancarle nada —gruño, mirando cualquier sitio menos a Madison, que ahora está hablando con el entrenador auxiliar—. Simplemente… dijo una gilipollez.

—¿La parte de "madre mía, está espectacular hoy"? —Kevin eleva una ceja—. Porque diría que esa te ha tocado un nervio sensible.

No contesto.

—O quizá ha sido cuando dijo que le daba morbo. Esa palabra sí que te ha puesto a vibrar.

—Kevin —le advierto, pero él levanta las manos como si no hubiera hecho nada.

—Qué —dice, inocente de mentira—. Solo observo. Tú eres el que está actuando como si alguien hubiera intentado ligarse a tu novia.

—No es mi novia.

—Pero te jodería que lo fuera de otro.

Me clava esa frase sin piedad. Directa. Precisa.
Como si hubiera estado esperando el momento para lanzarla.

Aprieto la mandíbula. Noto los músculos tensarse, calientes, incómodos.

—No sé de qué hablas —miento, y hasta yo oigo lo mal que suena.

Kevin se cruza de brazos, apoyando todo su peso en una pierna, con esa postura relajada que usa cuando ya ha ganado la discusión

antes de empezarla.

—Carter, hermano… llevas todo el día mirándola como si fueras un crío en un parque de atracciones y ella fuera la atracción principal. Y ahora te molesta que otro la vea atractiva. ¿Quieres que siga o lo pillas ya?

Suelto aire por la nariz, frustrado.

—Es diferente.

—¿Ah, ¿sí? ¿En qué?

No tengo una respuesta que no suene estúpida.

Porque es diferente. Porque no es lo mismo que las otras veces. Porque no quiero imaginar a nadie mirándola. Porque verla reír con otros mientras conmigo siempre está tensa me enciende por dentro. Porque esta mujer me está descolocando desde el primer minuto.

Pero no pienso decir nada de eso.

—Niall tiene ojos en la cara —me obligo a decir, encogiéndome de hombros—. Solo comentaba.

Kevin suelta una carcajada corta.

—Claro. Y tú solo estás… ¿cómo lo llamabas antes? Ah, sí: "haciendo un seguimiento amistoso".

Le lanzo una mirada asesina y él levanta las manos.

—Ey, que a mí me parece genial. Solo digo que, si no quieres que los demás se fijen en ella… igual deberías preguntarte por qué.

Aprieto los dientes.

—Eres un pesado —murmuro.

—Y tú estás celoso —responde él, clavándome una palmada en el hombro—. Qué bonito. Nuestro receptor estrella, celosito.

—Lárgate a hacer tu puto circuito, anda —gruño, pero no puedo evitar que se me escape una sonrisa tensa.

Kevin se aleja riéndose. Y yo me quedo ahí, viendo cómo Madison habla con dos jugadores más, tranquila, segura, con esa trenza rozándole la clavícula…

Y siento otra vez esa punzada absurda en el pecho. No.
No pienso permitir que nadie más la mire como la ha mirado Niall. Ni siquiera sé qué significa eso. Solo sé que es así.

CAPITULO 11

MADISON

Nos han dado dos días de descanso para compensar el trabajo del fin de semana así que aprovecho para hacer deporte, ordenar la casa y tratar de pensar en todo menos en lo que he vivido.

La vuelta a la rutina después del fin de semana debería haber sido un alivio, una oportunidad para que mi cabeza regresara a su eje y dejara de girar alrededor de preguntas que no quiero contestar. Pero no. Todo lo ocurrido en esos dos días en el complejo sigue agitando mi mente como una corriente subterránea. Las dinámicas de equipo fueron útiles, sí, pero también perturbadoras… sobre todo por él.

Aún siento en la piel el eco de nuestra conversación tensa en el pasillo del hotel. Y después, la necesidad imperiosa de poner distancia al día siguiente porque mi cuerpo reaccionaba antes que mi cabeza.

Para colmo, desde que volvimos he escuchado comentarios aquí y allá, rumores del tipo "Carter y Niall casi se enganchan" o "no veas

la mirada que le lanzó Reed cuando Niall habló de la psicóloga". Ninguno de ellos se lo ha dicho directamente, pero las piezas encajan lo suficiente como para hacerme pensar que algo pasó entre ellos. Y si Carter pierde así los papeles fuera, es solo cuestión de tiempo que algo estalle dentro del campo.

Y hoy lo hace.

El entrenamiento es duro, de esos donde el aire se carga de adrenalina y tensión competitiva. Observo desde la banda analizando expresiones, analizando posturas, analizando más de lo que debería. Mi mirada se desvía inevitablemente hacia Carter cada pocos minutos. Hay algo distinto en él: demasiado rígido, demasiado tenso, ligeramente agresivo. Demasiado cerca del límite.

En una jugada sencilla, Niall lanza un pase perfectamente ejecutado, pero Carter llega una fracción tarde. Lo veo frenar en seco, respirar de golpe, clavar la mirada en su compañero y tensar el cuello como si algo dentro de él se hubiera roto.

—¿Me lo vas a poner fácil algún día o seguimos jugando a que esto es la liga infantil? —le suelta a Niall con un tono tan afilado que varios jugadores se giran al instante.

No es una broma, no es camaradería. Es veneno.

Y lo más llamativo: Niall no reacciona, solo levanta las manos como diciendo "haz lo que quieras, colega".

Yo sí reacciono. Porque nunca lo había visto hablar así. El entrenador no tarda ni un segundo.

—¡Carter! ¡Otra vez con esa actitud, no! —su voz corta el aire como un látigo—. Vuelve a la marca y deja de sabotear el entreno.

La mandíbula de Carter se mueve de lado a lado, como si masticara rabia. Intenta controlar la respiración, pero el pecho le sube y baja demasiado rápido. Esa es la primera señal. La segunda aparece cuando, en la jugada siguiente, un jugador nuevo falla un bloqueo y Carter choca contra él con más fuerza de la necesaria.

—¿Quieres apartarte de una jodida vez? —ruge con un brillo salvaje que me hace dar un paso adelante por puro reflejo.

Se produce un silencio espeso. El jugador al que ha empujado ni siquiera responde. Todos esperan al entrenador.

—Estás cruzando la línea —dice este, avanzando hacia él con paso firme—. Y te aviso por última vez.

La expresión de Carter es devastadoramente transparente para cualquiera que sepa mirar: frustración, vergüenza, miedo, rabia, todo comprimido en un punto que amenaza con estallar. Y entonces, sin que nadie lo provoque, lo hace.

—Perfecto. Pues apunta también que soy el único que parece estar trabajando al nivel que pedís —escupe, sin alzar tanto la voz, pero con una intensidad que hiela el ambiente.

—Carter.

—Si nadie se va a tomar esto a nivel profesional será mejor que volváis a casa.

Yo siento un vuelco en el estómago. Esa reacción no es proporcional al error. No es un estallido superficial de ego. Yo conozco esa forma de romperse por dentro. La he visto demasiadas veces. Y aunque intento decirme que no es asunto mío más allá del terreno profesional, algo en mi interior se agita de una forma que no controlo.

Cuando el entrenamiento termina, el director deportivo aparece casi de inmediato y me pide reunirme con él y con el entrenador. No es una petición, es una orden educada.

En la sala de reuniones, el aire está cargado de preocupación.

—Esto no puede seguir así —dice el director, frotándose la frente —. No es solo actitud. Está afectando al rendimiento del equipo.

El entrenador asiente, serio, cansado.

—Necesitamos que intensifiques tu trabajo con él. No sé si necesita más sesiones o que liberar esa maldita testosterona, pero algo está pasando y no nos lo quiere decir.

Me miran como si tuviera la llave de un mecanismo que ni él mismo entiende. Y aunque sé que puedo ayudarlo, también sé que nadie puede arreglar a quien no quiere ser comprendido.

—Me encargaré —respondo, inspirando despacio para mantener la voz firme—. Pero puede que necesite tiempo para que confíe. Hay resistencia evidente.

—Haz lo que haga falta —dice el director—. No queremos que esto vaya a más.

Odio su comportamiento. Realmente lo odio. Pero no puedo negar lo que mis ojos han visto estas semanas. Algo en él está a punto de quebrarse. Algo que no tiene que ver con arrogancia ni con mala educación.

Y aunque intento repetirme que solo es por mi trabajo, sé que hay una parte de mí —minúscula, silenciosa, irritante— que no está preocupada… solo como profesional.

Y eso, más que cualquier explosión suya,
me inquieta profundamente.



Cuando termina la reunión con dirección y entrenador, siento que no puedo irme sin al menos verlo. No para reprenderlo ni para exigir explicaciones —eso sería inútil—, sino porque algo en su reacción me ha dejado inquieta de una forma que no puedo ignorar.
No es normal. No es él. O al menos, no es la versión de él que conozco… aunque tampoco estoy segura de conocerlo realmente.

Camino por el pasillo hacia los vestuarios. El eco de mis pasos rebota contra las paredes frías mientras repaso mentalmente la

escena del campo, intentando encajar piezas que todavía no sé interpretar. La voz del entrenador, la rabia contenida de Carter, el comentario punzante a Niall… todo apunta a un algo que estaba allí antes incluso de que yo llegara.

Cuando entro al vestuario, el ambiente es espeso, húmedo por el vapor de las duchas y cargado de electricidad residual. Algunos jugadores ya se han ido; otros guardan silencio, mirando de reojo la zona del fondo, donde reconozco la figura de Carter sentado en el banco metálico con los codos apoyados en las rodillas.

Tiene la cabeza agachada y aprieta las manos con tanta fuerza que los nudillos se le han vuelto blancos. Su respiración es rápida, irregular, como si intentara contener algo que le quema desde dentro.

Me acerco despacio. No quiero invadir, pero tampoco voy a dar media vuelta.

—Carter —digo con voz calmada—. ¿Podemos hablar un momento?

Él levanta la cabeza demasiado rápido, como si le hubiera arrancado de un pensamiento oscuro. Sus ojos verdes están tensos, brillantes, y por un segundo creo ver algo parecido al miedo antes de que lo esconda.

—No tengo nada que hablar contigo —responde, con voz ronca, defensiva.

Su tono es tan afilado que cualquier otra persona habría retrocedido por instinto. Yo no. Porque en el exacto momento en que suelta esa frase, sus manos se cierran en puños, apretando tan fuerte que los nudillos se blanquean. No es un gesto agresivo. Es culpa. Culpa por haberme hablado así. Culpa por perder el control en el entrenamiento. Culpa por no saber cómo manejar lo que sea que le pasa.

Pero el orgullo lo tiene atrapado. Y lo sé.

—Chicos, por favor, podéis dejarnos unos minutos —le pido a todos sus compañeros que nos miran fijamente. No somos un espectáculo y ellos no tienen por qué ser testigos de esto.

Kevin toma la iniciativa y sacude a todos con las toallas para salgan del vestuario. Se gira y me hace una saludo militar cómplice.

—Lo que ha pasado ahí fuera no es solo enfado del momento —digo con suavidad, sin acercarme más de lo necesario.

Él aprieta aún más los puños. Es casi doloroso de ver.
Su respiración se acelera ligeramente, pero intenta ocultarlo tragando saliva.

—Estoy bien, Blake —dice, arrastrando mi apellido como si quisiera construir un muro entre nosotros—. Solo ha sido un mal día.

Miente. Y lo sabe. Y lo peor es que también sé que lo sabe.

Doy un paso más, manteniendo la respiración controlada, sosteniendo mi profesionalidad como un escudo. No me dejo intimidar, pero tampoco pretendo escalar el conflicto.

—Lo que ha pasado ahí fuera no ha sido solo una mala jugada —respondo, con calma firme—. Estás demasiado alterado para que no haya una razón.

Él resopla, se pasa una mano por el pelo mojado, dejando caer gotas al suelo. Su pierna se mueve en un temblor nervioso que él mismo intenta detener sin conseguirlo.

—Estoy bien, Blake —gruñe, levantándose de golpe. El banco chirría bajo su peso—. Solo me he cabreado. Fin de la historia.

El movimiento brusco hace que se acerque demasiado. Está tan cerca que puedo sentir el calor que desprende su cuerpo, la respiración acelerada, el temblor de ira que todavía le recorre los hombros. Pero no retrocedo. No ahora.

—A mí no me lo parece —respondo, manteniendo el contacto visual. Su mirada intenta intimidar; la mía se niega a ceder—. Hablar no hace daño. Ignorar lo que sientes, sí.

Él aprieta los dientes. La vena de su cuello late con fuerza. Está luchando consigo mismo, no conmigo.

—No necesito tu análisis —dice al fin, en un susurro cargado de frustración—. No necesito que me psicoanalices cada vez que abro la boca.

Respiro despacio. Me obligo a mantener el tono suave, aunque mi corazón late demasiado rápido para mi gusto.

—No estoy aquí para analizarte —miento a medias—. Estoy aquí porque lo que ha pasado en el campo no es normal para ti.

Él me mira como si quisiera romper algo. O romperse.

Pero no dice nada.

—Si en algún momento quieres hablar —añado, manteniendo la distancia justa—, estoy aquí.

Silencio.

Él baja la mirada, incapaz de sostener la mía más tiempo. Sus manos se abren y cierran, como si buscara algo que no sabe cómo pedir.

Durante un instante, creo que va a decir algo.

Pero se limita a negar con la cabeza y apartarse, cogiendo su bolsa de deporte con movimientos bruscos.

—No necesito ayuda —dice, sin convicción, antes de dirigirse hacia la salida—. Estoy bien.

Lo veo marcharse, la espalda rígida, los hombros tensos, la rabia aun palpitando en cada paso.

Y por primera vez desde que llegué al club, siento un nudo en el estómago que no tiene nada que ver con mi trabajo.

CAPITULO 12

CARTER

Vuelvo a la sala de sesiones sin ninguna ganas. Después del entrenamiento de esta mañana y de mi explosión —esa que preferiría borrar de la memoria colectiva del club— lo último que necesito es otra charla "profunda" con la mujer que más consigue sacarme de mis casillas… y que, de alguna manera absurda, también consigue calmarme.

La puerta está entreabierta. Ella está dentro, de pie junto a la ventana. Hoy viste una camisa blanca metida por dentro del pantalón, el pelo recogido en un moño imperfecto que deja caer mechones sueltos por el cuello. Parece tranquila. Justo lo contrario que yo.

Cuando entro en la sala, cierro la puerta con demasiada fuerza. Ella no se sobresalta. Solo levanta la vista y me analiza, como siempre.

—Gracias por venir —dice, sin rastro de ironía.

—No me diste mucha opción —respondo, dejándome caer en la silla con ese aire de "me da igual" que espero que tape el nudo en mi estómago.

Ella se sienta frente a mí, no demasiado cerca, pero tampoco tan lejos como para que no sienta su presencia. Ya no me habla como quien intenta desmontar mi ego. Hoy su voz es más suave.

—Quiero que tengas claro que esta sesión no es un castigo —dice, entrelazando las manos sobre su cuaderno—. Es una oportunidad para entender qué está pasando contigo. Lo de esta mañana no fue solo frustración.

Me remuevo en la silla, intentando adoptar esa postura despreocupada que me ha salvado de miles de conversaciones incómodas.

—Ha sido un mal día, Blake. Nos pasa a todos.

—Sí —admite—. Pero no todos pierden el control así. No tenías derecho a hablar así a tus compañeros.

Me aprieta el pecho. No sé por qué. No sé qué estoy sintiendo exactamente, solo sé que no me gusta.

—¿Quieres analizar el partido? —digo—. ¿Tú también quieres reprenderme?

Ella ni parpadea.

—Desde luego que no, no soy tu madre, Carter. Te lo dije el primer día: mi objetivo es que no estés así. Quiero entender la presión que llevas encima —responde con calma—. Hablemos de

eso. De cómo gestionas los errores. De lo que esperas de ti mismo. Y… —hace una pausa, midiendo sus palabras— de la gente que confía en ti fuera del campo.

Un escalofrío me recorre la espalda.

¿Gente que confía en mí? ¿Qué sabe? ¿Qué ha escuchado?

No digo nada. Tal vez porque no puedo.

Ella cambia de estrategia, lo noto. Su voz baja un tono, volviéndose más íntima:

—Se que estás callado porque te sientes avergonzado. Eres una persona compleja, pero creo que te sientes mal por lo que has hecho.

—Vaya… ahora soy complejo. Hasta hace unas horas era el tío más superficial del equipo. ¿Tanto me crees conocer? ¿Acaso crees que me importa tu opinión?

—La rabia aquí no te funcionará. Y puede que mi opinión no te importe, pero es posible que la de alguien fuera de aquí sí. ¿Verdad?

Touché. Directo.

Me tenso y ella lo nota.

—¿Hay alguien fuera del equipo cuya opinión te importe especialmente? ¿Alguien a quien no quieras decepcionar?

Me quedo helado. No esperaba eso. Por un instante, veo el rostro de Lily. Sus trenzas. Sus ojos brillantes cuando le llevo camisetas del equipo. Su mano pequeña agarrando la mía cuando me decía que se sentía cansada después del tratamiento.

Trago saliva. No puedo decir su nombre. No puedo abrir esa puerta. Pero tampoco puedo mentir.

—Hay… alguien —murmuro, sin mirarla.

Ella asiente, como si supiera que sacar una sola palabra ya es una batalla ganada.

—Cuéntame lo que te preocupa.

—No te voy a contar detalles —me adelanto, más brusco de lo que pretendía—. Solo… no todo el mundo tiene la suerte de venir aquí, jugar, cobrar una pasta y olvidarse del resto. A algunos nos tocan responsabilidades que no desaparecen cuando termina el partido.

Ella no toma notas. Solo me mira. Con una expresión tan humana que me deja sin defensas. ¿Cómo puedo pensar en lo radiante que se ve en un momento como este?

—Entonces, ¿por qué no estás dispuesto a admitir que no eres tan perfecto como finges ser? No hay nada malo en mostrarse humano.

—Eso es para los humanos.

—Entonces, los dioses como tú ¿qué tienen que hacer? Porque yo te estoy viendo y solo veo a un ser humano tan imperfecto como todos los demás. Y no hay nada malo en ello.

Joder.

Me recuesto en la silla, intentando respirar. Nunca nadie me había dicho algo así. Nunca nadie había visto más allá del chiste, del

músculo, del cuadro que intento sostener cada día.

—No me puedo permitir ser un mediocre ser humano así que te aconsejo revisar tus percepciones.

—Vaya… debe ser una carga enorme que la que te obliga a ser tan cínico —dice—. Siento que creas que debes llevarla tú solo. Eso explica muchas cosas.

Noto un pinchazo en el pecho. La culpa. El miedo. La rabia. Todo junto.

—No necesito ayuda —digo, pero el tono me traiciona.

—Carter, desde el mismo instante en que nos conocimos te has esforzado por mostrarte autosuficiente y perfecto. Que nada te afecta y que puedes soportar todo sobre tus hombros. Pero cuanto más peso cargues sin liberarlo de vez en cuando… más estallidos como estos tendrás. La tensión de tu cuerpo, tus palabras, tu enfados repentinos… Veo el miedo que te entra cuando fallas algo mínimo. No soy tu enemiga.

—Pensaba que esa era nuestra dinámica.

—Tú nos pusiste allí.

Mis pulmones se cierran. La mirada se me nubla un momento. ¿Miedo? ¿Ha visto eso? ¿Tanto? ¿Tan bien?

Me quedo callado durante unos segundos, respirando despacio, intentando recomponerme mientras mi cabeza busca cualquier defensa que pueda salvarme de esta exposición involuntaria. Siento la silla bajo mis manos, el eco de mis propias palabras en el aire y la

mirada fija de Madison, tan directa y tranquila, que me altera más de lo que debería. No sé cómo lo hace, pero su silencio no me juzga; me sostiene. Y esa sensación es nueva… demasiado nueva.

—No estoy acostumbrado … —murmuro al fin, bajando la vista porque mantener la suya es demasiado—. Normalmente con sonreír es suficiente para que la gente piense que estoy bien.

Madison inclina un poco la cabeza, y el gesto no tiene nada de condescendiente. Me comprende.

—Conmigo no tienes que fingir —dice en voz baja—. No voy a usarlo contra ti.

Levanto la mirada despacio y esa frase me golpea más fuerte de lo que esperaba. Y recuerdo que ella, mi ex, si lo hizo. Sí que usó lo que más me importaba para ganar más. Madison me mira como si fuera humano, no un arrogante, no un espectáculo ambulante.

—No sé por qué te estoy contando esto —admito, rascándome la frente con frustración—. No suelo… confiar. No así.

—Quizá porque lo necesitabas —responde simplemente.

Respiro hondo, intentando ordenar lo que llevo dentro, pero las emociones no obedecen. Están ahí, removidas, abiertas, expuestas.

¿Desde cuándo me pasa esto? ¿Desde cuándo ella tiene este efecto?

Me incorporo demasiado deprisa, buscando aire, buscando distancia, buscando cualquier cosa que me devuelva algo de control.

—He dicho demasiado —murmuro, más para mí que para ella, incapaz de ocultar el nudo que tengo atrapado en la garganta.

Madison asiente despacio, con una calma que me desarma por completo.

—Has dicho lo que necesitabas, Carter.

Quiero negar, hacer una broma, fingir que no ha significado nada. Pero no puedo. Hay algo dentro de mí que se ha movido. Algo que ella ha tocado sin siquiera intentarlo.

Cojo la bolsa, evitando mirarla demasiado tiempo porque sé que, si lo hago, me va a descifrar otra vez. Me acerco a la puerta con pasos tensos, sintiendo que cada metro que me alejo de ella me deja aún más expuesto.

—Esto no… —empiezo, sin saber cómo terminar esa frase. No sé si quiero decir "esto no debería haber pasado" o "esto me jode" o "esto me da miedo". Quizá las tres.

Ella solo sostiene mi mirada por última vez, con una comprensión tan honesta que me remueve entero.

—Ha sido un paso, Carter —dice al fin—. Solo eso.

Asiento, incapaz de añadir una palabra más. Salgo al pasillo antes de que mi pecho decida romperse por completo. El aire fresco me golpea, pero no calma nada.

Madison Blake no es como las demás. No se deja impresionar, no compra mis trucos, no se rinde a mis sonrisas. Y, lo más desconcertante, tampoco intenta derribarme. Simplemente… me ve.

Con todas mis grietas, con toda mi mierda, con todo lo que no quiero que exista.

Y por primera vez en mucho tiempo, no sé si eso me destruye o me salva. Lo único que sí sé es que me aterra más que cualquier partido.

CAPITULO 13

MADISON

Cuando entro en mi despacho aquella mañana, lo primero que noto es el olor. Un aroma cálido, familiar, demasiado específico para ser casual. Me detengo a dos pasos de mi escritorio, porque allí, perfectamente centrado sobre la madera, hay un vaso de café aún humeante. Mi café. El que solo compro en un local pequeño que nadie suele frecuentar, con ese toque de avellana que jamás he mencionado en voz alta.

Junto al vaso, pegada con un trozo de cinta ligeramente torcido, hay una nota doblada. La desdoblo.

"Lástima que no me veas como un dios del Olimpo,
pero puedo intentar ser humano."
—C.

Debería rodar los ojos. Debería reírme, indignarme, ignorarlo… cualquier reacción lógica que no implique que mi estómago dé un vuelco inesperado. Pero no puedo evitar quedarme quieta, con la

nota entre los dedos, como si aquello fuera un código que necesitara descifrar. Es tan… Carter. Arrogante, descarado, incapaz de no bromear. Pero debajo de esa capa hay algo distinto. Algo que no estaba semanas atrás. Algo que empezó en aquella sesión que, por desgracia, no he conseguido sacarme de la cabeza.

Dejo el papel sobre la mesa y suelto un suspiro largo, intentando que mis pensamientos regresen a terreno seguro. No debería removerme nada. No debería sentir nada. Pero no lo puedo apagar.

Dos días en los que Carter ha caminado por el club con una contención nueva. No ha lanzado pullas, no ha buscado llamar mi atención, ni siquiera ha usado esa sonrisa suya que normalmente anuncia problemas. El primer día solo me dedicó un leve "hola". El segundo, un "buen entrenamiento" sin dobles intenciones. Y aunque cualquiera diría que eso es irrelevante, para mí ha sido imposible no notarlo.

Y lo peor es que no sé qué me inquieta más: que esté cambiando… o que me importe que cambie.



Salgo del despacho con la intención de despejarme cinco minutos antes de sumergirme en más informes. Me repito que solo necesito aire, un reseteo mental, cualquier cosa que me devuelva el equilibrio que ese maldito café y esa nota han puesto en jaque. El pasillo está tranquilo a estas horas, iluminado por una luz blanca que rebota sobre las paredes recién pintadas. Avanzo sin rumbo concreto, acompañada únicamente por el eco suave de mis propios pasos.

Entonces escucho voces.

Freno de forma instintiva, no para espiar, sino porque reconozco la risa de Niall a metros de distancia. La segunda voz tarda medio segundo más en golpearme el estómago.

Carter.

Me acerco un poco más, lo justo para verlos sin irrumpir en la conversación. Están de pie junto a las taquillas auxiliares. Niall sonríe, relajado, con las manos apoyadas en las caderas; Carter parece menos tenso que en días anteriores, aunque aún tiene los hombros ligeramente elevados, un gesto que solo detectaría alguien que lo ha observado demasiado últimamente… como yo.

—En serio, tío —dice Niall con una carcajada contenida—, te pusiste como una furia. Pensé que ibas a arrancarme la cabeza. Si llegas a entrenar con esa energía, nos arrasamos a todos.

Carter se pasa una mano por la nuca, un gesto incómodo pero sincero.

—Lo sé —admite—. Y no estuvo bien. Me pasé, y lo siento. No era contigo. No debería haber soltado aquello.

Me sorprende. A Niall también, porque le da un golpecito en el brazo, más suave que la broma que acompaña el gesto.

—No pasa nada, colega. A todos se nos va la olla de vez en cuando. Además —añade con una sonrisa burlona—, ver al entrenador mirarte como si hubieras firmado tu sentencia de muerte ayudó a que se me bajara el cabreo.

Carter se ríe. Y no es una risa arrogante ni provocadora. Es real. Cálida. Humana.

—Joder, sí. Estaba para matarme —contesta—. Y con razón.

Siento un tirón extraño en el pecho. No es emoción profesional. Es algo más suave, más íntimo: alivio. Verlos así, ver que el conflicto de esa mañana no ha dejado heridas, me afloja una tensión que no sabía que estaba cargando.

Niall añade:

—La próxima, si quieres gritar, me avisas nos vamos a tomar unas copas de fiesta que buena falta nos hace con lo mucho que nos aprietan aquí.

—Hecho —responde Carter, dándole una palmada en el hombro.

Se ríen un poco más, y el ambiente entre ellos es tan sencillo, tan natural, tan contrario al caos del entrenamiento, que me quedo quieta un segundo más de lo necesario.

Porque estoy viendo exactamente lo que necesitaba ver. Carter reparando. Carter haciendo lo correcto sin que nadie lo obligue. Carter siendo… adulto.

Un paso pequeño, pero un paso. No es un mal tío después de todo. Y me encuentro sonriendo sin darme cuenta.

Justo entonces, él levanta la cabeza. Nuestros ojos se cruzan. No fue deliberado, no lo estaba buscando, pero la forma en que su expresión cambia —un brillo leve, un matiz de algo parecido a orgullo tímido— hace que el corazón me dé un golpe seco contra las costillas.

Yo no digo nada. Él tampoco.

Pero el mensaje que flota en el pasillo es claro:

Lo he hecho. Y sé que lo has visto.

Niall se gira también y me saluda con la mano, rompiendo la tensión.

—¡Madison! Su paciente estrella ya está rehabilitado —bromea, y Carter le da un empujón suave, rodando los ojos.

Carter resopla y le da un golpecito en el brazo, intentando disimular la sonrisa que se le escapa.

—Hablas demasiado —murmura.

Me detengo a unos metros, justo lo suficiente para no invadir la conversación, pero sí para dejar claro que he escuchado algo. Niall me dedica una sonrisa amable; Carter, en cambio, se tensa apenas antes de recuperar la compostura.

—Todo solucionado, ¿no? —pregunto, manteniendo un tono neutro, profesional. Es importante no dar pie a interpretaciones.

—Sí, sí —dice Niall—. Nada que dos tontos neandertales no puedan solucionar.

Carter no dice nada durante un momento. Se limita a asentir con la mandíbula apretada.

—Bien —respondo—. Me alegra saber que podéis dejarlo atrás.

La frase es prudente, limpia, sin elogios ocultos. Aun así, noto cómo la postura de Carter cambia ligeramente, como si esas palabras —tan simples— le soltaran un nudo que llevaba días ahí.

No debería fijarme en algo tan sutil.

No debería importarme.

—Intentaremos que no vuelva a pasar —dice al fin, sin mirarme directamente, pero tampoco huyendo. Es una disculpa disfrazada de comentario general, y me sorprende que haya hecho el esfuerzo.

Niall ríe entre dientes.

—Mira que es raro verlo tan formal, ¿eh? —dice, dándome un guiño cómplice —Lo próximo será que nos presente una novia que le dure más de una noche.

—No estoy siendo formal —protesta Carter, aunque la voz le sale más baja de lo que esperaba.

—Lo importante es que el equipo esté bien —respondo, y me preparo para marcharme.

Cuando doy un paso, Carter levanta la mirada. Solo un segundo y su mirada me desarma. Hay una ternura que me arrastra. Eso me descoloca.

Dios, es humano y lo sabe.

Y justo por eso me giro antes de tiempo, antes de que mi expresión diga más de lo que quiero admitir.

Mientras me alejo, escucho a Niall soltar una broma sobre que Carter está "raro". Él responde con una risa suave, nada exagerada. Una risa auténtica.

Y me sorprende descubrir que me gusta escuchársela. No debería. Lo sé.



El pasillo que lleva hacia las salas de fisioterapia está extrañamente silencioso para ser media tarde. Acabo de terminar de revisar un par

de informes cuando escucho pasos firmes detrás de mí. Giro la cabeza y encuentro a Kevin apoyado en la pared, brazos cruzados, expresión tranquila pero atenta—la misma que usa cuando está analizando al equipo sin que lo noten.

—¿Tienes un minuto? —pregunta.

Asiento y él se acerca, sin prisas, como si no quisiera imponer su tamaño. Aun así, su presencia llena el espacio. Tiene esa calma sólida que entiendo perfectamente por qué lo convierte en capitán.

—He oído que tuviste sesión larga con Reed —dice sin rodeos.

No suena a chismorreo ni a crítica. Su tono es casi como el de un padre preocupado. Me gusta esto de Kevin, es algo muy tierno que le define.

—Sí —respondo, ajustando la carpeta contra mi pecho—. Fue… intensa. Pero productiva.

Kevin asiente lentamente, como si estuviera valorando cada palabra.

—El equipo está preocupado por él. No lo dicen, pero lo están. Lo del otro día… no fue solo perder una jugada.

Me apoyo contra la pared también, manteniendo un tono sereno.

—Lo sé. Y estoy trabajando en ello. Carter tiene un nivel de exigencia muy alto consigo mismo. Eso puede volverse en su contra si no aprende a gestionarlo.

Kevin suelta una exhalación breve, mezcla de alivio y tensión contenida.

—¿Crees que podrá controlarse? —pregunta Kevin, con esa seriedad tranquila que lo caracteriza—. No hablo solo de los partidos. Hablo de… ya sabes, su carácter.

Respiro despacio antes de responder. No porque dude, sino porque elegir bien las palabras forma parte de mi trabajo.

—Creo que sí —digo finalmente—. Carter tiene capacidad de sobra. Solo necesita dejar de ponerse a sí mismo en el papel de protagonista constante y centrarse un poco más en el equipo. Cuando no está intentando demostrar nada, las cosas fluyen mejor.

Kevin asiente, como si esa frase encajara perfectamente con lo que él también ha visto.

—Es un tío complicado —admite—, pero buena persona. Como todos, carga con lo suyo… y a veces tiene esos pequeños momentos.

Estoy de acuerdo, aunque no lo digo en voz alta.

Lo que sí digo —y con cuidado— es:

—Sabes que no puedo hablar de nuestras conversaciones ni de lo que trabajamos —aclaro, manteniendo una distancia profesional muy marcada—, pero… sí puedo decir que estoy pendiente, que estamos avanzando en la dirección correcta. Confío en que irá a mejor.

Kevin se toma un segundo antes de responder. Baja un poco la mirada y vuelve a subirla, con gratitud sincera.

—Me vale con eso —dice—. Y gracias, Blake. De verdad. No es fácil llevar a Carter, pero tú… bueno, pareces hacerlo.

Sonrío apenas, un gesto pequeño, prudente.

—Hago lo que puedo —respondo.

—Y lo haces bien —insiste él, dándome una palmada suave en el hombro antes de alejarse por el pasillo.

Lo observo un momento mientras se marcha. Después sigo mi camino, intentando reconectar con mi rol, con mis límites, con la distancia que necesito mantener.

CAPITULO 14

CARTER

La mañana empieza con un entrenamiento rutinario y una sensación que llevo arrastrando desde hace días. Desde hace varios días, la conversación con Madison sigue dándome vueltas como una pelota mal lanzada que no consigo atrapar. Quiero hablar con ella, pero no como antes, no con esa actitud de "soy un encanto irresistible, déjame impresionarte".

Y eso es lo que más me mosquea. Porque se que, por mucho que me esfuerce, ella no cae ante mis encantos y por más que me moleste… creo que ya no me importa.

No es culpa. No es vergüenza. Es algo más extraño… Se que tengo que arreglar algunas cosas y Dios sabe que lo estoy intentando. Niall fue el primero, pero ella… ella es harina de otro costal.

Cuando termina la sesión física, la veo al borde del campo está tranquila. Es eso lo que me enerva y me tranquiliza a la vez: su capacidad para mantenerse firme cuando yo soy un desastre con

patas. Me enjuago la cara con la botella de agua, respiro hondo y decido que ya basta. Necesito hablar con ella, aunque no sé exactamente qué voy a decir.

Camino hacia donde está con la sensación de que cada paso pesa el doble. Mi cuerpo avanza con seguridad, pero mi pecho… no. Mi pecho va por libre. Ella levanta la vista cuando estoy a un par de metros y esa mirada me atraviesa como si pudiera ver mis intenciones antes que yo mismo. Y entonces, todo mi cuerpo vibra. Vibra como el de un adolescente hormonado.

—Eh —empiezo, levantando una mano como si presentara mis credenciales—. Vengo a izar bandera blanca. O una toalla. O… lo que sea que uses para declarar una tregua.

Madison me observa unos segundos. Su expresión neutra me descoloca; me siento como un crío esperando que la profesora decida si mi dibujo es aceptable.

—¿Desde cuándo tú quieres treguas? —pregunta finalmente, cruzándose de brazos. Es un gesto pequeño, pero me dice que está alerta.

Me paso la mano por la nuca, buscando la cordura que seguramente dejé olvidada en algún sitio.

—Desde que me di cuenta de que provocarte es mi deporte favorito… —confieso, con una sonrisa torcida que intento frenar y no puedo— pero eso hace que te sientas incómoda en tu trabajo. Y aunque es divertido… tienes razón: debo valorar lo que haces. Lo

mucho que puedes ayudarnos. Además… —mi voz se afloja sin querer—… no es lo que quiero ahora mismo.

Ella parpadea despacio. No retrocede, pero algo en su postura cambia. Una respiración más profunda, un hombro que se relaja un milímetro.

—¿Y qué quieres "ahora mismo"? —pregunta con ese tono que me excita tanto.

Tomo aire antes de responder, intentando buscar palabras que no me hagan parecer un idiota.

—Quiero… —la miro, más de lo que debería y me sincero. Porque he decidido que puede que no sea un río por el que esté acostumbrado a navegar pero que quizá me haga bien—… que podamos hablar sin tirarnos cuchillos. Lo del otro día fue importante para mí. No sé si lo pareció, pero lo fue. Y no quería dejarlo ahí, como si no significara nada.

Ella baja la mirada un instante y luego vuelve a mí, como si intentara recolocar sus emociones detrás de una barrera profesional.

—Aprecio que lo digas —contesta. Su voz no es fría. Es… suave.

Me muevo un poco, nervioso, porque noto que me estoy acercando demasiado a una zona emocional que no sé cómo manejar. Dios, en estos momentos me siento estúpido porque solo necesito que acepte. ¿Por qué si disfruto tanto con su furia?

—Vale, entonces… ¿tregua? —repito, esta vez con menos humor.

Madison entreabre los labios, como si estuviera valorando si aceptar o no. Después asiente con un gesto leve, comedido, muy de ella.

—Tregua —dice.

La palabra me recorre como un soplo caliente en la espalda. Alivio. No exactamente. Me permito una media sonrisa mientras me paso una mano por la nuca.

—Solo espero —añado con tono ligero— que no eches de menos mis intentos de conquistarte.

Madison alza la barbilla, imperturbable.

—¿De verdad llamas a eso intentos? —pregunta, con un filo suave en la voz—. Puede que te funcionen con otras mujeres, pero déjame decirte que a mí no me impresionan.

Ay, joder. Esto. Esto es lo que me encanta de ella.

Me acerco apenas medio paso, lo justo para que sienta el desafío.

—No tienes que jurarlo —contesto con una sonrisa lenta—. Jamás he tenido un hueso tan duro de roer.

Ella sostiene mi mirada sin pestañear.

—Pues ya era hora de que te llegara —responde, dándome la estocada final con elegancia quirúrgica.

Y no sé si quiero besarla o reírme. O ambas cosas.

Pero lo único que digo es:

—Esto va a ser complicado.

Parece que la conversación ha terminado, así que me retiro antes de quedarme plantado allí como un idiota que busca volver a verla reír. Mientras me alejo, siento sus ojos en mi nuca. No sé si es imaginación o deseo, pero me obligo a no mirar atrás.



Cuando vuelvo a los vestuarios, el ambiente es normal: jugadores riendo, alguno duchándose, otro buscando calcetines perdidos. Todo sigue igual, pero mi cabeza no.

Todavía siento un cosquilleo bajo la piel cuando vuelvo de la ducha. No es algo que quiera admitir en voz alta —ni de coña— pero la conversación con Madison me dejó… distinto. Más ligero. Como si por fin hubiera soltado una cuerda que llevaba meses estrangulándome por dentro.

No sé si es la tregua, o el hecho de que por primera vez en mucho tiempo no la sentí juzgándome, sino entendiéndome. O quizá es que llevo semanas intentando no pensar en lo mucho que me atrae y hoy casi consigo hablarle sin meter la pata. Sea lo que sea, me dejó una especie de electricidad tranquila en el pecho.

Tampoco se por qué siento esta necesidad de que ella me vea. Yo estoy muy contento con mi personalidad, pero, por alguna razón, no encaja.

Decido que es suficiente tontería emocional por un día.
Hoy toca pensar en lo que sí sé hacer: jugar.

Y el entrenamiento, sorprendentemente, ha salido bien. Me centro. Me muevo. Respondo.

Clavo rutas, conecto pases, leo jugadas antes que mis compañeros. Los entrenadores me felicitan un par de veces, y yo hago como si fuera normal… aunque por dentro siento un alivio que no admito ante nadie.

Lo mejor es que no he discutido con nadie. Ni con Niall, ni con Marc, ni con un triste cono. Un milagro.

Abro mi taquilla, cojo el móvil y veo tres llamadas perdidas de mi madre. Mi cuerpo entero se tensa. Mis manos se enfrían al instante, pero al mismo tiempo noto una presión ardiente subiendo por mi pecho.

Intento desbloquear el móvil, pero fallo el código porque los dedos me tiemblan. Lo intento de nuevo, más rápido, más torpe. Siento un pinchazo agudo justo bajo el esternón. Me cuesta expandir los pulmones.

Al tercer intento, consigo llamar.

—Carter… —dice ella, con la voz frágil—. Cariño, ¿estás libre?

Mi respiración se corta. Literalmente. Como si alguien hubiera cerrado una válvula dentro de mi pecho.

—Sí… ¿qué pasa?

—Es Lily —susurra, y solo escuchar su nombre ya hace que el suelo parezca moverse bajo mis pies—. Ha empeorado.

El aire se escapa de mi cuerpo como si me hubieran golpeado de frente. Intento inhalar, pero no entra suficiente. El pecho me arde, como si una mano invisible me estuviera apretando por dentro.

—¿Qué… qué significa eso? —pregunto, pero mi voz se rompe.

Mi madre sigue hablando, pero ya no la escucho.

Son palabras sueltas, flotando.

Intento respirar, pero cada bocanada es corta, superficial, insuficiente.

Me falta el aire. Me falta más que el aire.

Siento un vértigo brutal, como si el pasillo se inclinara hacia un lado.

Apoyo una mano en la pared, pero no me sostiene.

La presión en el pecho aumenta, punzante, implacable.

—No puedo… respirar —murmuro, sin saber si mi madre me oye.

Mis dedos se entumecen.

Mi garganta se cierra.

El mundo se vuelve eco y ruido y nada tiene forma.

Intento contenerlo. Intento hacer lo de siempre: tragarlo, esconderlo, ser fuerte. Pero hoy no puedo. Hoy se me escapa todo.

Golpeo la pared con la mano abierta. Una vez. Dura.

El ruido retumba en el pasillo vacío. No me calma. Nada calma.

Vuelvo a golpearla. Siento el impacto subir por el brazo, pero el aire sigue sin entrar.

Mi madre aún habla. Yo ya no escucho. Mi corazón corre demasiado rápido. Mi garganta se cierra. Mi visión se estrecha.

El aire sigue sin entrar. El pecho duele más.

Me tiembla la mandíbula.

No puedo controlar nada. Nada.

Y justo antes de que las rodillas me fallen, pienso en la única persona que podría ayudarme.

Madison.

Pero no puedo llamarla. No puedo pedir ayuda.

Porque apenas puedo respirar.

CAPITULO 15

MADISON

Las instalaciones están más silenciosas que de costumbre cuando termino de revisar las salas después del entrenamiento. El equipo ya se ha ido casi al completo. Ha sido un día intenso, pero productivo: veo mejoras en algunos jugadores, pequeñas señales de que el trabajo está dando fruto. Me siento cansada, aunque satisfecha.

Mientras camino por el pasillo que conecta la zona de fisioterapia con los vestuarios, reviso mentalmente notas y pendientes. Carter ha estado distinto estos últimos días. Más centrado. Más… humano. La tregua de esta mañana todavía flota en mi cabeza, por mucho que intente apartarla. Es absurdo que un jugador pueda afectar tanto mis pensamientos, pero lo cierto es que lo hace.

Justo cuando doblo la esquina, una sombra en el suelo me sobresalta.

No es una sombra. Es él.

Carter está apoyado de lado contra la pared, con una mano abierta clavada en ella y el cuerpo doblado hacia delante. Su

respiración es irregular, demasiado rápida, demasiado superficial. Sus hombros tienden a cerrarse y sus dedos tiemblan alrededor del móvil caído en el suelo. Su mandíbula está rígida, sus ojos entrecerrados como si no consiguiera enfocar nada.

Un ataque de ansiedad. Uno severo.

La adrenalina me despierta entera.

Me acerco despacio, sin movimientos bruscos, aunque por dentro noto cómo se me acelera el pulso. No porque me asuste por mí, sino porque la imagen de este hombre, tan fuerte, tan seguro, reducido a pura vulnerabilidad… me remueve algo que no debería.

—Carter —susurro, poniéndome frente a él—. Mírame.

No me escucha. O no puede. Su respiración es un jadeo roto, atrapado a medio camino del pecho. Sus manos buscan estabilidad en la pared como si el suelo pudiera venirse abajo en cualquier momento. Está pálido, el sudor marcándole la frente, la camiseta pegada al torso por los latidos acelerados.

Doy un paso más, suficiente para que mi cuerpo quede a su altura.

—Carter, eh… —levanto las manos, dudando un segundo, pero finalmente las apoyo con firmeza en ambos lados de su rostro— mírame a mí.

Su piel está caliente. Su respiración, fría. El contraste me golpea. Él parpadea, como si mi contacto lo arrancara de un túnel.

—No puedo… —murmura, con la voz rota— no puedo respirar…

—Sí puedes. —Acerco mi frente apenas unos centímetros a la suya, manteniendo su cara entre mis manos—. Solo necesitas un ancla. Estoy aquí. Respira conmigo.

Su mirada se enfoca por fin en mis ojos. Están llenos de miedo. Es un miedo crudo.

—Vas a seguir mi respiración —continuo, bajando mis hombros para contagiarle calma—. Inhala cuando yo inhale. Suelta el aire cuando yo lo suelte. Solo eso.

Empiezo a respirar despacio, exagerando el movimiento de mi pecho para que pueda seguirlo. Él intenta imitarme, pero el primer intento es torpe; su respiración se quiebra, se acelera, vuelve a subirle la tensión. Lo sujeto más firme, mis pulgares acariciándole la línea tensa de la mandíbula para mantenerlo conectado conmigo.

—Vamos, Carter. Conmigo. Una vez más.

Esta vez, logra que el aire entre medio segundo más. No es suficiente, pero es una entrada. Un avance.

Le aparto el pelo húmedo de la frente y tomo una decisión rápida. No podemos quedarnos aquí, en mitad de los vestuarios. Lo cojo suavemente por la muñeca y lo guío hacia una sala pequeña contigua, normalmente usada para almacenaje de material. Cierro la puerta tras nosotros y le dejo espacio sin soltarlo del todo.

—Siéntate. —Indico con la voz baja, firme.

Él obedece sin discutir, lo cual me dice lo grave que es. Carter nunca obedece sin discutir.

Me arrodillo frente a él, manteniéndolo a mi altura, y vuelvo a tomar su rostro entre mis manos. Su respiración aún es entrecortada, pero ya no suena a asfixia total. Está peleando contra el cuerpo, intentando arrastrar aire, intentando no perderse.

—Estás aquí —susurro—. No te vas a desmayar. Yo te tengo, ¿vale? Respira conmigo otra vez.

Lo hago de nuevo. Él lo sigue. Poco a poco, muy poco a poco, su pecho empieza a abrirse.

Siento cómo sus manos, todavía temblorosas, buscan algo. Una de ellas termina agarrando mi muñeca, no con fuerza, sino con una necesidad tan frágil que me deja sin palabras. Me mira como si mi presencia fuera lo único que mantiene el mundo quieto.

Y por un segundo, pierdo mi centro también.

Porque ahora no veo al jugador arrogante. No veo al hombre que me desquicia. No veo al símbolo del ego del equipo.

Veo la culpa, el miedo, la desesperación de no poder controlar lo incontrolable. Veo una herida que todavía no me ha contado. Veo al chico que ha comenzado a meterse dentro de mí.

Y me duele. Un dolor suave, inesperado, que me asusta un poco.

Cuando su respiración empieza por fin a estabilizarse, mis manos siguen en su rostro, pero aflojo la presión. Él cierra los ojos un instante, como si necesitara ese contacto para terminar de volver.

—Ya está —murmuro mientras le miro con ternura y aceptación —. Ya lo has pasado. Estoy contigo.

Carter abre los ojos. Están rojos, húmedos, cansados.

—Lo siento… —exhala, apenas audible—. No… no quería que me vieras así.

Trago saliva, porque su vulnerabilidad me atraviesa más de lo que debería permitir.

—No tienes que disculparte. Es tu cuerpo diciendo que necesitas parar. Eso no te hace menos. Ni peor. Ni frágil.

Él baja la mirada, pero su mano sigue en mi muñeca.

—No puedo… —susurra— fallar.

Y ahí, por un segundo, siento que el aire se me corta a mí también.

Lo observo unos segundos, muy consciente de que mi mano sigue apoyada en su mejilla, consciente también de que no lo retiro. No puedo. No todavía. Necesito que me sienta. Necesita alguien a su lado.

—No estás fallando —murmuro, manteniendo mi voz tan estable y baja como puedo—. No pienses en eso ahora. Concéntrate en mí. Estoy aquí. Y no me voy a ir.

Él intenta respirar de nuevo, pero el aire sigue entrando a medias; sin embargo, ahora ya no se está hundiendo solo. Sus pupilas se fijan en las mías, primero con desconcierto, luego con un atisbo de alivio torpe, como si no supiera qué hacer con este tipo de

apoyo. Mantengo mi frente cerca de la suya y acompaño el ritmo de mi respiración al que quiero que él siga, marcándole una pauta silenciosa.

Durante los siguientes minutos, que parecen una eternidad suspendida, su mirada no se aparta de la mía. Es un contacto tenso, profundo, casi demasiado íntimo para dos personas que, hasta hace poco, apenas podían mantener una conversación sin discutir. Aun así, funciona. Poco a poco los hombros dejan de estar tan elevados, la tensión en su cuello empieza a aflojarse y el temblor de sus manos se va apagando hasta convertirse en una vibración apenas perceptible.

Yo también respiro con él. Cada vez que llena los pulmones, lo hago yo. Cada vez que exhala, le sigo. No digo nada más, porque sé que en un ataque así, las palabras sobran. Lo único que se puede ofrecer es presencia, estabilidad.

Y mientras lo sostengo con la mirada, un dolor inesperado me cruza el pecho: este tipo de miedo lo he visto antes, demasiadas veces, en los ojos de mi padre cuando luchaba por no desmoronarse. Verlo ahora en Carter despierta algo que llevaba años enterrado y que prefería no volver a sentir.

Cuando por fin recupera el control, sus respiraciones se vuelven más profundas y su postura deja de ser un intento desesperado de encogerse contra sí mismo. Retiro mis manos con cuidado, dándole

espacio para que vuelva a su propio cuerpo, y él parpadea como si se orientara de nuevo en el mundo.

—¿Puedes levantarte? —pregunto sin apurarle, dejándole el tiempo que necesite.

—Sí… creo que sí —responde, todavía algo ronco, pero más presente.

Se pone en pie despacio, y aunque mantiene la dignidad, puedo ver la fragilidad que queda tras una crisis así. Es inevitable. Nadie sale completamente entero después de que su propio cuerpo le declare la guerra.

—Puedo llevarte a casa si lo necesitas —ofrezco, tratando de que suene profesional, no personal—. No es buena idea que estés solo ahora.

Él niega de inmediato, recuperando parte de esa coraza habitual, aunque su voz no acompaña del todo.

—No hace falta… Pediré un taxi. No quiero ser una carga para ti.

Esa palabra, *carga*, me golpea de una manera inesperada, como si hubiese tocado una fibra.

—No lo eres —contesto con un tono más suave del que pretendía—. Pero si prefieres ir solo, lo respeto.

Asiente, sin mirarme demasiado tiempo, como si mantener el contacto visual pudiese desestabilizarlo otra vez. Lo acompaño hasta la puerta de la sala para asegurarme de que camina bien. La luz del

pasillo le da un aire aún más cansado, más humano, más vulnerable del que jamás habría imaginado ver en él.

Cuando se aleja, siento cómo algo se me aprieta por dentro con una fuerza incómoda. No debería importarme tanto. No debería afectarme así. No debería sentir esta mezcla de preocupación, rabia, protección y…

Pero lo siento.

Y mientras cierro la puerta detrás de mí, acepto algo que no quería aceptar:

Carter me importa. Y eso… lo complica todo.

CAPITULO 16

CARTER

No sé muy bien cómo he llegado hasta la puerta del despacho de Madison sin darme la vuelta al menos tres veces. Después de lo de ayer… no debería estar aquí. No después de hundirme como un crío asustado, no después de que mis pulmones decidieran colapsar por su cuenta, no después de que ella me encontrara así, hecho un desastre.

Pero estoy aquí. Porque no puedo permitirme ignorarla. Porque, aunque me duela admitirlo, fue la única persona capaz de devolverme el aire.

Y al mismo tiempo, esa idea me jode más que la propia crisis. Porque Madison no es la mujer que esperaba.

Entro. Ella está comiendo con unos palillos en la mano lo que creo que es pollo kungpao. Levanta la vista y al verme deja los palillos encima del recipiente de comida para llegar. No me mete prisa. No dice nada. Dios, echaba de menos esos ojos. Un rostro que ahora podría besar y eso me confunde todavía más. Soy un puto desastre.

—¿Cómo estás hoy? —pregunta y sé que la respuesta la importa de verdad.

Quiero decirle que bien, que fenomenal, que soy el Carter de siempre y que lo de ayer fue una anécdota mínima que ya está superada. Pero cuando abro la boca, la mentira se queda atascada.

—No lo sé —respondo, bajando la vista hacia mis manos—. Estoy… cansado.

—Es normal que te sientas así —dice finalmente—. Ayer tuviste un ataque de ansiedad, Carter. Eso debilita muchísimo el cuerpo… y la mente. ¿Habías tenido alguno antes?

Dudo. No sé si por orgullo, por miedo o por costumbre. Me remuevo en la silla, buscando una salida que no existe. Ella no me presiona. Y eso, por algún motivo, hace que sea más difícil mentir.

—No como ese —admito al fin, bajando la mirada un segundo—. Nada tan… fuerte.

Ella asiente con comprensión auténtica.

—Quiero que entiendas algo importante —dice con una suavidad que me desconcierta—. Todo lo que digas aquí es confidencial. Absolutamente todo. No voy a llevarlo al club, ni al entrenador, ni a nadie. Estás seguro conmigo.

Ese "seguro" me golpea. Siento una punzada en el pecho, incómoda y agradecida a la vez.

—¿Tan duro sería abrirte a mí?

Su pregunta me descoloca. No. Sí. Las dos cosas. No lo sé. ¿Acaso hay respuesta lógica en mi cabeza para esa pregunta? Puede que no tenga clara la respuesta, pero sé que ella estuvo allí, que me ayudó y que no puedo seguir así. Así que hablo.

—No puedo fallar —digo entonces, sin saber cómo contener la urgencia que se me escapa—. Ni un solo segundo. Ni en el campo ni fuera. Hay… una persona que depende de mí. Y si yo me caigo, ella no tiene a nadie más.

Madison inclina ligeramente el cuerpo hacia delante.

—¿Y crees que eso es justo para ti? —pregunta con calma.

Aprieto la mandíbula. No soporto esa pregunta. No soporto lo que significa.

—Eso no me importa —respondo, casi con fiereza—. Debo ser su superhéroe. Si no soy fuerte para ella… ¿cómo va a poder serlo ella?

Un silencio profundo llena la sala. Ella lo respeta. No intenta llenarlo con teorías, ni con frases de manual, ni con soluciones instantáneas. Deja que respire. Deja que me duela.

—No eres menos héroe por ser humano —dice al fin, con ese tono firme que parece capaz de sostener el mundo—. Ya te lo dije. Incluso los superhéroes tienen momentos en los que dudan de sí mismos. No les quita el título. Solo los hace reales.

Me pasa algo en la garganta. Me froto la frente, intentando volver a poner mis muros en pie, pero no me responden.

—Eso es porque no son Carter —murmuro, con una sonrisa rota que no llega a ser sonrisa.

Ella no replica. No me contradice. No intenta convencerme. Solo me mira con una paciencia.

El silencio se alarga. Podría romperlo ella. Podría intervenir. Pero no lo hace. Me deja decidir si quiero huir… o si quiero quedarme. Y, joder, ni siquiera entiendo cómo paso de una cosa a la otra.

—No sé cómo manejarlo —confieso en voz baja—. No sé cómo seguir sin… sin volver a perder el control como ayer. Necesito… —trago saliva, odiando lo que viene—. Necesito ayuda.

Decirlo me quema. Me expone. Me descose. Pero también… me libera.

Madison no sonríe. Solo asiente, con esa seguridad tranquila que me deja sin defensas.

—Te ayudaré —dice—. No tienes por qué llevar todo ese peso solo.

Y por primera vez en mucho tiempo, siento que confío en alguien, aunque eso me haga sentir débil.



Necesito correr. Necesito quemar en el césped todo lo que llevo metido en el pecho desde esta mañana.

Pero sobre todo… necesito dejar de pensar en Madison Blake.

Y es ridículo, porque cuanto más intento alejarla de mi cabeza, más regresa. Con su voz calmada, con esas manos que ayer me devolvieron el aire, con esa mirada que me atraviesa como si supiera exactamente dónde estoy roto. Y, joder, también vuelve con ese cuerpo que no debería mirar pero que mi imaginación ha repasado tantas veces que casi siento culpa.

No sé en qué momento exacto pasó, pero esa mujer se ha metido bajo mi piel. No como las demás, no como un juego, no como un reto. Se ha metido ahí de una forma incómoda y adictiva, mezclando deseo con atención.

Porque sí, me atrae. Me atrae hasta desesperarme. Me excita como ninguna mujer lo ha hecho nunca sin siquiera tocarme.

Pero también… me descoloca. Y eso es lo que no soporto.

Ayer me derrumbé y se que le fallé a la única persona que no merece que me muestre así: Lily. Mi hermana necesita a un hermano fuerte, no a un tipo que pierde el control frente a una psicóloga con ojos oscuros y voz suave.

Acelero el paso. Luego corro.

Mis zapatillas golpean el césped como si intentaran borrar el recuerdo de su boca demasiado cerca de la mía, de su respiración

templando la mía, del deseo brutal y estúpido que me recorrió cuando me dijo estoy aquí.

Y cuanto más corro, peor es. Porque entonces empiezo a pensar en ella de otras maneras.

En lo que pasaría si me dejara acercarme. En cómo sonaría su voz si no intentara ser profesional. En cómo sería besarla de verdad, sin miedo, sin límites.

Y ahí voy otra vez. De cabeza. Como un idiota.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que oiga pasos acercándose.

—Tío, ¿te va a explotar un pulmón? —la voz de Niall me alcanza antes que su silueta.

Aflojo el ritmo. Él se une a mi trote con esa facilidad que molesta por pura envidia. Kevin aparece un par de metros detrás, levantando la mano a modo de saludo.

—¿Te unes a tomar algo con nosotros cuando acabemos? —pregunta Niall, empujando mi hombro con el suyo—. Has estado… no sé, tenso. Más borde de lo habitual.

—Gracias por el diagnóstico profesional —respondo, intentando sonar ligero.

Kevin se ríe mientras se acerca.

—Ayer te llamamos para quedar y no respondiste —dice—. Pensábamos que te habías muerto o te habías fugado con alguna fan.

Lanzo una sonrisa por inercia, pero la culpa se me clava en el estómago. La crisis de ayer… no la sabe nadie. Y no quiero que nadie la sepa.

—Tenía asuntos que resolver —contesto, lo suficientemente ambiguo para que no insistan.

—¿Incluyen faldas?

—No de las que piensas precisamente.

Corremos un poco más los tres, dejando que el sudor y el aire frío nos limpie la mente. La camaradería me calma más de lo que esperaba y lo agradezco porque llevo semanas sintiéndome como un cable a punto de saltar.

Cuando nos detenemos, Kevin estira los brazos hacia arriba con un gruñido exagerado.

—Yo me voy —dice—. Tengo terapia con Madison.
Pone voz solemne—: Nuestra guía espiritual del bienestar emocional.

Niall suelta una carcajada.

—Honestamente, creo que es bruja —añade Kevin—. Desde que hablo con ella, estoy más tranquilo. Megan dice que soy más "estable" últimamente. No sé qué coño hace, pero funciona.

Intento no reaccionar, pero algo en mi pecho… se expande.

Los demás también la admiran. Los demás también confían en ella. Y no porque sea atractiva —que lo es—, ni porque sea lista —que lo es aún más—, sino porque… ayuda. Porque cambia cosas. Porque consigue que la gente suelte lo que no suelta con nadie.

Incluido yo.

—Supongo que es buena en lo suyo —murmuro, intentando que suene indiferente.

Niall me mira de lado, con una media sonrisa.

—Es extraño que reconozcas que alguien te impresiona.

—No te acostumbres —le respondo, empujándolo mientras empezamos a caminar hacia la salida.

Pero mi mente ya no está en ellos. Está en ella. En cómo me miró hoy. En cómo no huyó de mi caos. En cómo, por primera vez en mucho tiempo, sentí que no estaba solo cargando con todo.

Y es justo esa sensación la que me empuja, más tarde, a buscarla. Porque si Madison Blake puede ver al hombre que soy bajo toda esta mierda… entonces quizá, solo quizá, yo también pueda empezar a verlo.



No sé por qué vuelvo a buscarla. Mejor dicho: sí lo sé, pero eso de admitir que tengo sentimientos por ella es algo que no va conmigo.

Necesito verla. Aunque sea para convencerme de que todo sigue igual, que no ha cambiado nada, que yo sigo siendo el que controla la situación.

Mentira.

Ella controla mucho más de lo que quiero admitir.

La encuentro saliendo por la puerta lateral del estadio, con su abrigo puesto y el pelo suelto recorriendo su espalda. Dios, está preciosa. Y eso me desarma. Y pienso en mi estúpido propósito de conquistarla.

Madison se detiene al oír mis pasos.

—¿Ha pasado algo? —pregunta.

—No —digo, acercándome—. Solo… quería hablar contigo un segundo.

Ella inspira despacio y creo que se prepara para uno de mis típicos comentarios fuera de lugar.

—Carter, si has venido a disculparte otra vez, no hace falta.

—No es eso —respondo, aunque parte de mí sabe que sí lo es —. Quería darte las gracias.

Eso la frena. La desconcierta. Sus ojos se suavizan apenas un instante, como si no supiera dónde poner esa versión mía.

—No necesitas agradecérmelo. Lo de ayer… cualquiera habría hecho lo mismo.

—No —niego, dando un paso más, bajando la voz—. No cualquiera. Créeme.

La tensión cambia. Siento el impulso de acercarme más, pero no quiero asustarla, ni forzar nada. Quiero… que confíe en mí. Que sepa que este momento no tiene nada que ver con los juegos. Que de verdad aprecio lo que hace.

—Sé que te pongo las cosas difíciles —admito—. Sé que no soy el paciente ideal. Pero tú… ayer… no sé cómo lo hiciste, pero me ayudaste a respirar cuando no podía.

Ella baja la mirada, como si le costara sostener toda la emoción que arrastro.

—Estabas teniendo una crisis —dice—. Y necesitabas apoyo. Tienes mucha presión encima y no hay nada malo en pedir y recibir ayuda.

—Puede que tú lo veas así, pero yo… no estoy acostumbrado —respondo, permitiéndome una sonrisa leve, cansada.

—Pues tendrás que hacerte a la idea de que le importas a las personas, Carter Reed.

Levanta la mirada. Y la forma en que me mira me deja sin defensas. ¿Le preocupo? ¿Le importo? ¿Qué ha querido decir?

Creo que ella percibe lo confundido que me han dejado sus palabras porque su respiración cambia. En cómo su mano aprieta un poco más la correa del bolso. En el leve temblor que intenta esconder.

—No he venido a hablar de trabajo —digo entonces. Y su respiración se corta. Solo un segundo, pero bastante para mí—. He

venido porque… necesitaba verte después de hoy.

—Carter… —su tono es advertencia, pero su voz no es firme.

—Simplemente gracias por no dejarme solo.

Ella vuelve a mirarme, y ese segundo lo cambia todo. Porque no veo a la psicóloga del club, ni a la mujer que me desmonta con una sola frase afilada. Veo a la mujer que me saca de quicio cada maldita vez que abre la boca, la que me atormenta por las noches cuando intento dormir, la que aparece en mi cabeza con una claridad absurda cuando menos debería. Veo a la mujer cuyos labios he imaginado besar hasta desgastarlos, la que he visto mil veces desnuda bajo mí en fantasías que no debería tener, la que me atrae con una fuerza que no sé combatir… y, sin darme cuenta, también la mujer a la que respeto más de lo que respeto a nadie.

Y entonces ocurre.

No hay más advertencias. No hay espacio para pensarlo. No hay aire suficiente para detener el impulso.

Me inclino, y nuestros labios se encuentran en un beso que no es juego, ni provocación, ni táctica. Al principio solo la rozo, esperando, dándole la oportunidad de apartarse.

Pero no lo hace.

Y cuando me devuelve el beso, cuando su boca responde a la mía con un hambre contenida, algo dentro de mí se enciende de golpe. Mis manos suben a su cintura para sostenerla, no para atraerla; su cuerpo responde con un temblor mínimo que me

atraviesa entero. Su respiración se mezcla con la mía, cálida, urgente, peligrosa.

Hasta que ella reacciona.

Se separa de golpe, como si el contacto le quemara. Sus labios siguen entreabiertos, sus mejillas encendidas, el pulso marcándose en su cuello.

Yo le sonrío y eso parece molestarle todavía más.

—No —dice, más herida que firme—. Carter… no. Esto no ha estado bien. Yo no soy una jugada que tengas que completar. A mí no me van los juegos.

Sus palabras son un puñal preciso. Pero no por rechazo. Sino porque por primera vez no tiene razón.

No es un juego.

CAPITULO 17

MADISON

Necesito volver a sentirme yo.

Llevo tres malditos días enteros repitiéndome esa frase, intentando reconstruir la muralla que Carter derrumbó con un solo beso, con sus manos rodeando mi cuerpo… y con la forma en la que le pedí que respirara conmigo. O con la manera en que apoyó la frente en la mía porque no tenía fuerzas. O con la sinceridad que decidió depositar en mí.

He cometido un error. Lo sé. Lo siento en la piel, en los huesos y en esa parte de mí que aún reacciona cuando escucho a alguien pronunciar su nombre. El beso fue un impulso. Un fallo. Un segundo de debilidad que me recuerda demasiado a lo que le pasó a mi padre cuando comenzó a confundir emoción con amenaza, amor con peligro. Él perdió el control. Yo no pienso hacerlo.

Me repito que no puedo permitirme sentir nada por Carter. Que él es exactamente el tipo de hombre que arruina vidas sin querer, que gira hacia donde sopla el viento, que abraza hoy y huye

mañana. Que tiene una sonrisa para cada mujer. Que juega a la seducción como si fuera un deporte. Y se ha empeñado en que yo sea su romance de la temporada. Pero lo peor, de una sola noche.

Y aun así… Aun así, no puedo quitarme de la cabeza la sensación de su cuerpo encajando contra el mío. El peso de sus manos sujetándome por la cintura. El temblor que recorrió mis piernas cuando me besó como si llevara semanas imaginándolo.

Me odio un poco por eso. Pero es la verdad.



La sala del restaurante está llena de gente del club: jugadores, masajistas, entrenadores, directivos, patrocinadores. Todos hablando animados, brindando, riendo, celebrando un ciclo de trabajo bien hecho. Es un ambiente cálido, una burbuja colectiva de victoria.

Y entonces lo veo.

Carter.

Con una camisa blanca remangada, el cuello ligeramente desabrochado, el pelo algo despeinado de forma deliberada… o quizá natural. No lo sé. Solo sé que está guapo. Ridículamente

guapo. Ese tipo de guapo que una mujer sensata evita mirar directamente si quiere conservar cierta estabilidad emocional. Y yo, por desgracia, soy demasiado consciente del efecto que tiene en mí.

Se ríe con Kevin, inclina la cabeza hacia atrás, y durante unos segundos es fácil entender por qué todo el mundo lo adora. Carisma puro, luz pura, intensidad pura. Y luego sus ojos se cruzan con los míos a través de la sala.

Siento un latigazo en el estómago.

Un segundo. Dos. Tres. Suficientes para que me ardan las mejillas.

Aparto la mirada como si me quemara. No puedo permitirme mirar a Carter Reed y admitir que me atrae. No cuando he sacrificado tanto para evitar justo esto. No cuando mis propias cicatrices me recuerdan que enamorarse de un hombre que vive a través de la adrenalina equivale a autodestruirse lentamente.

Camino hacia otra mesa después de unos minutos, hablo con una nutricionista, pregunto por una lesión leve de un jugador. Todo correcto. Todo profesional. Y aun así sé exactamente dónde está él en cada instante. Lo percibo como si mi cuerpo hubiera aprendido su ubicación de memoria.

Cada vez que se acerca, yo me alejo.

Cada vez que gira la cabeza, mantengo la mía ocupada.

Cada vez que parece querer hablarme… desaparezco entre la gente.

Me estoy comportando como una cobarde, pero la alternativa es permitir que esa chispa vuelva a incendiarme. Y no puedo. No debo. No voy a hacerlo.



El pasillo del restaurante está medio vacío cuando salgo hacia el baño, con la cabeza llena de ruido y el estómago revuelto. Llevo toda la noche repitiéndome que estoy bien, que lo gestiono, que puedo mantener la distancia, pero mi cuerpo sabe la verdad antes que yo. Necesito un respiro. Un minuto. Algo de silencio.

No llego a tocar la puerta.

Un brazo fuerte rodea mi cintura y me tira suavemente hacia atrás, lo bastante firme como para detenerme, lo bastante controlado como para que no me asuste. Carter me da la vuelta y, en un solo movimiento, me atrapa entre la pared y su cuerpo. Esta vez no deja espacio. Su pecho roza el mío. Su muslo queda a un suspiro del mío. Su mano se apoya junto a mi cabeza, bloqueándome la salida con una autoridad que me eriza la piel desde el cuello hasta las rodillas.

El aire se vuelve espeso. Ardiente. Imposible de ignorar.

Me arde la piel bajo su cercanía. Mi pulso se acelera como si corriera un sprint. Un calor denso se instala entre mi pecho y mi vientre.

Le odio por eso. Y me odio por permitirlo.

—¿Vas a seguir evitándome toda la noche? —murmura. Su voz es baja y carga de mosqueo.

Intento mantener la cabeza alta, pero él está demasiado cerca. Demasiado real. Dios, que mirada.

—No estoy evitándote —miento, secándome las manos con un gesto que pretende ser firme.

Carter baja la mirada a mi boca un segundo, luego vuelve a mis ojos con esa intensidad que siempre me desarma.

—Madison, ni siquiera me has mirado. Has cambiado de sitio dos veces cuando me he acercado y has hablado con todo el mundo menos conmigo. Si no es eso… ¿qué es?

Su cadera roza la mía cuando se inclina un poco más, lo justo para que mi respiración se acelere sin mi permiso.

Aprieto la mandíbula.

—Lo que pasó no debería haber pasado —digo, sin adornos

—¿Te refieres a nuestro beso? Vaya, muchas gracias por reconocer qué ocurrió. Te gustó.

—Te lo dije y te lo vuelvo a decir: no soy un nombre más en tu lista, Carter. Y no pienso convertirme en uno. Mi trabajo está por

encima de cualquier… error impulsivo.

No sé si es la cercanía, su olor, o el modo en que su pecho roza el mío al respirar, pero mi cuerpo reacciona antes que mis palabras. Me tenso… y él lo nota.

Carter baja la cabeza un poco más. Su nariz roza mi sien. Casi me toca la mejilla. Casi.

Un destello peligroso se enciende en sus ojos.

—¿Eso crees que fue? ¿Un error impulsivo?

Trago saliva, negándome a retroceder.

—Fue un momento de tensión. Nada más. Y si te haces alguna idea equivocada, mejor córtala ya. No va a pasar nada entre nosotros. Nunca.

Sus ojos verdes brillan con deseo.

—Yo sé lo que pasó. Y aquí estás, temblando otra vez. Igual que en ese momento.

Me arde la piel.

—No estoy temblando —respondo, aunque lo estoy. Lo estamos.

—Claro —dice, y su mano libre se apoya en mi cadera, sin apretar, solo reclamando territorio—. Entonces no te molesta que esté así de cerca.

Su cuerpo encaja contra el mío como si hubiera sido diseñado para ello. Su calor me envuelve, me confunde, me hace olvidar durante un segundo dónde empieza mi control y dónde termina el suyo.

Intento apartarlo con una mano en su pecho, pero es un gesto débil, inútil, porque sentirlo bajo mis dedos me desarma más de lo que ayuda.

—Carter… déjame pensar.

—Eso es lo que intento evitar —responde, con una sinceridad devastadora—. Cuando piensas, huyes. Pero cuando sientes… me besas.

—No va a volver a pasar —digo, obligándome a pronunciarlo—. Nunca.

Carter me mira como si pudiera ver cada centímetro de contradicción en mí.

—No soy el único aquí que tiene máscaras —murmura—. No soy el único que finge.

No digo nada. No puedo.

—Te besé —continúa—. Tú me besaste de vuelta. Y ahora estás huyendo porque te sientes culpable. Porque te gustó y porque te gusto.

Mi cuerpo entero tiembla, pero mantengo la espalda recta, como si mi dignidad dependiera de ello. Pero por mucho que intente ocultarlo, mi cuerpo responde excitándose. Dios, me encanta.

—Estás equivocado —miento descaradamente, aunque mi respiración me traiciona.

Mis uñas se clavan en su camisa y odio cómo reacciona mi cuerpo a su cercanía. Él baja más la cabeza, y su frente roza la mía

en un gesto tan íntimo que casi me rompe.

—La verdad, Madison… es que no estás huyendo de mí. Estás huyendo de lo que te hice sentir.

—No se volverá a repetir.

Él asiente, pero no por aceptación.

Es un gesto lento, dolido, resignado… y desafiante.

—Como quieras, Blake —susurra—. Pero no voy a olvidar ese beso. Y tú tampoco.

Me aparto, temblando por dentro, pero con la espalda recta. Lo dejo allí, con su respiración agitada y las manos cerradas en puños suaves.

Mientras regreso a la mesa, una sola idea me atraviesa como un rayo:

He perdido el control.

CAPITULO 18

CARTER

No debería estar pensando en ella. No debería estar pensando en su boca, ni en cómo tembló el aire entre nosotros un segundo antes de que la besara, ni en la forma en la que se aferró a mi camiseta como si no pudiera evitarlo. Ni en cómo me dijo que nunca volvería a pasar. Mentía, lo sé y ella también. Pero llevo dos días así. Dos días en los que intento concentrarme en entrenar, en las jugadas, en mis responsabilidades, y mi cerebro —ese traidor absoluto— solo vuelve a un momento: Madison inclinando la cabeza hacia mí, los labios entreabiertos, la respiración agitada, el cuerpo tensándose justo antes de rendirse.

Lo había deseado. Joder, claro que lo había deseado.

Lo llevo deseando desde que se presentó en el vestuario con esa voz firme que me desmontó el ego en menos de veinte palabras. Pero no era solo atracción —o no era únicamente eso—. Era algo como… hambre contenida. Una obsesión suave y constante. El tipo de obsesión que se te mete bajo la piel sin pedir permiso.

Y cuando finalmente la tuve entre mis brazos… Fue emocionante. Explosivo. Pero también extraño en una forma que me descoloca: fue natural. Como si besarla fuera algo que mi cuerpo llevaba semanas ensayando.

Nunca me había pasado eso. Nunca he abrazado a una mujer con esa necesidad de quedarme, de mantenerla pegada a mí como si el mundo fuera demasiado ruidoso fuera de ese espacio diminuto. Yo no abrazo así. No soy ese tipo de tío. Yo beso, disfruto, me divierto… y me marcho antes de que alguien espere algo más.

Pero con Madison… quería quedarme. Quería seguir besándola hasta que se olvidara de todo lo que la retiene.

Quería sentir cómo se relajaba contra mi pecho.

Quería que me mirara una sola vez sin esa contención dolorosa que lleva en la mirada, como si tener sentimientos fuera sinónimo de fracaso.

Y, por supuesto, ella salió corriendo.

O lo intentó, al menos.

Me dijo que no era una "jugada", que no iba a ser un nombre más en mi historial. Qué poco sabe.

Qué poco entiende de lo mucho que la ha desmontado mi vida sin proponérselo.

No sé qué me pasa con ella. No quiero llamarlo amor, porque no soy un hombre de relaciones. Nunca lo he sido. Nunca lo seré. Ese chip no existe en mí. Tengo demasiadas responsabilidades y

demasiadas defensas que llevo cultivando desde que era un crío que tenía que fingir que todo estaba bien para que su familia no se hundiera.

Pero lo que siento por Madison… Lo que siento cuando me mira, cuando me habla con esa honestidad que parece una caricia y una hostia al mismo tiempo…

No se parece a nada que haya sentido antes.

No puedo decir que la amo.

Eso sería absurdo. Prematuro. Ridículo.

Pero sí puedo admitir —al menos ante mí mismo—

que ella me importa.

Y sé que le gusto. Puedo fingir que no, pero lo vi en sus ojos antes del beso. Lo escuché en cómo respiraba. Lo sentí en el temblor de sus dedos cuando los apoyó en mi pecho. Ella puede decir lo que quiera, puede envolverse en profesionalidad, puede ponerse la armadura que quiera… pero su cuerpo no miente.

El problema es que cree que me conoce.

Cree que soy un ligón vacío con complejo de estrella.

Cree que soy exactamente el tipo de hombre del que debe alejarse.

Y quizá tenga razón en parte. Mis antecedentes no son precisamente de príncipe azul. Pero si algo tengo claro es que no voy a rendirme.

No voy a dejar que ese beso sea el último.

No voy a permitir que me meta en la misma caja que a todos los

idiotas que le han podido demostrar que no merecemos la pena. Maldita sea, incluso yo soy uno de esos. ¿Merezco la pena? No voy a conformarme con que me mire como a un problema que debe gestionar.

Voy a demostrarle —aunque me cueste, aunque me parta, aunque me saque de quicio— que no soy el hombre que ella cree. Que puedo ser mejor. Que quiero ser mejor.

Por ella. Por mí. Por Lily.

Y lo sé con una certeza que me sorprende:

Ese beso no fue un error. Fue un comienzo.



La noche después del entrenamiento nos encontramos en el bar de siempre, ese donde el camarero nos sirve sin preguntar y donde las lámparas amarillentas hacen parecer que todo es más sencillo de lo que realmente es. Marc llega primero, luego Kevin, después Niall, y al final yo, con la sensación incómoda de que llevo todo el día intentando no pensar en Madison… sin éxito.

Las jarras chocan antes incluso de sentarnos del todo. Hablamos de la temporada, de las jugadas que hay que perfeccionar, de que el

equipo está fuerte este año, de que podríamos volver a ganar si nos mantenemos centrados. Niall se queja de que el míster le tiene manía, Kevin dice que tiene que empezar a dormir más, y Marc hace ese gesto de medio hermano mayor, que siempre termina en risas.

Es una conversación normal. Ligera. El tipo de charla donde yo solía sentirme perfectamente cómodo.

Pero algo está raro. O quizá el raro soy yo.

Kevin me golpea el hombro con el dorso de la mano, con una sonrisa de esas que anuncian problemas.

—Bueno, Casanova, ¿vas a brindar por la temporada o por tus nuevas sesiones terapéuticas con la doctora Blake?

Pongo los ojos en blanco, pero me río. Lo suficiente para no levantar sospechas. Marc lo mira como diciendo "no empieces", pero a Kevin eso solo lo incentiva.

—No es doctora —respondo.

—Oye, que conste que a mí me encanta. Desde que voy a hablar con ella estoy más zen —bromea—. Me siento como un monje tibetano, pero más guapo.

—¿Zen tú? —resopla Niall—. Si tú eres zen, yo soy cirujano cardiovascular.

Las carcajadas se mezclan con el sonido de las jarras chocando. Y por un momento, me siento bien. Normal. Como si el mundo fuera manejable y no existiera ese torbellino extraño que se me mete en

el pecho cada vez que pienso en Madison inclinando la cabeza para besarme.

Entonces ocurre.

Una mujer se acerca a nuestra mesa. Alta, con un vestido rojo ajustado, sonrisa directa y la mirada de quien ya ha elegido objetivo. Apoya una mano en mi hombro sin pedir permiso, y sus dedos recorren mi brazo como si ya me conociera.

—¿Tú eres Carter Reed, ¿verdad? —pregunta con voz cálida, ladeando la cabeza—. Te vi en el partido del domingo. Increíble juego.

Antes, ese tono me hubiera atrapado al instante. El contacto, el interés evidente, la facilidad del juego… todo eso era terreno conocido para mí.

Sonrío por inercia, por hábito, por esa identidad que he construido durante años.

—Gracias, intento que lo disfrutéis —respondo, apoyando un codo en la mesa con ese aire de seguridad que siempre me funciona. O que solía funcionarme.

Ella ríe, una risa que no busca conversación, sino confirmación de que estoy disponible. Se acerca un poco más, invade mi espacio con la confianza de quien ha repetido esta escena demasiadas veces.

—Pues yo quiero otro tipo de espectáculo —susurra, deslizando una uña por mi antebrazo. Su gesto no deja lugar a dudas—. Si te

apetece dejar este bar y… continuar la noche, podemos pasarlo muy bien.

Durante un segundo, automático, casi por inercia, pienso en seguirle el juego. Esta clase de situaciones formaban parte de mi rutina: chica atractiva, interés evidente, cero complicaciones. Era fácil. Era rápido. Era lo que hacía antes de pensar demasiado.

Pero mientras inhalo su perfume empalagoso, mi cabeza no registra ni deseo ni curiosidad.

Registra otra imagen.

Madison.

Madison con su ropa sencilla y su mirada que podría partirme en dos. Madison que nunca se inclina hacia mí buscando atención, sino que me pone en mi sitio con un solo gesto. Madison que no se derrite, no se ofrece, no pretende… y aun así me tiene más atrapado que cualquier mujer que se me ha lanzado a los brazos.

La mujer del vestido rojo se acerca todavía más, ladeando la cadera como si la noche le perteneciera.

—Vamos, Reed —murmura—. No me digas que vas a hacerme perder el tiempo.

Ni siquiera es culpa suya. Hace lo que tantas otras. O lo que yo les he enseñado a esperar de mí.

Pero esta vez, algo no encaja. Algo ya no satisface.
Algo falta. O más bien… alguien.

—Lo siento —digo, retirando su mano con cuidado, sin brusquedad—. No estoy buscando eso hoy.

Ella parpadea, sorprendida. Luego su sorpresa se transforma en incredulidad pura.

—¿Perdona? ¿Piensas dejar pasar esta oportunidad?

A mi lado, Kevin intenta contener una carcajada. Marc bebe para disimular. Niall me mira como si acabara de anunciar que dejo el fútbol para hacer cerámica.

La mujer no se rinde. Entorna los ojos, evaluándome igual que yo evalué antes su propuesta.

—Bueno, supongo que alguien habrá ocupado ya tu agenda —dice con una sonrisa venenosa—. A ver si tu princesita difícil está a la altura.

Sus tacones golpean el suelo mientras se aleja, dejando un olor dulce y una nube de tensión detrás. Kevin suelta la carcajada que llevaba aguantando.

—Hermano… estás fatal —dice entre risas—. ¿Desde cuándo dices que no a… sexo fácil?

—Desde nunca —añade Niall, sin filtro—. Deberíamos llamar a un médico, por si acaso.

Marc solo me mira, con la ceja arqueada, como si estuviera intentando descifrar un puzle imposible.

Yo apoyo los codos en mis rodillas y dejo escapar un suspiro largo. No tengo ninguna respuesta ingeniosa. Ninguna excusa

convincente. Porque la verdad no es algo que pueda decir en voz alta.

La verdad es que aquella mujer me ofrecía todo lo que siempre había aceptado sin pensar. Y, aun así, no tenía nada que ver con lo que quiero ahora.

Madison… Madison me mira como si viera mi alma entera, incluso las partes que yo intento esconder.

Y eso me enciende más que cualquier invitación descarada.

—No era lo que quería —digo al final, encogiéndome de hombros.

—Ya —responde Kevin, riéndose todavía—. Y yo soy el rey de Inglaterra.

Niall me da una palmada en la espalda. Odio que hagan eso.

—Tío, si sigues así, acabaremos teniendo que llamar a la doctora Blake para que te revise la cabeza.

Y ese comentario, aunque va en broma, me remueve más de lo que debería. Porque si algo tengo claro… es que nadie me remueve como ella.

—¡Que no es doctora! —grito frustrado.

Mientras mis amigos siguen riendo, yo me quedo mirando mi cerveza, girándola entre los dedos.

No era ella, pienso. No tenía sus ojos. Ni su forma de retarme. Ni esa fuerza que te hace querer demostrarle cosas que no puedes fingir.

Y lo peor de todo es que empiezo a sospechar que ya no quiero escapar de eso.

CAPITULO 19

MADISON

La sala privada del estadio está llena del ruido más agradable del mundo: risas. Después de una victoria como la de hoy, es imposible que el ambiente no se contagie. Hay mesas llenas de comida, botellas abiertas, música suave; una estampa que cualquier psicóloga diría que es perfecta para reforzar vínculos.

Y, sin embargo, yo no consigo relajar los hombros ni un centímetro.

Quizá porque él está aquí.

Carter Reed. Tranquilo. Callado. Sin fanfarronear.

Sin perseguir a nadie con su presencia.

Sin desplegar ese magnetismo descarado que suele encender la mitad de la sala.

Y eso, justamente eso, es lo que más me desestabiliza.

Callie y Megan me hacen un gesto para que me siente con ellas. Marc está a su lado con una copa en la mano, Kevin ya ha empezado a arramblar los aperitivos y otros jugadores se mezclan

con parejas e incluso personal del staff. Es una estampa cálida, casi familiar. La clase de ambiente que mi padre amaba en sus mejores épocas… cuando todavía podía disfrutar de estas cosas.

Intento centrarme en ellas. En reír. Callie se inclina hacia mí con una sonrisa que ya conozco demasiado bien; es esa mezcla peligrosa entre curiosidad y picardía que siempre anuncia que están analizando algo que yo preferiría dejar intacto. Megan, apoyada en el respaldo de la silla, también me observa con un gesto entre inocente y travieso que no me engaña ni un segundo.

—Bueno, Maddie —comienza Callie, moviendo la copa con un gesto suave—, ¿qué te está pareciendo la dinámica del equipo fuera del campo?

—Muy positiva —digo intentando fingir serenidad—. Se nota que hay confianza y buen ambiente. Y eso siempre ayuda al rendimiento.

Megan se ríe por lo bajo, como si hubiera estado esperando justamente esa respuesta para desmontarla.

—Buen ambiente sí… —murmura, dándole un toque teatral al comentario—. Y algunos un poquito más… distraídos.

Frunzo el ceño, intentando mantener la expresión neutral.

—¿Distraídos?

—Ya sabes —añade Callie, alzando una ceja con maestría—. Algunos que suelen querer llamar la atención y hoy están más… centrados en otra cosa. O en alguien.

Sigo la dirección de su mirada sin quererlo, y claro, aterriza en Carter. No está haciendo nada especialmente llamativo; solo está apoyado en una mesa junto a Marc y Kevin, hablando de forma tranquila, sin exageraciones, sin teatralidades.

—Creo que es pronto para sacar conclusiones —respondo, intentando no sonar defensiva, aunque el tono me traiciona un poco.

Megan suelta una risa suave, de esas que indican que no piensa soltar el hueso.

—Ay, Maddie… si vieras cómo te mira cuando cree que no lo ves. No hablamos de milagros, hablamos de señales. Y son bastante… visibles.

Siento una oleada de calor subirme por el cuello, un gesto involuntario que me irrita porque no debería estar sintiendo nada de esto. Me enderezo en la silla y niego con la cabeza, tratando de recuperar el control.

—No empecéis. Estoy aquí para trabajar. Y nada más.

—Lo sabemos —añade Callie —. Pero también sabemos leer cosas. Y no estamos diciendo que haya un romance épico… solo que a veces se nota cuando dos personas se miran con intensidad y lo vuestro… Madre del amor hermoso, es brutal.

Y aunque intento aferrarme a la idea de que no significa nada, siento cómo aparece un pensamiento que me golpea con demasiada rapidez para frenarlo:

¿Y si ese beso no fue tan insignificante como necesito creer?

Me obligo a respirar hondo y lo aparto de inmediato. No puedo permitirme esa clase de descontrol, no con mi historial, no con mi trabajo, y desde luego no con él. Pero incluso mientras me repito que estoy exagerando, una punzada inquieta me recorre el pecho, porque sé que, en el fondo, lo que más miedo me da no es que ellas estén equivocadas… sino que tengan razón.

Marc aparece entre el bullicio con dos copas en la mano, avanzando con ese andar confiado que solo tiene después de un buen partido. Su sonrisa es amplia, relajada, y todavía lleva consigo ese olor a césped, esfuerzo y victoria que siempre le envuelve tras una noche de juego intenso. Deja una copa frente a mí con una ceremonia exagerada, como si estuviera presentándome un premio.

—Madison —declara con solemnidad cómica—, tendremos que hablar seriamente sobre el estado mental de Reed.

Levanto la vista, a medio camino entre la confusión y la resignación.

—¿Por qué? —pregunto, ya anticipando que nada bueno sale de una frase que comienza así.

Marc niega con la cabeza de forma teatral, como si fuera una tragedia griega.

—Porque hace unos días rechazó a una mujer increíblemente guapa en el bar. Y no una vez… dos. —Hace énfasis levantando dos dedos frente a mí—. Dos rechazos voluntarios. Eso, no es normal ni

para él ni para ninguna entidad conocida del universo. Quizá haya que internarlo antes de que el fenómeno vaya a más.

Megan estalla en carcajadas, Callie se tapa la boca para no escupir su bebida, y Kevin levanta su copa desde el otro lado de la mesa como si estuviera brindando por la desgracia mental de su compañero. Y mientras todos disfrutan del chiste, yo me quedo inmóvil, intentando procesar lo que acabo de escuchar.

Carter.

Rechazando a una mujer. Dos veces. Voluntariamente.

Siento un pinchazo en el estómago, rápido, inesperado, como si algo interno hubiera reaccionado antes que mi cabeza. Lo atribuyo al cansancio, o al ambiente cargado, o al hecho de que llevo demasiadas horas socializando. Cualquier explicación es válida excepto la que realmente se asoma sin permiso.

No. No vayas por ahí. No tiene ningún sentido.

—Quizá simplemente no le apetecía —digo, procurando que mi tono sea casual, aunque noto que me sale demasiado medido, como si estuviera caminando sobre hielo fino.

Marc arquea una ceja con lentitud deliberada

—Madison, por favor… Reed siempre quiere. Siempre. Es un rasgo de personalidad. Como respirar o quejarse de los entrenamientos. Si no quiere, algo pasa. No digo que sea grave, pero… definitivamente es raro.

Las chicas vuelven a reírse, esta vez de mí más que de Carter. Callie se inclina hacia adelante, bajando la voz como si estuviera a punto de revelar un secreto que solo se comparte entre amigas muy cercanas.

—No queremos insinuar nada —empieza, aunque está claro que sí lo quieren insinuar—, pero Carter no es tan idiota como a veces finge. Y contigo… bueno, digamos que se comporta algo distinto.

Apreté la copa entre los dedos con más fuerza de la que pretendía. No debería sorprenderme que ellas noten cosas; su trabajo y su vida están rodeados de estos hombres, y conocen cada gesto, cada manía, cada desviación mínima de comportamiento. Y lo cierto es que Carter no está actuando como siempre. Pero eso no significa nada. No significa nada.

—No os hagáis ideas —consigo decir, buscando una neutralidad que me cuesta más mantener cuanto más insiste mi corazón en acelerarse—. Carter y yo no… —siento un calor incómodo subirme por el pecho mientras busco las palabras justas—. No tenemos nada.

Megan sonríe como si acabara de escuchar una mentira suave que no piensa discutir.

—Nadie ha dicho que tengáis algo. Pero que hay una tensión rara, la hay. Aunque tú quieras ignorarla.

Me quedo sin saber qué responder, atrapada en ese punto medio entre la negación lógica y la incomodidad emocional. La conversación alrededor continúa como si nada, Marc sigue haciendo

bromas sobre "diagnosticar a Reed de insuficiencia flirteadora", Kevin hace el gesto de rezar por él, y las chicas se ríen como si todo fuera simplemente divertido. Pero yo siento otra cosa. Siento un eco incómodo en el pecho que se empeña en arrastrar una pregunta que no debería existir.

¿Y si lo rechazó… por mí?

La idea aparece tan rápido que casi me atraganta. Me apresuro a descartarla, a aplastarla antes de que intente echar raíces.

No. No seas ridícula. Es imposible. No eres ese tipo de mujer para él. Ni él ese tipo de hombre para ti.

Y lo sabes perfectamente.

Respiro hondo, intentando recobrar el control mental que se me escapa entre los dedos. No voy a caer. No importa cuántas veces me mire. No importa ese beso. No importa lo mucho que me excite tenerlo cerca o las veces que sueñe con él.

Intento olvidarlo.

Pero entonces él levanta la vista. Otra vez. Nuestros ojos se encuentran. Otra vez.

Y aunque aparto la mirada con rapidez, algo dentro de mí —pequeño, terco y tremendamente peligroso— susurra una verdad que estoy desesperada por silenciar:

Esto es muy complicado.

CAPITULO 20

CARTER

Hay días en los que el entrenamiento sale tan limpio que casi parezco un adulto funcional. Hoy ha sido uno de esos. He corrido bien, he atrapado pases imposibles y no le he gritado a nadie. Si me lo propongo, hasta podría engañar a alguien para que pensara que tengo la vida controlada.

Pero todo eso se queda pequeño comparado con una idea fija que me lleva rondando desde hace horas:
quiero hacer algo por ella.

No algo espectacular. No algo de ligón barato.
Solo… algo que demuestre que la escucho, que la veo, que no soy el idiota que ella cree.

Así que, después de ducharme, cojo el coche y conduzco hasta una cafetería pequeña a diez minutos del club, una de esas escondidas que huelen a avellana tostada desde la puerta. Recuerdo perfectamente cómo pidió su café la última vez: avellana, leche templada, sin azúcar. No sé por qué lo recuerdo. Bueno, sí lo sé.

Porque soy un desastre enamorándose de una mujer que no quiere que la toque.

¿Enamorado? No, no, no. NO he dicho eso. Que quede claro.

Compro uno para ella y subo al club con la sensación ridícula de estar cargando un tesoro. Paso por su despacho cuando sé que está en sesión con los fisioterapeutas y dejo el café sobre su mesa junto a un artículo que encontré la noche anterior. No dejo nota. No quiero presionarla. No quiero invadir su espacio. Solo… quiero que lo encuentre.

Salgo antes de que vuelva, y durante el resto del día me sorprendo imaginando su reacción. Tal vez frunza el ceño. Tal vez sonría un poco. Tal vez piense que soy menos idiota de lo que parezco.

Al día siguiente, voy directo a su despacho. No planeaba hacerlo, pero mis pies deciden por mí. La puerta está entreabierta, así que asomo la cabeza.

La taza sigue allí. Intacta. Fría. Y el artículo está exactamente donde lo dejé.

Ella no.

La garganta se me cierra de un modo que no esperaba.

¿Se habrá ido? ¿Habré cruzado una línea? ¿Se habrá sentido presionada? ¿Habrá renunciado? ¿He jodido algo sin abrir la boca siquiera?

El corazón me da un golpe seco dentro del pecho. Por un momento absurdo pienso en ir a hablar con dirección. Preguntar por ella. Pero ¿y si sí es por mí? ¿Y si de verdad la espanté?

Me doy la vuelta y bajo al gimnasio, intentando sacudirme la inquietud, pero no funciona. Nada funciona. Me sorprendo vigilando cada puerta, cada pasillo, como si fuera a aparecer en cualquier momento.

Pero no aparece.

Hasta que escucho a dos técnicos hablando cerca de los vestuarios mientras revisan material.

—¿Sabéis si mañana viene Madison? —pregunta uno.

—Sí —responde otro—. La pobre ha estado mala. Lleva dos días en casa. El médico le dijo que reposara, que había cogido un virus.

Es como si me soltaran una cuerda del cuello. No se ha ido. No me odia. No he arruinado nada.

Solo ha estado enferma.

Y, aun así, la preocupación no desaparece. No debería importar tanto… pero importa. Demasiado. Más de lo que es razonable para un tío que solo quería besarla hasta perder el sentido.

A la mañana siguiente llego al club incluso antes de que amanezca del todo. No es por entrenamiento, ni por ganas de socializar, ni porque Marc me haya arrastrado a una rutina nueva. Es por ella. Y solo admitir eso en mi cabeza hace que me pase la mano por la nuca como si pudiera quitarme la idea a golpes.

En lugar de subir directo al edificio principal, desvío el coche hacia un supermercado que abre temprano. Entro con la capucha puesta, rezando para no encontrarme a ningún fan —o peor aún, a algún compañero madrugador— y empiezo a llenar una cesta como si supiera lo que estoy haciendo. Fruta fresca, zumo natural, miel, un par de cosas que parecen saludables.

Nunca en mi vida había comprado nada parecido para nadie. Nunca he tenido que cuidar a una mujer enferma más allá de Lily y mi madre. Tampoco he perseguido a ninguna para que me preste atención.

Pero con ella… no es lo mismo. Solo quiero que esté bien. Y pensar eso me desarma.

Cuando aparco en el club, el cielo aún está gris. Subo las escaleras con la cesta bajo el brazo como si fuera dinamita. Dejo todo sobre su mesa con cuidado, intentando que parezca natural, aunque no hay forma humana de hacer que un gesto así parezca casual. La nota la coloco entre las botellas, doblada una sola vez.

Te he echado de menos.

Me quedo un segundo mirando la mesa, como un idiota que espera que la fruta conteste, y después salgo antes de que a mi cuerpo le dé por quedarse plantado allí imaginando su reacción. Cierro la puerta despacio, respiro hondo y camino por el pasillo con la sensación inquietante de que acabo de cruzar una línea invisible.

Nunca había hecho nada de esto por ninguna mujer. Ni por diversión. Ni por orgullo. Ni por sexo.

¿En qué me convierte esto? ¿Un novio atento? ¿Un tío que intenta gustarle? ¿Un idiota enamorado?

Suelto una carcajada seca que suena más a incredulidad que a humor.

¿En serio estoy haciendo esto?

¿Yo? ¿Carter Reed, el hombre que huye de las relaciones como si fueran fuego?

Algo de mí protesta. Dice que debe de ser una mala idea, terrible incluso para mi reputación de tipo imperturbable y eternamente disponible. Pero la otra parte, la que se quedó clavada ante su escritorio vacío imaginando que no volvería… esa parte no está preocupada.

Esa parte está aliviada. Y ansiosa. Y viva.

Camino hacia el vestuario maldiciendo entre dientes, porque la verdad es tan jodidamente evidente que no sé cómo no la he dicho en voz alta:

¿Qué demonios me ha hecho esta mujer para tenerme aquí, firmando una cesta de fruta como si me fuera la vida en ello?



Estoy saliendo de la ducha cuando escucho la puerta del vestuario abrirse. A estas horas casi no queda nadie, así que no espero compañía… hasta que oigo unos pasos firmes, seguros y muy familiares. Cojo la toalla, me la paso por el pelo y levanto la vista.

Y ahí está.

Madison Blake.

Madison aparece en la entrada, apoyada un segundo en el marco como si necesitara calibrar si debe entrar o no. Cuando finalmente da el primer paso, el mundo se reduce a ese movimiento. Sus ojos se elevan hacia mí… y se detienen. No en mi cara. En mi torso.

El recorrido es rápido, casi imperceptible, un barrido de apenas un parpadeo, pero lo siento en la piel como si fuera su mano. No hago nada por cubrirme. Ni pienso hacerlo. El aire entre nosotros cambia, se espesa, se carga de algo eléctrico que me golpea directo al estómago.

Ella se recompone enseguida, endereza los hombros y adopta esa postura profesional y fría que tanto dice y tanto oculta. Pero su

respiración cambia, apenas un matiz, suficiente para que mi cuerpo lo note.

—Hola, Carter —dice, y su voz tiene ese filo suave que aparece cuando intenta mantener el control.

Me apoyo mejor en la taquilla, dejando que los músculos del brazo se tensen de forma casi instintiva. La observo con descaro.

—Vaya, Blake. Pensé que hoy también ibas a desaparecer.

Ella avanza un paso. Después otro. Cada vez más cerca, como si sin darse cuenta entrara en mi órbita y yo entrara en la suya. Las luces superiores dibujan sombras en su clavícula, en la línea de su cuello, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para no mirarla como un hombre que desea, sino como uno que se supone que debe comportarse.

—Quería… darte las gracias —dice, sosteniéndome la mirada demasiado tiempo para ser neutral—. Por lo de esta mañana.

Mi corazón da un vuelco. Mantengo la cara relajada, pero por dentro es un caos delicioso.

—¿Ah, ¿sí? ¿Y qué ha pasado esta mañana?

Ella contiene una sonrisa. Lo veo en la forma en que sus labios tiemblan apenas, y ese gesto pequeño me golpea más fuerte que cualquier provocación directa.

—La cesta. La nota. El zumo. El café del otro día. Todo eso.

Doy un paso hacia ella. El espacio entre nuestros cuerpos se reduce hasta volverse un hilo fino que ya no sé si quiero cortar o

tensar más.

—No sé de qué hablas. ¿No te lo han contado? Hace años que el club está infestado de duendes. Hacen cosas raras. Cosas amables. Cosas como dejar cestas de frutas o notas. Yo ya no pregunto.

Ella exhala una risa corta, suave, que se cuela bajo mi piel como un latigazo dulce. Dios, es preciosa. Quiero besarla.

—¿Duendes? —murmura sonriendo—. ¿Y esos duendes también me han echado de menos?

Estoy lo bastante cerca para sentir el calor que desprende.

—Bueno… —inclino la cabeza, mi voz bajando sin querer un tono—. Son duendes muy entregados. Están preocupados por la gente del club. Les gusta que todo el mundo esté bien. Y… no quieren trabajar horas extra cuidando de ti, ya sabes.

Ella sonríe. Dios, estoy perdido.

La distancia entre nosotros es casi inexistente ahora. Puedo oír su respiración. Puedo sentirla. Ella se moja los labios sin darse cuenta, y mis ojos siguen ese movimiento como si fuera una orden. Me tienta. Es un instinto puro, una necesidad. Si me inclinara un centímetro… Le haría el amor aquí mismo.

—Estoy mejor —dice, y su voz baja, tiembla apenas—. Gracias por… lo que sea que hayan hecho esos duendes.

Mi pulso se dispara.

—¿Ya estás recuperada? —pregunto, pero lo que realmente quiero decir es *¿vas a volver a desaparecer otros dos días? ¿Me vas*

a dejar pensando en ti como un idiota?

—Sí. Fue solo un virus. Nada grave.

—Menos mal —respondo, con un tono que traiciona más de lo que quiero—. Ya sabes… no quiero que esos duendes tengan que seguir trabajando.

Ella traga saliva. Yo también. Extiendo ligeramente un dedo y toco la palma de su mano. Es excitante.

—Gracias, Carter —repite. Esta vez la sinceridad le suaviza la voz—. De verdad.

—Se lo transmitiré al comité de empresa de esos duendes. Estarán encantados.

—Desde luego.

Y se gira. Se va. Camina por el vestuario con pasos tensos, como si huir fuera la única forma de mantener la compostura. Yo me quedo ahí, apoyado en la taquilla, con la piel ardiendo y el corazón golpeando como si hubiera hecho un sprint.

Maldigo en voz baja.

Porque durante esos segundos… Si ella no se hubiera ido… Si hubiera respirado un poco más cerca… Yo la habría besado.

Y esta vez no habría sido un error.

CAPITULO 21

MADISON

Detecto un patrón claro desde hace semanas: demasiados jugadores funcionan como si la autosuficiencia fuera una virtud sagrada. Aguantan, callan, aprietan la mandíbula y siguen adelante sin levantar la mano. Y aunque en el campo parezca admirable, fuera de él es la receta perfecta para que un equipo termine rompiéndose por las costuras. Por eso les propuse una sesión conjunta. Quiero que aprendan el valor de pedir ayuda. Algo que los hombres llevan muy mal y estos… peor.

Reúno al equipo en la sala amplia junto al campo. Llevamos varios meses trabajando juntos así que me sorprende que algunos todavía se muestren reacios a estas actividades. Empiezo la dinámica explicando que hoy trabajaremos en identificar momentos de alto estrés, errores recientes y formas de apoyarse mutuamente.

—No quiero que esto lo veáis como un confesionario —empiezo, caminando despacio entre ellos mientras algunos ya sonríen sin saber por qué—. Esto es un ejercicio de comunicación. La misma herramienta que usaríais en el campo, pero sin casco.

Hago una pausa ligera.

—Si ayuda, imaginaos que estáis tomando unas cervezas con vuestros compañeros.

Las risas se expanden por la sala y la tensión se diluye justo lo necesario. El ambiente cambia y empiezo a ver hombros que se relajan, miradas que se suavizan.

—Quiero un ejemplo reciente en el que hayáis sentido presión o bloqueo —digo—. Algo que quizá no dijisteis en su momento.

Marc levanta la mano.

—Yo, en el último cuarto del partido contra Toros. Tenía molestia en una pierna, pero quise salir al campo para no fallaros.

—Pero podrías haberte lesionado —salta Kevin, frunciendo el ceño—. Sabes que tus piernas no son de hierro, tío.

El murmullo general confirma que todos pensaron lo mismo.

—No quería demostrar que era débil. Me habrías mandado al banquillo automáticamente.

—Por supuesto, tu salud está por encima de un partido y lo sabes, tío.

La dinámica entre Marc y Kevin me conmueve. Kevin no solo es el capitán, es como un hermano mayor que los cuida a todos. Estoy segura de que habría sido capaz de sacar a Marc de las orejas.

—Sois un equipo y tenéis que pensar y actuar como tal. Tus compañeros están aquí para ayudarte. También en eso.

Kevin asiente lentamente, como si la frase le hubiera tocado un punto que llevaba tiempo ignorando.

Niall toma la palabra después.

—A veces siento que, si digo que estoy cansado, parecerá que no estoy a la altura. Así que aprieto… y ya está.

—¿Y cuántos más hacéis eso? —pregunto.

Varias manos se levantan. No todas, pero sí demasiadas.

La conversación fluye mejor de lo previsto. Se interrumpen, se apoyan, se contradicen… pero están hablando de verdad. Y ese era el objetivo real: abrir espacio para que se vean entre ellos de un modo más humano.

Y entonces, como si eligiera el momento más inesperado del mundo, interviene Carter.

No hace ruido. Solo deja caer los brazos que tenía cruzados y levanta un poco la barbilla.

—Supongo que ninguno quiere ser el primero en admitir que no controla todo —dice, con una honestidad que sorprende hasta a los que lo conocen bien—. Es más fácil tirar de humor y seguir adelante.

Hay un silencio breve, pero no incómodo. Es la pausa de un grupo que escucha algo que reconoce.

Lo observo sin querer hacerlo demasiado evidente. Está serio, atento, sin la máscara arrogante que suele ponerse. Y aunque no debería permitirme sentir nada, algo cálido me recorre el estómago. Me siento orgullosa de él.

Cuando la sesión termina, los jugadores salen entre bromas, palmadas y un ánimo increíblemente distinto al del inicio. Mientras guardo tarjetas y materiales, escucho pasos acercándose detrás de mí. No necesito girarme para saber quién es; su presencia cambia el aire antes de que abra la boca.

Me doy la vuelta lentamente. Carter está allí, con las manos en los bolsillos, mirándome con una especie de serenidad que nunca le había visto. Y siento que mi estabilidad se tambalea.

—Te ha salido bien —dice, inclinando apenas la cabeza.

—Era el objetivo —contesto, intentando mantener la voz neutra.

Su sonrisa aparece por un segundo, suave, contenida, como si algo dentro de él se resistiera a mostrarse demasiado.

—No. Me refiero a que… has hecho que hablen. Y eso es difícil. Muy difícil.

No sé cómo responderle, así que solo asiento mientras guardo los últimos papeles. Él da un paso más. Mi piel reacciona y hace que el corazón me dé un golpe seco contra las costillas. Qué irritante es que mi cuerpo vaya siempre en mi contra.

—Contigo también lo conseguí —declaro con sinceridad.

—Has estado estupenda, Maddie.

Mi nombre en su boca. Oh, no. Otra vez no.

Siento un escalofrío que recorre mi espalda sin pedir permiso, un latigazo rápido que baja directo al estómago.

—No me llames así —susurro, aunque la firmeza que busco no está en mi voz. Necesito ocultarlo todo. Ya. Ahora.

—¿Por qué no? —pregunta él, con un tono tan sincero que me desarma más que cualquier provocación. Se acerca un poco más hasta que su cuerpo está a un suspiro del mío.

Trago saliva, intentando recomponerme.

—Porque no es profesional.

Él se acerca apenas un centímetro más.

—¿De verdad que piensas que esto sigue siendo profesional entre nosotros?

El aire se espesa entre nosotros. No sé si quiero retroceder o acercarme. No sé si quiero huir o quedarme exactamente ahí. No se si quiero correr o romper el dichosos suspiro que nos separa.

Mis ojos suben sin querer a los suyos y cometo un error monumental: le sostengo la mirada. Porque en ese instante, lo veo. Veo lo que intenta ocultar, veo lo que siente sin decirlo, veo algo que me arrastra sin remedio.

Y él también lo ve en mí.

Demasiado.

—Reed… —empiezo, sin saber cómo terminar.

—Tranquila —dice con esa voz baja que me remueve entera—. No voy a hacer nada. Solo quería decirte la verdad.

Lo odio. Lo odio porque justo cuando debería ser insoportable, arrogante o irritante… me habla así. No como un dios del olimpo

sino como un mortal que ha bajado a la tierra.

Recojo mis cosas con manos que intento mantener firmes y doy un paso hacia la puerta antes de que mi cuerpo decida traicionarme aún más.

—Tengo que irme.

—Claro —responde, aunque sus ojos, fijos en los míos, dicen algo completamente distinto.

Salgo de la sala con el corazón en la garganta, intentando no mirar atrás. Cada paso que doy parece amplificar el temblor sutil justo debajo de mis costillas.

Y cuando cierro la puerta, lo sé con una certeza que me asusta:

No voy a poder resistir así mucho más.

No si sigue llamándome *Maddie* con esa voz.

No si sigue mirándome como si ya supiera que, en el fondo, ya he empezado a caer.



Mientras los jugadores abandonan la sala todavía comentando la dinámica, veo a Marc recoger unas botellas vacías del suelo. Parece

relajado, casi orgulloso del ambiente que se ha generado. Aprovecho el momento y me acerco.

—Gracias por ser el primero en hablar —le digo, en voz baja para no llamar la atención—. Ha marcado la diferencia para todos.

Marc sonríe de lado, esa sonrisa tranquila que siempre parece tener bajo control.

—Era necesario. Y lo que estás haciendo aquí también lo es. Puede que no te lo digan, pero el equipo está cambiando. Para bien. Y una parte enorme es por ti.

Sus palabras me toman por sorpresa más de lo que esperaba. Es extraño recibir reconocimiento cuando una se acostumbra a ser la observadora silenciosa

—Me alegra saberlo. A veces cuesta ver el impacto desde fuera.

—Créeme, se nota —añade Marc, inclinándose un poco hacia mí como si fuera a confesar un secreto—. Pero por favor… no le digas a Callie lo de mis molestias en la pierna. Si se entera, me obliga a hacer reposo y me encierra en casa. O peor, me apunta a yoga en pareja.

Su expresión seria al decir "yoga en pareja" consigue arrancarme una risa que llevaba conteniendo toda la tarde.

—Tranquilo, no diré nada. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Menos mal —responde, llevándose una mano al pecho en un gesto teatral—. Porque como vuelva a lesionarme y se entere de que ha sido por mi culpa… no vuelvo a ver la luz del sol.

Ambos reímos, y por un instante el peso del día se aligera. Marc asiente con un gesto apreciativo antes de dirigirse hacia la puerta.

—En serio, Madison. Gracias por todo esto. El equipo te necesitaba más de lo que imaginaba.

Lo veo alejarse con su caminar tranquilo y seguro, y no puedo evitar sentir un pequeño orgullo cálido expandiéndose en mi pecho.

Quizá sí estoy haciendo algo bien aquí.

CAPITULO 22

CARTER

Viajar con el equipo siempre tiene una energía distinta, pero este viaje en concreto pesa más de lo habitual. Mañana jugamos contra Iowa Wolves, uno de los partidos más exigentes de la temporada, y la directiva decidió que jugadores y cuerpo técnico nos trasladáramos varios días al estado para entrenar, adaptarnos y evitar distracciones.

A mí, sinceramente, me viene bien.

O eso intento repetirme.

Desde el ataque de ansiedad y desde… *ese beso*, mi cabeza no ha parado ni un minuto. Todo el tiempo que no estoy en el club lo paso visitando a mi hermana y a mi madre y eso no me permite bajar la guardia en ningún momento así que lo de tener paz mental es cosa del pasado.

Por eso, cuando subimos al autobús al amanecer y el paisaje empieza a cambiar kilómetros después, agradezco el silencio, el runrún de los motores, la sensación de estar lejos de todo.

Ojalá estuviera también lejos de Madison Blake. Pero no lo estoy.

Ella está unas filas más adelante, en un asiento compartido con uno de los fisios. Lleva un jersey gris suave, el pelo suelto cayéndole por la espalda, y una serenidad que no sé si me irrita, me atrae o las dos cosas a la vez. Tiene algo en la mirada cuando mira por la ventana, como si estuviera pensando demasiado. Como si algo le pesara.

¿Estará pensando en mí?

Sacudo esa idea de la cabeza. No quiero creerlo. No quiero esperarlo.

Llegamos al hotel por la tarde. Entrenamos un par de horas en el campo exterior, una sesión ligera para activar cuerpo y mente. Está genial. Es como si mi cuerpo funcionara mejor cuando tengo la cabeza hecha un caos.

Cuando Madison cruza el campo para hablar con el entrenador, hago lo imposible por no mirarla. Lo imposible, porque al final siempre caigo. Y el simple hecho de verla caminar con esa postura firme y ese aire profesional que no se molesta en suavizar… joder, me tensa en sitios que no deberían tensarse.



El restaurante del hotel tiene esa luz cálida que adormece a todo el mundo después de un día largo. Las mesas están ocupadas por el equipo, el staff y un par de técnicos. Yo intento comportarme con normalidad.

Hablar. Reír. Ser el Carter que todos conocen.

Pero cada vez que Madison entra en mi campo de visión, mi cerebro hace cortocircuito. Y hoy está… joder. Está demasiado guapa.

Mientras hablamos del entrenamiento de la tarde, la camarera aparece con una bandeja. Es de esas mujeres que saben perfectamente cuándo alguien las está mirando, y actúa como si yo la llevara observando desde hace horas, aunque no haya sido así. Apoya la bandeja en la esquina de nuestra mesa y se inclina más de lo necesario para servirme agua.

—¿Quieres algo más? —pregunta con una sonrisa cargada de intención. Su mano se posa en mi brazo en un gesto que no deja lugar a dudas.

Kevin suelta una tos que suena más a carcajada.

Niall ni lo disimula.

La camarera baja la voz y la carga con descaro.

—Podemos tomar algo… fuera de aquí cuando termine mi turno. Tengo una habitación sola. Mucho más tranquila que esta.

Antes habría dicho que sí sin pensarlo. Pero ahora lo único que pienso es que no tiene los ojos de Madison. Ni su voz. Ni su forma de mirarme cuando intenta fingir que no siente nada.

—Agradezco la invitación —le digo con amabilidad medida—, pero no va a ser esta noche.

Ella parpadea, sorprendida. No se lo esperaba. Me dedica una media sonrisa hiriente antes de alejarse moviendo más las caderas que el sentido común.

Kevin me da un codazo.

—Tío, esto ya no es casualidad. Llevas semanas rechazando a mujeres. Literalmente semanas.

Niall levanta su cerveza con una expresión de detective satisfecho.

—Aquí hay patrón. Y solo hay una razón por la que un tío como tú empieza a decir que no. Tiene a alguien en mente.

Voy a replicar, pero Niall continúa:

—¿Se habrá enamorado?

Abro la boca para protestar, indignado, pero mis ojos se desvían sin querer hacia la mesa de al lado.

Y ahí está.

Madison.

Algo me dice que lleva un rato mirándome. Cuando nuestros ojos se encuentran, siento ese jodido tirón en el pecho que ya debería saber ignorar, pero que solo se intensifica. Ella aparta la mirada demasiado rápido para ser inocente.

Y mis compañeros, por supuesto, lo notan.

Kevin se ríe por lo bajo. Niall parece estar reuniendo pruebas para su teoría. Y yo… yo empiezo a tener la sensación de que están muy cerca de la verdad.



Tras la cena, el equipo empieza a recoger. Algunos se despiden con un choque de manos, otros bromean sobre quién ronca más fuerte en las habitaciones compartidas. Entramos en el ascensor casi todos juntos, apretados, hablando de jugadas, del partido del sábado, de lo buena que estaba la tarta de chocolate.

Madison está a mi derecha, tan cerca que noto su perfume mezclarse con el olor metálico del ascensor. Mantiene los brazos cruzados, el rostro neutro, pero la veo tensar la mandíbula cada vez que mi brazo roza el suyo sin querer.

Cuando el ascensor llega a nuestro piso, las puertas se abren y los jugadores se dispersan en distintas direcciones. Uno tras otro, van desapareciendo tras las puertas de sus habitaciones, dejando el pasillo cada vez más silencioso.

Y entonces nos quedamos ella y yo.

Caminando hacia el final del corredor.

Hacia las habitaciones individuales reservadas para el staff principal.

Madison va delante. Yo detrás. Muy cerca.

Sus pasos son suaves, constantes, casi hipnóticos. El pasillo es estrecho, la luz cálida, y cada vez que respira, su aroma me golpea de lleno. Me cuesta no apoyarme en la pared para no perder la cabeza. Siento cada músculo preparado para… algo. Lo que sea. Cualquier cosa que implique tocarla.

Ella llega a la puerta de su habitación y apoya la mano en la tarjeta de acceso. Pero no entra. Se queda quieta, con los hombros rígidos, como si lo que fuera a decirle se estuviera peleando dentro de ella.

Entonces se gira.

Joder.

Está justo frente a mí. No hay espacio prudente entre nosotros. Ni aire suficiente. Ni defensa posible.

—Has estado muy bien en el entrenamiento —dice, y su voz suena más suave de lo que esperaba, cargada con esa vibración que

solo aparece cuando algo no es tan simple como quiere parecer—. Creo que te he visto mejor que nunca.

Sonrío sin poder evitarlo.

—No puedes esperar menos de un campeón como yo.

Ella pone los ojos en blanco exasperada, pero se le escapa una sonrisa. Pequeña. La misma sonrisa que me arruina las noches porque se me queda grabada en la memoria como una quemadura.

La tensión entre nosotros es tan real que podría tocarla.

—¿Por qué rechazaste a esa mujer? —pregunta de pronto. Su voz es tranquila, pero sus pupilas no.

Doy un paso hacia ella. Uno solo. El suficiente para que nuestros cuerpos casi se rocen.

Levanto la mano despacio para tocar su rostro. Me acerco un poco más y le rozo la mejilla con los dedos. Su piel está cálida, suave, y cuando cierra los ojos un instante, sé que estoy perdido.

La electricidad es brutal. La quiero contra la pared. Quiero besarla hasta que se me olvide respirar. Quiero tenerla encima, debajo, alrededor, donde sea.

Quiero demasiado.

Y cuando vuelve a abrir los ojos… lo que veo me atraviesa hasta el fondo.

Deseo. Necesidad. Miedo. Y ese brillo…

Ese maldito brillo que me confirma lo que llevo días intentando negar.

Quizá mis compañeros tenían razón.

Quizá quiero a Madison Blake.

Apoyo la frente casi contra la suya, conteniendo todo lo que ruge dentro de mí.

—La rechacé —susurro, rozándole la piel con la voz— porque no quiero que pienses que eres una jugada para mí.

Su respiración se detiene. La mía también.

El mundo entero se queda en silencio.

CAPITULO 23

MADISON

No dormí.

Sé perfectamente que debería decir que pasé la noche analizando datos del rendimiento del equipo o revisando informes, pero sería mentira. Me pasé la noche entera recordando la forma en que Carter me miró en el pasillo del hotel, esa intensidad que me deshizo las rodillas, la caricia en la mejilla y esa frase que todavía me recorre la columna como electricidad.

No quiero que pienses que eres una jugada para mí.

Y lo peor es que no sonaba a algo ensayado. Sonaba a verdad. A una verdad que me preocupa, me atrae y me derrite.

Ya por la mañana, intento centrarme en mis informes en la cafetería del hotel, pero mi cabeza no coopera. Cada vez que leo una frase, vuelve a él rechazando a aquella mujer con un simple "*no va a ser esta noche*", o la forma en que me sostuvo la mirada sin apartarse, como si estuviera decidiendo algo importante. Me odia

reconocerlo, pero una parte de mí deseó que me besara allí mismo, en la puerta de mi habitación, mientras el pasillo se quedaba vacío.

No debería pensar así. No puedo permitírmelo.

Pero el deseo se ha colado bajo mi piel como una gota de tinta en agua.

Voy a la cafetería "a despejarme". En realidad, sé que lo estoy buscando sin admitirlo. Me preparo mentalmente para no perder la compostura si aparece, pero justo cuando entro, veo algo que me desarma por completo.

Entonces lo veo. Está ayudando a Callie a llevar una bandeja que, claramente, podría cargar con una sola mano, pero finge que pesa demasiado solo para hacerla reír. Y lo consigue. La luz de la cafetería le ilumina el rostro, y por un segundo me permito observarlo sin censura: es atractivo con una facilidad irritante, tiene un encanto natural que no necesita esfuerzo, y cuando sonríe desde la sinceridad —no desde la seducción— hay algo en él que resulta desconcertantemente cálido.

Carter deja la bandeja en la mesa y, tras un instante de duda que nunca le había visto antes, se acerca a mí. No trae el ego por delante, no hace de payaso, ni siquiera parece estar actuando. Se sienta con cuidado, como si temiera romper algo invisible entre nosotros. Habla poco, pero la forma en la que me mira es suficiente para dejarme intranquila todo el desayuno.

Yo intento mantenerme profesional, pero no puedo ignorar que siento un calor extraño cada vez que sus ojos se deslizan por mi rostro. Me limito a preguntarle si está preparado para el partido de hoy, él responde con una claridad y una honestidad que no esperaba de él, y eso me obliga a escucharlo activamente. Me encanta la pasión que transmite por el deporte y por su trabajo. Dios, me encanta él.



Más tarde, durante la rueda de prensa, me sitúo con el resto del staff técnico en un lateral de la sala. Estoy especialmente centrada en analizar cómo lidia cada uno de los jugadores con la prensa. No todos están hechos para hablar en público, para aceptar las críticas o para llevar la presión.

Solo tomo notas mentales sobre dos de los jugadores más veteranos y cuatro de los novatos. Es evidente que ellos requieren que tratemos este tema en las sesiones.

Cuando le toca el turno a Carter se que no va a decepcionar a la prensa. No solo porque Megan le ha preparado bien

para este tipo de cosas sino porque él parece que ha nacido con un don natural para esto.

Aun así, en cuanto empieza a hablar, mi atención se dirige inevitablemente hacia su voz. Los periodistas preguntan por la presión de esta temporada, la exigencia del público, las expectativas. Carter responde con una seguridad tranquila. Entonces, de forma inesperada, añade algo que hace que el aire a mi alrededor parezca moverse.

—Si seguimos de pie —dice con firmeza controlada— es gracias al equipo técnico. Todas las temporadas tenemos profesionales muy preparados que nos ayudan a dar lo mejor de nosotros mismos. Esta temporada tenemos compañeros que nos ayudan a que estemos preparados en todos los sentidos: entrenamientos, fisioterapia, nutricionista y psicología.

—¿Psicología? ¿Acaso necesitáis atención con frecuencia?

—Muy buena pregunta, Roger. Déjame decirte una cosa: no somos máquinas que meten touchdowns. Somos personas. Y nuestra cabecita también necesita entrenamiento. Y se agradece cuando alguien lo recuerda y se preocupa por nosotros.

No dice mi nombre. No lo necesita. Sus palabras llevan un peso que reconozco al instante y que me golpea más hondo de lo que imaginaba. Porque, mientras habla, no puedo evitar recordar la noche en que lo encontré con un ataque de ansiedad, derrumbándose en un pasillo vacío, respirando como si el mundo

fuera demasiado estrecho para él. Y aunque quise negarlo durante días, ese momento cambió algo en mí.

Escucharle ahora, agradeciendo de forma tan sincera el apoyo emocional del equipo, me provoca una mezcla extraña de orgullo y miedo. Parte de él se ha permitido ser humano delante de mí, y eso no es habitual en jugadores que viven encerrados en exigencias, egos y máscaras. Pero Carter… lo está intentando. Y saber que sus palabras llevan algo de aquel instante íntimo, de aquella respiración entrecortada que compartimos, me desestabiliza más de lo que me gustaría admitir.

Un calor suave se me instala en el pecho, junto con una punzada amarga de vulnerabilidad. No es un reconocimiento profesional, es algo mucho más personal. Y sentirme vista por él de esa manera, tan directa y tan real, es una carga tan poderosa que no sé bien cómo sostenerla sin tambalearme por dentro.

Porque Carter es un humano atento al que no quiero dejar pasar.



Horas después, ya en el hotel, subo por las escaleras para evitar periodistas y conversaciones largas. Estoy cansada emocionalmente y necesito silencio, pero en el segundo tramo mi pie resbala en un escalón mojado. No tengo tiempo de hacer nada. Siento el vacío bajo mí y un vértigo rápido me golpea el estómago.

Entonces unas manos me sujetan por la cintura con una firmeza que me inmoviliza por completo. Mi cuerpo choca contra un pecho ancho, cálido, que reconozco al instante. Su respiración me roza la sien y mi piel reacciona antes que mi mente.

—Cuidado —murmura él, sin apartar las manos.

No puedo moverme. Su agarre es seguro, protector, demasiado íntimo para lo que debería ser. Y lo peor es que mi cuerpo responde con un temblor que no consigo disimular. Carter lo nota; siento cómo su pulgar roza, sin querer, la tela de mi camiseta justo en la curva de mi cintura.

—Sería de titular que la psicóloga del equipo terminara lesionada por unas escaleras —dice con una media sonrisa, aunque su voz suena tensa, como si la idea le hubiera asustado más de lo que quiere admitir—. Sobre todo, teniendo a todos los mejores fisios del país cerca.

Me giro despacio. Sus manos bajan con lentitud, pero no se apartan del todo. La distancia entre nuestros cuerpos sigue siendo demasiado corta. Puedo sentir el calor de su pecho. Puedo oler el

jabón de hotel en su cuello. Puedo ver el brillo intenso de sus ojos verdes, ese que aparece solo cuando me mira a mí.

—Gracias… —logro decir, aunque la palabra se me quiebra un poco.

Él mantiene la mirada fija en la mía, sin arrogancia, sin juego, sin disfraz. Y esa sinceridad silenciosa es terriblemente peligrosa.

—Mientras esté yo cerca —susurra—, no vas a caerte.

Las piernas me fallan un segundo. No porque me haya resbalado, sino por la forma en que lo dice.

Intento responder, pero mi garganta no colabora. Él tampoco dice nada más. Solo se queda ahí, mirándome como si estuviera intentando memorizar mi rostro, y la tensión en el aire es tan densa que podría partirse con un cuchillo.

Me aparto finalmente, obligando a mis pulmones a funcionar, y empiezo a subir los escalones restantes. Pero antes de dar la vuelta al pasillo, no puedo evitar mirar atrás.

Carter sigue en el mismo sitio, con las manos todavía ligeramente alzadas, como si mi cuerpo aún estuviera entre ellas.

Y entonces pienso algo que no debería pensar:

Si hubiera dado un paso más, nos habríamos besado.

Y no habría sido capaz de detenerlo. Entonces ¿por qué me reprimo?

CAPITULO 24

CARTER

Entro en la sala de sesiones con una sonrisa que espero que parezca natural, aunque sospecho que Madison la detecta como si fuera un foco apuntándome a la cara. Levanta la vista del cuaderno y durante un segundo —uno muy pequeño, casi imperceptible— noto que sus ojos se suavizan antes de volver a esa profesionalidad impecable que le encanta usar para hacerme sudar.

—Llegas puntual —dice.

—Me compré un GPS y un reloj —respondo, dejándome caer en la silla como si no llevara todo el camino reuniendo valor.

Ella no sonríe del todo, pero la comisura de sus labios se curva apenas. Es suficiente para que el ambiente, ya de por sí cargado, se vuelva aún más denso. Me sorprende lo fácil que resulta ahora estar a solas con ella, lo cómodo que me siento hablándole a pesar de que es la única persona que ha visto cómo se me rompía el aire en el pecho.

—¿Has tenido algún episodio más desde la última vez? —pregunta, cruzando una pierna sobre la otra con ese movimiento

suave que debería estar prohibido.

Niego con la cabeza, intentando mantener la voz estable.

—No. He… estado centrado. Entrenar ayuda.

Ella asiente, observándome con esa calma que a veces me pone de los nervios y otras… me sostiene.

—Bien. Eso es bueno. Pero… ¿estás preparado para hablar de lo que ocurrió exactamente en el último ataque?

La pregunta cae en el centro de la habitación como un peso. No hay juicio, no hay prisa, solo un espacio abierto esperando algo que llevo años guardando bajo siete candados.

Mi primer impulso es decir que no, que no hace falta, que estoy bien. Mi segundo impulso es levantarme y largarme. Pero mi tercer impulso —el más inesperado— es quedarme.

Porque estoy cansado. Porque llevo demasiado tiempo sosteniendo un mundo que se me cae encima. Porque ella estuvo allí cuando pensé que el aire se me escapaba para siempre.

Respiro hondo.

—Fue… mi madre —empiezo, sintiendo que la voz me tiembla más de lo que esperaba—. Llamó varias veces. Cuando al fin la devolví, me dijo que Lily… que mi hermana pequeña… había empeorado.

Madison no se mueve. No interrumpe. Solo me mira con esa paciencia que me hace sentir que puedo seguir hablando, aunque cada palabra me arañe la garganta.

—Tiene leucemia —añado, tragando saliva mientras un nudo enorme me presiona el pecho—. Lleva luchando contra ella desde que tenía dos años. Dos. Y aun así… —cierro los ojos un segundo, buscando aire—. Aun así, es la persona más valiente que conozco. Siempre sonríe, siempre encuentra algo bonito en los días más jodidos, siempre hace chistes cuando no tiene fuerzas ni para levantarse de la cama.

La respiración se me corta. No porque vaya a tener otro ataque, sino porque… duele. Duele decirlo en voz alta.

Duele porque es verdad.

—Los tratamientos son carísimos —continúo, apoyando los antebrazos en las rodillas, como si el gesto pudiera evitar que me derrumbase—. Y son constantes. Algunos funcionan, otros no. Cada temporada de mi carrera significa dinero, significa tiempo, significa opciones que ella no tendría si yo fallara. Si yo… no estuviera a la altura.

Siento que algo se rompe dentro de mí cuando lo digo.

—Esa niña es… —me detengo porque la voz se me quiebra. Intento recomponerme, pero mis ojos arden y no puedo contenerlo. Una lágrima cae antes de que pueda evitarlo—. Es mi mundo, Maddie. Todo lo que hago… lo hago por ella. Porque si ella puede levantarse cada día sin quejarse, sin rendirse… ¿cómo coño no voy a hacerlo yo?

Me paso una mano por la cara, avergonzado de mostrarme así, pero ella no aparta la mirada. No se incomoda. No se asusta. Y eso me desarma aún más.

—A veces pienso que soy yo quien debería protegerla, darle fuerzas, hacerle sentir que todo estará bien. Pero cuando la escucho cansada o la veo débil, juro que… siento que no soy suficiente. Que no estoy siendo el hermano que necesita. Que estoy fallando donde no puedo fallar.

Otra lágrima cae. Esta vez no hago nada por esconderla.

Entonces ocurre algo que no esperaba.

Madison extiende su mano con suavidad —como si temiera romper algo— y la apoya sobre la mía. Es un gesto simple, nada más que piel contra piel… pero me atraviesa como un impacto directo.

—Tu hermana tiene una suerte tremenda de tenerte a su lado —dice con una suavidad que golpea mucho más fuerte que cualquier tono severo—. Eres un buen hombre, Carter. Y si supiera todo lo que haces por ella se sentiría todavía más orgullosa.

Cierro los ojos un momento. No estaba preparado para eso.

—Yo no estoy seguro de eso —murmuro, sintiendo que las palabras me raspan desde dentro. Es la verdad más honesta que he dicho en años.

Pero ella aprieta mi mano un poco más, apenas un gesto, pero suficiente para hacerme temblar.

—Pues yo sí estoy segura de ello —responde, sin dudar ni un segundo.

Miro su mano sobre la mía. Después la miro a ella. Y me cuesta respirar… pero no de ansiedad esta vez. Es otro tipo de descontrol. Dios, la quiero tanto.

Porque por primera vez en muchísimo tiempo siento que alguien está ahí.

¿Cómo se puede lidiar con estos sentimientos cuando ella parece empeñada en alejarnos?



Han pasado veinticuatro horas desde la sesión.

Veinticuatro horas desde que dije cosas que jamás había verbalizado. Veinticuatro horas desde que una mujer —ella— me sostuvo cuando tenía miedo de romperme.

Y aunque debería sentir vergüenza, lo único que siento es la necesidad absurda de verla otra vez. No para hablar de ansiedad, ni de Lily, ni de nada importante. Solo verla. Comprobar que sigue ahí. Que sigue siendo… Madison.

Por eso llevo quince minutos apoyado en su coche, fingiendo que estoy muy cómodo esperando al aire libre cuando en realidad estoy a un paso de marcharme porque esto, todo esto, se siente demasiado grande para mí. Pero entonces aparece al final del pasillo, con su carpeta contra el pecho y esa forma contenida de caminar que parece ordenarlo todo a su paso, incluida mi respiración. Algo en mi pecho se sacude.

Ella me ve y se detiene un instante, sorprendida. No molesta. No indiferente. Solo sorprendida… y curiosa. Eso me basta para recomponerme.

—Has salido quince minutos tarde —digo con una sonrisa ladeada mientras separo las manos del coche, intentando parecer relajado—. Me gustaría recordarte que los duendes del club no reciben pago extra por cuidarte ese tiempo.

Ella parpadea y, para mi desgracia emocional, sonríe. Esa sonrisa pequeña, inteligente, que no regala a cualquiera.

—Les prepararé una cesta de Navidad —responde mientras se acerca—. Tendrán que perdonarme por ser una jefa desconsiderada.

Nuestro humor se entrelaza con una facilidad que no esperaba. Nos quedamos frente a frente, demasiado cerca para ser compañeros, demasiado lejos para todo lo que querría.

—Pues esos mismos duendes —continúo, inclinándome ligeramente hacia ella— me han comentado que hoy debería hacer

una reserva en el restaurante Victory para dos. No quería llevarles la contraria. ¿Te gustaría acompañarme?

Ella abre la boca como si fuera a responder con cautela… pero la palabra sale demasiado rápido.

—Sí.

Nos quedamos en silencio. Ella tarda exactamente medio segundo en darse cuenta de que ha respondido sin pensar, y yo tardo exactamente medio segundo en disfrutarlo.

—Vaya —digo con un gesto burlón pero suave—. Eso ha sido inesperado.

Ella junta las cejas, fingiendo molestia, aunque sus labios traicionan una sonrisa creciente.

—Es que mis duendes no me han dado una buena merienda esta tarde —replica, alzando la barbilla como si intentara defenderse de algo que no ha confesado—. Y tengo hambre. No te creas que es por otras cosas.

La carcajada se me escapa antes de poder contenerla.

Una risa breve y auténtica que me golpea por dentro porque nunca me había reído así con una mujer con la que quisiera algo más que una noche.

Nos quedamos un par de segundos mirándonos, atrapados en una electricidad tan densa que puedo sentirla en la piel. Ella baja la mirada un instante, como si necesitara recuperar el control, y

después camina hacia la puerta del copiloto justo me lanza las llaves y me guiña un ojo. Yo abro el coche sin quitarle los ojos de encima.

Cuando se sienta, lo hace con una mezcla de decisión y nerviosismo que me derrite. Yo rodeo el frontal del coche, subo al asiento del conductor y, durante un segundo, ninguno de los dos dice nada. Solo respiramos en el mismo espacio, compartiendo un silencio que no es incómodo. Es anticipación pura.

Arranco el motor despacio, intentando no parecer tan jodidamente feliz como me siento.

Voy a cenar con Madison Blake. Y lo peor —o lo mejor— es que no tengo ni idea de hacia dónde me va a llevar esto.



No sé muy bien en qué momento se me olvida que estoy sentado frente a la psicóloga del equipo y empiezo a sentir que estoy simplemente… hablando con una mujer que me gusta de verdad. Quizá es cuando se ríe con la cabeza ligeramente echada hacia atrás por una broma mala sobre las supersticiones del vestuario; quizá es cuando me cuenta que odia el café demasiado cargado porque "la

vuelve insoportable” y lo dice con una naturalidad que me funde; quizá es cuando me pregunta cuál es mi película favorita sabiendo perfectamente que voy a decir una elección de mierda y aun así coloca el codo en la mesa, se inclina hacia mí… y espera la respuesta.

La conversación fluye como si lleváramos años hablando así. Tocamos temas absurdos: series que ninguno ha terminado, el desastre que fue la cena de Navidad del club el año pasado, los rituales idiotas de los jugadores antes de un partido y cómo Kevin cree que sus calcetines “de la suerte” son realmente mágicos. Luego saltamos a cosas más personales sin darnos cuenta: ciudades que nos gustaría visitar, comidas que detestamos, sueños que tuvimos de niños. Es fácil, demasiado fácil. Siento cómo mi cuerpo se afloja y mi mente deja de estar en guardia. Me sorprende lo natural que resulta todo esto con ella.

Hace mucho —años— que no hablaba así con una mujer. La última fue mi ex, y aquel recuerdo aparece como un fantasma incómodo que intento apartar rápido. No quiero esa energía aquí. No quiero contaminar este momento con historias viejas ni comparaciones inútiles. Ella no es mi ex. Ella no es nadie que haya tenido antes. Y eso, joder, lo cambia todo.

El dueño del restaurante, un gran fan del equipo me avisa que están a a punto de cerrar y que necesitan que nos retiremos. ¡Dios, cómo han pasado las horas!

Cuando salimos del restaurante, la noche es fresca y agradable, y caminar a su lado tiene algo que me relaja de un modo que no sé explicar. Nos dirigimos hacia su coche, hablando todavía entre risas de la cantidad ridícula de pan que han puesto en la mesa. El tono es suave, casi íntimo, como si estuviéramos compartiendo un secreto que ni siquiera sabemos que estamos contando.

—No puedo creer que hayas dicho que "*Fast & Furious 5* es cine" —se burla ella, cruzándose de brazos mientras me mira con una mezcla deliciosa de juicio profesional y diversión sincera—. Eso debería invalidarte como adulto funcional.

—Esa película tiene corazón —respondo, buscándome la vida—. Y coches que vuelan. Por favor, si eso no es arte yo ya no sé qué más quieres.

Ella se ríe. Guardo ese sonido en el pecho como si fuera oro.

Pero el silencio se instala durante unos segundos. No es incómodo, al contrario. Es un silencio cargado, denso, lleno de esa corriente que llevamos arrastrando desde hace semanas.

—Ha sido una buena noche —dice ella mientras ajusta el cinturón, sin mirarme del todo.

—Sí —respondo, observándola sin disimulo—. Una muy buena noche.

Ella traga saliva. Lo noto. También noto cómo respira un poco más profundo antes de poner el contacto. La luz del panel ilumina su rostro y hay algo en esa imagen que me golpea fuerte. Quizá porque

está tranquila. Quizá porque está preciosa. Quizá porque en este coche, tan cerca, ya no puedo fingir que no la quiero.

Ella desvía la mirada un segundo, pero la sonrisa no se va. Ahí está: la grieta. La rendija diminuta por donde podía pasar algo. Su respiración cambia apenas, pero lo noto. Siempre lo noto.

Y entonces lo siento todo a la vez. El deseo acumulado.
La tensión que nos persigue desde el primer día.
La necesidad absurda y urgente de probar el sabor de su boca. La certeza de que ella también lo quiere.

Es ahora. No puedo reprimirme más. No quiero.

Al salir del restaurante, la noche nos envuelve, cálida y silenciosa. Caminamos uno al lado del otro, pero las manos casi se rozan. Casi. Su perfume me envuelve con una mezcla de locura y calma. Me giro hacia ella justo cuando se detiene.

—¿Qué pasa? —pregunta, aunque creo que lo sabe.

Doy un paso hacia adelante. Después otro. Hasta estar tan cerca que siento el calor de su cuerpo atravesar la ropa. Ella levanta la cara, sus ojos oscuros brillan como si hubieran estado esperando este momento desde hace días.

Quizá sí. Quizá yo también.

—Maddie… —susurro, con la voz más ronca de lo que esperaba. Ella no retrocede. No niega.

Y eso es todo lo que necesito para perder la cabeza.

Le tomo la mandíbula con suavidad, mis dedos rozan su piel caliente, y escucho cómo el aire se le escapa del pecho. Ella abre ligeramente los labios, un gesto pequeño, pero suficiente para incendiarme por completo.

—Carter… —murmura, sin convicción real.

—Dime que no quieres esto —respondo, acercando mi frente a la suya—. Solo dímelo.

No lo hace.

Respira. Tiembla apenas. Pero no lo dice.

Así que la beso.

El beso no es tímido, ni suave, ni cuidadoso. Es intenso, arrebatado, cargado de deseo contenido durante semanas, de batallas, de tensión, de todo lo que ninguno de los dos ha querido admitir. Ella responde con la misma hambre, agarrándome de la camiseta como si llevara toda la vida esperando este momento.

Mi corazón late como si quisiera atravesarme el pecho.
Su cuerpo se funde contra el mío. Y el mundo no existe durante varios segundos.

Solo ella. Solo nosotros. Solo este maldito beso que me confirma lo que he intentado negar durante demasiado tiempo.

Cuando nos separamos, ella respira agitada, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes.

Creo que estoy enamorado. Y no me importa.

CAPITULO 25

MADISON

Llego al club más temprano de lo habitual, intentando disimular que llevo dos días sin dormir bien. No por insomnio, sino por algo infinitamente peor: por recordar cómo se sintió su boca sobre la mía. Ese maldito beso me persigue en cada pausa, en cada pensamiento, en cada paso que doy hacia este edificio. No sé si lo odio o lo echo de menos. Quizá ambas cosas.

Cruzo el pasillo hacia el campo interior y lo veo allí, bromeando con Marc y Kevin. Está relajado, cómodo, con esa sonrisa descarada que siempre le he criticado… pero que ahora me enciende el estómago de una manera exagerada. La complicidad con sus compañeros, su facilidad para arrancar risas, esa energía que llena el espacio… Lo observo sin querer, intentando encontrar de nuevo al idiota arrogante de las primeras semanas. Sería mucho más fácil si siguiera siendo él. Pero no lo es. No del todo.

Y justo cuando pienso eso, se me cruza en la mente una imagen que me corta la respiración: mi padre riendo alto con su equipo, días

antes de que todo estallara. Ese borde invisible entre la euforia y el derrumbe.

Sacudo la cabeza y me obligo a apartar el recuerdo.

Carter no es mi padre. Me lo repito como un mantra mientras sigo caminando. Pero la sensación sigue ahí. Y eso… eso sí que me espanta.



Estoy ordenando unos libros de mi despacho cuando llaman a la puerta. No tengo concertada ninguna sesión, así que me preparo para decir que volvemos mañana… pero cuando abro, está él. Carter. Con una bolsa de comida china en la mano y una expresión divertida y peligrosamente encantadora.

—Los duendes —dice, levantando la bolsa como si fuera una ofrenda—. Juraría que la han dejado justo delante de tu puerta. Y… bueno… sería una pena desperdiciarla.

Parpadeo. No esperaba esto. No esperaba *nada* de esto.

—¿Quieres decir que los duendes han decidido que comparta cena contigo? —pregunto con un tono que pretende ser incrédulo,

pero que suena demasiado suave.

—Exacto —responde, muy seguro de sí mismo—. Y yo no discuto con duendes. Tienen muy mala leche.

Me echo a reír. Una risa auténtica, ligera, que me sorprende incluso a mí. Le hago un gesto para que pase.

Cenamos en mi despacho —dos cajas de arroz, rollitos y algo que huele a picante— y por primera vez desde que comenzó la temporada, tengo la sensación de esta plenamente relajada.

Hablamos de cosas que quizá no cambian el mundo, pero que levantan uno pequeño entre los dos. Y mientras lo escucho, me doy cuenta de que es la primera vez que estamos juntos en el club sin tensión, sin ese tira y afloja constante, sin la sensación de que estoy cruzando una línea profesional.

La conversación fluye con una facilidad que no esperaba. Le cuento mis nefastos dos meses intentando aprender patinaje sobre hielo —tres caídas épicas, un esguince y una profesora que llegó a preguntarme si llevaba los cordones del cerebro atados— y él se ríe de una forma tan natural que por un instante parece otro. A cambio, me confiesa varias de sus meteduras de pata del instituto, incluida la vez que quiso impresionar a una chica saltando desde el tejado del gimnasio… directo a un contenedor equivocado. Terminamos llorando de la risa.

Sin darnos cuenta, la conversación va cogiendo profundidad. No porque lo busquemos, sino porque sale sola.

Él menciona a Lily sin dramatismos, como si hablar de ella formara parte de su ADN. Me cuenta una anécdota sobre cuando ella tenía cuatro años y él decidió disfrazarse de Superman para hacerla reír. El problema: el disfraz era tan barato que la capa se arrancó de un tirón, la malla se abrió por detrás y él quedó prácticamente desnudo en medio del salón. Lily lloraba de la risa, su madre gritaba, y él intentaba cubrirse con el cojín más pequeño del mundo. No puedo evitar imaginar la escena y me llevo la mano a la boca para no soltar una carcajada demasiado alta.

Pero lo que me atrapa no es la historia. Es cómo la cuenta. Habla de su hermana con una mezcla de orgullo, ternura y una devoción tan honesta que me desmonta un poco por dentro. No es triste. Y me doy cuenta de que compartir ese recuerdo conmigo dice más de él que cualquier confesión dramática en terapia.

Y ahí, sin que él lo sepa, empiezo a entender algo que hasta ahora me había resistido a ver:

Carter Reed no es solo el jugador que me provoca, me desafía y me descoloca. Es un hombre que quiere hacer reír a su hermana, aunque eso implique quedarse en calzoncillos.

Siento una oleada de ternura tan fuerte que casi me asusta. Me siento afortunada, como si Carter me hubiera permitido entrar en una parte de su vida que no enseña a nadie.

Creo que, por un instante, soy capaz de interpretar la forma tan errática en la que late mi corazón, la necesidad imperiosa de alargar

la mano y tocarle o la forma en que mis labios echan de menos los suyos. Pero, ante todo, creo que interpreto mis propios sentimientos.

Quizá llevan días creciendo. Quizá nacieron en aquel ataque de ansiedad. Quizá estaban ahí desde antes y me negué a verlos.

Pero lo cierto es que ahora, sentados en mi despacho compartiendo comida china fría y confidencias que no deberían cruzarse entre psicóloga y jugador, siento que algo está cambiando entre nosotros. Algo que no controlo. Algo que no puedo ignorar.

Y eso lo hace aún más real.



Llegamos al portal de mi edificio casi sin darnos cuenta del camino. Él camina a mi lado, un poco detrás, como si inconscientemente se adaptara a mi ritmo… o como si temiera rozarme con las manos porque sabe exactamente lo que podría provocar.

Cuando nos detenemos frente a la puerta, el aire cambia. De golpe. De forma inevitable.

Levanto la mirada y él ya me está observando. No es la mirada arrogante y juguetona de siempre; es más densa, más profunda,

más peligrosa. Siento un latigazo caliente que baja directo por mi abdomen. Intento respirar, pero él da un paso más y estamos tan cerca que podría contarle las pestañas.

—Si me sigues mirando así… —murmura, con una voz baja que parece rozarme la piel— no sé si voy a poder reprimirme. Y los duendes me han pedido que sea un caballero.

Su sonrisa es leve, casi temblorosa.

La mía desaparece por completo.

—Al cuerno los malditos duendes.

No sé quién se mueve primero. Tal vez él. Tal vez yo. Solo sé que cuando su boca encuentra la mía, todo estalla. Carter me besa con una intensidad que me dobla las rodillas y me obliga a agarrarme a su camiseta para no caer. Sus manos me rodean la cintura y me pegan contra su cuerpo, y el beso se vuelve urgente, hambriento, como si lleváramos semanas conteniéndonos en lugar de días.

Lo hemos hecho. Hemos cruzado esa línea. Y nada importa más que eso.

Cuando nos separamos apenas para tomar aire, él me mira con una mezcla de deseo y necesidad que me incendia por dentro. No hace falta decir nada. Alzo la mano, la deslizo hacia la puerta y, con un gesto pequeño, le indico si quiere subir.

Su respiración se acelera. La mía también.

Entramos en el portal sin hablar y casi corremos hacia el ascensor. Las puertas se cierran y entonces ya no hay contención posible. Me empuja suavemente contra la pared acolchada del ascensor y vuelve a besarme con una fuerza que me eriza la piel. Mis manos se hunden en su cuello mientras las suyas suben por mis costados, lentas pero determinadas, como si necesitara memorizar cada centímetro de mí.

—Maddie… —susurra contra mi boca, y escuchar mi nombre así me derrite por dentro.

El ascensor parece tardar años en subir.

Cuando las puertas se abren, salimos casi sin romper el beso, tropezando hacia mi puerta entre risas ahogadas y respiraciones agitadas. Apenas consigo meter la llave en la cerradura porque él me abraza por detrás, me aprieta contra su cuerpo y me besa el cuello con una intensidad que casi me hace cerrar los ojos.

Consigo abrir. Entramos.

El apartamento está en penumbra, iluminado solo por la luz tenue de una farola exterior que entra por la ventana. Carter cierra la puerta con un golpe suave y me empuja delicadamente contra ella para besarme otra vez. Sus manos bajan por mi espalda, por mi cintura, recorriéndome con una necesidad que hace que el suelo desaparezca bajo mis pies.

No pienso. No puedo pensar. Solo siento.

Camino hacia atrás guiándolo al salón sin apartar la boca de la suya. Mis dedos buscan el borde de su camiseta y la levantan con urgencia. Él me ayuda a quitársela, tirándola al suelo sin mirar dónde cae. Yo apenas registro que mis propias manos tiemblan. Cuando empieza a desabrocharme la blusa, lo hace despacio, como si quisiera disfrutar del proceso, pero yo ya estoy ardiendo y me inclino hacia él para acelerar el movimiento.

Nos besamos entre risas ahogadas y suspiros, tropezando con el borde del sofá hasta que caemos sobre él, mi cuerpo sobre el suyo. Sus manos exploran mis caderas y suben por mi cintura mientras yo lo beso con todas las ganas que he contenido durante días.

El mundo podría apagarse ahí mismo y no lo notaría.
Solo existe él. Solo existo yo. Solo existe este momento que ya no podemos detener.

Con gran rapidez ambos nos quedamos desnudos y no puedo evitar ver cómo su mirada recorre todo mi cuerpo hasta detenerse en mis senos. Los toca con cariño hasta que libero un gemido que termina por incendiar su hambre… y la mía. Él se inclina ligeramente hacia un lateral del sofá hasta alcanzar sus pantalones y de la cartera saca un condón. Lo abre y mientras devora con hambre mis labios se coloca de forma apresurada esa dichosa funda que está tardando demasiado. Nos recolocamos y con ansia me subo en él y dejo que su miembro se funda con mi cuerpo. Ambos nos miramos con pasión. Su mirada me devuelve una picardía no ensayada y me

anima con una pequeña cachetada a que me mueva y como si fuera una orden, obedezco. Lo deseo, lo deseo con todas mis fuerzas. Él me agarra con fuerza las caderas y me ayuda a que el impacto sea más intenso. Nuestros labios no dejan de besarse y mientras ambos gemimos no puedo evitar morder su labio. Eso termina por encelarlo: me atrapa entre sus brazos y me mueve hasta darme la vuelta. Mi cuerpo queda ahora atrapado bajo el suyo y con fuerte embestidas se introduce dentro de mí sin romper el contacto visual. Después, él se libera dentro de mí y me deja casi exhausta. Me remuevo debajo de él buscando algo de aire pues mi corazón apenas es capaz de bombearlo después del placer tan intenso que he experimentado cuando él me sorprende.

—¿Crees que esto ha terminado? —pregunta con picardía mientras salta del sofá y se coloca de rodillas entre mis piernas. Su sonrisa es lo último que recuerdo antes de que comience a jugar conmigo.

CAPITULO 26

CARTER

El primer rayo de luz se cuela por la ventana del apartamento de Madison y me da justo en los ojos, pero no me importa. No he dormido. Ni un maldito minuto.

Y no porque no pudiera. Sino porque no quería.

Me he pasado toda la noche despierto, con ella acurrucada en mi pecho, respirando tranquila, con una mano sobre mi abdomen como si ya supiera que ese era su sitio. La he mirado dormir durante horas, demasiado consciente de que nunca había sentido algo parecido. No quería estar en ningún otro lugar que no fuera este.

Mi cuerpo está agotado —hemos hecho el amor hasta que las piernas nos han temblado—, pero mi mente está tan despierta que podría correr una maratón ahora mismo.

Madison Blake duerme a mi lado. Y yo estoy jodidamente feliz.

Se mueve un poco, como si su cuerpo reconociera el mío antes que su mente. Su pelo cae sobre la almohada, desordenado, precioso. Sus labios están un poco hinchados por todos los besos

que nos dimos. Me acerco despacio, sin querer despertarla del todo, y le beso la frente. Luego la mejilla. Luego la comisura de los labios.

Ella respira hondo y abre los ojos. Su sonrisa me golpea directo en el pecho.

—Buenos días… —murmura con una voz ronca que podría arruinarme de por vida.

Apoyo mi frente contra la suya y dejo que mis dedos recorran su cintura bajo la sábana. Necesito tocarla para asegurarme de que lo de anoche no fue uno de esos sueños demasiado buenos para ser verdad.

—Nunca me he sentido así, Maddie —susurro, sin filtros. Por primera vez, sin ninguna capa de humor ni máscaras—. Nunca.

Ella me mira como si acabara de abrirle la puerta a un sitio secreto que jamás había mostrado. Luego sonríe, una sonrisa suave, íntima, que me derrite entero.

—Yo tampoco —admite—. Nunca pensé que un hombre al que tanto detesto pudiera hacerme tan feliz.

Me río, bajo y sincero, mientras mi mano sube por su espalda. Me quedo mirándola un momento, demasiado consciente de que no quiero joder esto.

—Siento haberte tratado mal al principio —digo, acariciando su mejilla con el pulgar—. Juro que no era… no eras tú. Era yo siendo un idiota.

Ella apoya su mano sobre la mía.

—Y siento haber sido tan dura contigo sin conocerte. Te juzgué demasiado rápido. Pensé que eras… otra cosa.

—Bueno, tampoco ibas tan desencaminada —admito, sonriendo de lado—. Mi ex no fue la mejor persona del mundo. Ni la más justa. Y eso me cambió más de lo que quiero reconocer. Mis relaciones anteriores con las mujeres… bueno, no puedo llamarlas relaciones si no duran más de una noche.

Los ojos de Madison se suavizan.

—Conmigo no necesitas ser arrogante, Carter —dice, acariciando mis labios con el dedo—. Aunque quizá deberías seguir siéndolo un poco… solo para no enfadar a tus duendes.

Me río contra su boca, sintiendo una calidez que me recorre entero. ¿Desde cuándo una mujer consigue hacerme sentir tan visto?

—Eres imposible —murmuro, inclinándome hacia ella.

—Lo sé —responde, rozando mis labios con los suyos—. Pero tú también.

Nos miramos como si el mundo fuera ese metro cuadrado de cama. Como si no existiera nada más que esta conexión absurda, intensa, inevitable que nadie nos enseñó a manejar.

Y de repente lo sé. Sé que la quiero otra vez bajo mis manos. Otra vez contra mi cuerpo. Otra vez temblando conmigo.

La beso despacio al principio, saboreando su boca, sintiendo cómo respira más rápido. Mis manos se deslizan por su espalda

desnuda y ella se acerca, como si su cuerpo hubiera estado esperando exactamente esto desde que abrió los ojos.

—Carter… —susurra en mi oído, antes de perder la frase entre mis labios.

La tomo por la cintura, la giro bajo mí y su risa ahogada se mezcla con un gemido suave que me enciende entero. No tenemos prisa esta vez.



El sol cae recto sobre el campo cuando salimos a calentar, y el aire huele a césped húmedo y a esa mezcla de adrenalina y cansancio que solo existe en los entrenamientos de mitad de temporada. Me coloco el casco bajo el brazo mientras Kevin trota a mi lado, y Marc ya está dando órdenes, aunque nadie se las haya pedido.

Empezamos con rutas sencillas. Cambio de ritmo, giro a la izquierda, recepción limpia. Mi cuerpo responde automático, pero mi cabeza… no tanto. Cada vez que acelero, que respiro hondo o que aflojo los músculos entre jugadas, me vuelve una imagen: la de

Madison arqueando la espalda bajo mis manos, la de su boca jadeando contra mi cuello, la de su pelo enredado en mis dedos.

No puedo evitar recordar la noche con Madison. El sofá. Su respiración contra mi cuello. Su boca. La manera en que dijo mi nombre como si le quemara y le salvara a la vez.

Intento no sonreír como idiota mientras corro la última ruta, pero es imposible. Marc me lanza un pase perfecto; lo atrapo; me giro; y cuando miro al resto del equipo, todos me están mirando como si me hubiera crecido otra cabeza.

—Mira ese careto —dice Niall, estrujándose la botella de agua—. Reed, qué coño te pasa. Tienes una sonrisa de… no sé, ¿navidad anticipada?

—Parece que te han regalado una consola nueva —añade Kevin, soltando un silbido—. O que alguien te ha dado un beso increíble.

Yo casi me atraganto con mi propia lengua.

—Venga ya —respondo, tirando la toalla sobre el hombro—. Estoy de buen humor, ¿vale? ¿Eso es ilegal ahora o qué?

Marc se cruza de brazos, disfrutando más que nadie.

—Hermano, tú no estás de buen humor. Tú estás… —me señala — *enamorado*.

—No estoy enamorado —respondo, demasiado rápido. Demasiado defensivo.

Los tres intercambian miradas como si acabara de confirmar exactamente lo contrario.

—Claro que no —dice Niall con ironía—. Por eso te quedaste ayer en el club más tiempo del habitual. Por eso no has mirado ni una sola mujer en tres semanas. Señales clarísimas de no estar enamorado.

Kevin ríe por lo bajo mientras se coloca el casco en el muslo.

—¿Sabes qué pasa, tío? —dice—. Que te conocemos. Antes eras… bueno, *tú*. Entrabas en cualquier sitio con más ego que un pavo real. Ahora estás… diferente. Eso solo lo provoca una cosa.

—Una mujer —remata Marc.

Yo aprieto la mandíbula.

—No estoy enamorado —repito, aunque ya suena tan poco convincente que hasta yo me doy pena.

Kevin se acerca, apoya una mano fuerte en mi hombro y baja el tono, más serio.

—Fuera coñas, Carter. Si vas a estar con Madison… más te vale hacerlo bien. Esa chica es buena gente. Buena de verdad. No es como las demás con las que has jugado.

Niall asiente, apoyándose en la cadera.

—Exacto. No vayas con tus trucos. No la líes con tus fases de "no quiero nada serio". Si te la cargas a ella… no sé si podremos perdonártelo. Es de las pocas personas de este club que nos hace mejores.

Trago saliva. Joder. Eso duele y reconforta a la vez.

—No voy a hacerle daño —murmuro, bajando la mirada solo un segundo.

—No lo hagas —dice Marc, dándome un pequeño empujón amistoso—. Te lo digo como amigo. Ella no es una aventura. Y si tú lo crees… entonces no vayas a por ella.

El silencio se instala unos segundos. Miro el césped, mis manos, el resto del equipo.

Pienso en Madison. Y en lo jodidamente bien que se siente estar a su lado. Y en lo jodidamente mal que me sentiría sin ella.

Levanto la cabeza.

—Voy en serio —admito, por primera vez en voz alta, aunque la frase me tiemble por dentro—. No sé cómo hacerlo, pero… voy en serio.

Los tres se quedan callados un segundo.
Y luego Kevin suelta la carcajada más ruidosa del entrenamiento.

—Pues si vas a ir en serio —dice, señalándome con la botella— más vale que te hagamos un curso acelerado para ser un buen novio… o te dejará en la primera semana.



Nunca pensé que invitar a una mujer a mi casa para prepararle la cena me pondría más nervioso que un partido en playoffs, pero aquí estoy: removiendo una salsa que no debería removerse tanto, mirando cada diez segundos el reloj y maldiciendo a Kevin por sugerir esta idea.

"Gesto romántico", dijo. "Algo íntimo pero sencillo", dijo. Sí. Claro.

Cuando suena el timbre, me limpio las manos a toda prisa en un paño y abro la puerta intentando parecer relajado. Madison está de pie frente a mí, con el pelo suelto, una chaqueta ligera y esa mirada que siempre me desarma antes de tocarla. Sonríe, y de pronto mi apartamento parece mucho más pequeño.

—Huele a… ¿estás cocinando? —pregunta levantando una ceja divertida y al vez, sorprendida.

—¿Pretendía ser un cumplido? —contesto, haciéndome a un lado para que pase.

Ella entra despacio, observando mi salón como si estuviera analizando la escena de un crimen. Cuando llega a la cocina y ve

todos los ingredientes preparados —o desordenados, depende del ángulo— suelta una risa suave.

—Nunca pensé que Carter Reed me prepararía la cena —dice, cruzándose de brazos mientras me mira como si hubiera descubierto una dimensión paralela.

Yo resoplo, intentando parecer seguro de mí mismo, aunque el corazón me golpea fuerte.

—Es lo que se supone que hacen las parejas, ¿no?

El silencio cae como un ladrillo. Ella abre los labios, sorprendida. Yo me doy cuenta de lo que acabo de decir.

Parejas.

Nosotros.

En la misma frase.

Mierda.

Pero lo que me paraliza no es lo que he dicho… sino cómo ella lo recibe. No retrocede. No frunce el ceño. No pone esa barrera fría que suele usar cuando algo la incómoda. Solo… suspira, como si la palabra le hubiera pillado desprevenida pero no fuera una mala idea del todo.

Y de pronto lo entiendo: quiero esto. Quiero algo real.
Quiero que ella sea mía en todos los sentidos que nunca pensé que desearía.

Me acerco un par de pasos. Ella no se mueve. Sus ojos bajan fugazmente a mi boca. Ese gesto pequeño me enciende entero.

—¿He dicho algo que no debía? —susurro, inclinándome un poco.

—No —responde en voz suave—. Solo… no esperaba escucharlo de ti.

—Ni yo esperaba decirlo —admito—. Pero aquí estamos.

La tensión se estira entre nosotros como un hilo ardiendo. Su respiración se acelera. La mía también. Cuando apoyo una mano en su cintura, ella no se aparta. Al contrario: se acerca un centímetro que me vuelve loco.

La beso. Y es como si llevara todo el día esperando ese instante.

Su boca responde con urgencia, con hambre, con ese deseo que llevaba horas conteniéndose. Sus manos se enredan en mi camiseta, tirando de mí hacia ella. Yo la agarro por la cadera, la alzo apenas, la pego a mi cuerpo y siento cómo todo se desordena dentro de mí.

Y entonces…

Pssssshhhh.

Un olor.

Quemado. Muy quemado.

Nos separamos un poco, sin alejarnos del todo. Madison parpadea y olfatea el aire.

—Carter… ¿estás seguro de que no estamos incendiando tu cocina?

Me giro. La sartén echa humo como si estuviera haciendo señales de auxilio.

—Mierda.

—Creo que eso se ha carbonizado —dice ella, riéndose abiertamente ahora.

Corro hacia la vitro, apago todo y muevo la sartén lejos. El olor se intensifica un segundo antes de disminuir. Me paso una mano por la cara y suelto una carcajada resignada.

La beso. Sin reservas. Sin pausas.

Ella gime suavemente contra mi boca y eso me incendia por dentro más que cualquier sartén. Me pega a ella, y nuestras manos ya no conocen límites. Mis dedos se deslizan por debajo de su camiseta; los suyos bajan por mi espalda. Caminamos a tientas, chocando con una silla, riéndonos entre jadeos, perdiéndonos en la urgencia del contacto.

La levanto de la cintura y sus piernas rodean mis caderas. Nuestros cuerpos encajan como si hubieran sido diseñados para encontrarse. La llevo hasta la encimera, pero ella me tira hacia abajo, me obliga a besarla de nuevo, más hondo, más intenso, más… nosotros.

Las manos recorren piel. Las camisetas desaparecen. El mundo se queda reducido a la respiración acelerada, al calor, al deseo que nos atraviesa sin pedir permiso.

Recorro los metros que separan la cocina del salón y caemos —entre risas, besos y torpeza deliciosa— sobre la alfombra. Y allí, bajo

la luz tenue, con el aroma del desastre culinario aun flotando, hacemos el amor.

Y mientras ella se arquea bajo mis manos y mis labios encuentran cada rincón de su piel, solo puedo pensar una cosa:

Los duendes se han vuelto definitivamente locos.

Y yo también. Por ella.

CAPITULO 27

MADISON

Han pasado varias semanas desde aquella primera noche juntos. Semanas que han transcurrido entre encuentros furtivos, cenas que se alargan hasta las tres de la mañana, roces que queman más que cualquier discusión previa y una intimidad tan inesperada que todavía me sorprende. Ahora mismo despierto en su cama, aun sintiendo sobre la piel los restos cálidos de la noche que hemos compartido. Me quedo unos segundos allí, envuelta en el silencio de su dormitorio, disfrutando de la sensación de suavidad que deja su cuerpo contra el mío incluso cuando no está.

Alargo la mano hacia su lado, medio adormilada, buscando su calor. Pero solo encuentro una sábana fría que me avisa de que se ha levantado hace un rato. Me incorporo, con el pelo revuelto y una punzada absurda en el pecho porque, aunque sé que Carter no es de los que desaparecen sin motivo, una parte de mí aún espera escuchar sus pasos volviendo hacia la habitación. Entonces, casi al instante, un olor maravilloso me envuelve: café recién hecho.

Camino hacia la cocina envuelta en una de sus camisetas, que me queda demasiado grande y demasiado bien. Sobre la mesa hay una bandeja preparada con esmero: una taza humeante, dos croissants perfectos y una nota doblada con ese trazo rápido suyo que ya he aprendido a reconocer. La abro con cuidado, como si lo que esté escrito dentro pudiera cambiar el curso del día.

Los duendes te han dejado el desayuno.
He tenido entrenamiento intensivo de última hora.
No quería despertarte.
—C.

Sonrío antes de poder evitarlo. Una sonrisa amplia, tonta, cálida, que me ablanda los hombros y me hace cerrar los ojos por un instante. Carter Reed —el jugador arrogante, insoportable y desesperadamente atractivo que me sacaba de quicio al inicio de la temporada— ahora me prepara el desayuno con frecuencia y me deja notas. Y aunque intento convencerme de que esto no significa nada, sé muy bien que significa demasiado.

Mientras desayuno, dejo que mi mirada recorra su salón. Me levanto y empiezo a explorar, sin prisas, observando cada pequeño detalle de su vida cotidiana. Hay muy pocas fotos, como si siempre hubiera intentado no aferrarse demasiado a nada. Pero una de ellas se convierte en un ancla que me deja quieta en mitad del pasillo.

En la imagen, Carter es apenas un adolescente. Tiene a Lily subida a la espalda, con una capa roja de disfraz ondeando detrás de él. Su madre sonríe al lado, sujetando la cámara. Pero lo que me golpea es la mirada de Carter: pura, luminosa, protectora. Una mezcla preciosa de orgullo y ternura que le suaviza todos los rasgos.

Acerco los dedos al marco y lo rozo con suavidad. La foto no habla de un atleta arrogante ni de un hombre que esconde lo que siente. Habla de un hermano que ha tenido que crecer demasiado rápido, que ha vivido con miedo y que aun así ha elegido ser luz para los demás. Y ese descubrimiento me aprieta algo dentro del pecho, tan fuerte que tengo que respirar hondo antes de apartarme.

El día que Carter me llevó al hospital para conocer a su hermana sentí que mi corazón estallaba. La niña, es una dulzura y ver su fuerza me conmovió. Pero, ante todo, sentí que Carter estaba confiando en mí a unos niveles que no había esperado de él.

Mientras tomo un nuevo sorbo de café y miro por la ventana siento cómo mi corazón lo está confirmando: estoy enamorada del maldito Carter Reed.



Horas después vuelvo al club con la intención de cruzarme con él, devolverle la camiseta que aún guardo en mi bolso y mantener una conversación que, aunque no quiera admitirlo, necesito tener. Pero a medida que recorro los pasillos, la inquietud empieza a extenderse. No está en el gimnasio. No está con fisioterapia. No está en el campo. No está en ningún lugar en el que debería estar.

Me encuentro con Kevin justo cuando sale de la sala de tácticas, secándose el sudor con una toalla.

—Hola, Maddie —saluda, siempre amable—. ¿Qué tal todo?

—Bien —respondo, aunque mi voz suena más tensa de lo que pretendía—. ¿Cómo ha ido el entrenamiento?

El gesto de Kevin cambia, imperceptible pero suficiente para tensarme aún más.

—Podría haber ido mejor —admite con un suspiro—. Carter no ha aparecido, y el entrenador ha tenido que reorganizar toda la sesión. No es propio de él faltar sin avisar.

La sorpresa me corta el aliento un segundo.

—¿No ha venido?

Kevin niega despacio.

—No. Ni mensaje, ni llamada, ni disculpa. Y sabes que Carter podrá ser muchas cosas… pero nunca deja tirado al equipo. Algo pasa.

Su frase me cae como un golpe seco, porque coincide exactamente con lo que estaba empezando a sentir. Le doy las

gracias y me alejo unos pasos antes de sacar el móvil. Intento llamarlo, pero la llamada salta directamente al buzón de voz. Pruebo otra vez. Lo mismo. Y otra. Solo silencio y esa sensación creciente de que algo se me está escapando entre los dedos.

Me obligo a caminar, a mantener la respiración estable, pero es inútil. Mi cabeza no deja de crear escenarios, todos más inquietantes que el anterior. Llevo semanas viéndolo abrirse, dejando caer briznas de verdad que nunca había compartido con nadie más. Sé que está en un momento vulnerable; sé que Lily es su punto débil; sé que un mal día, una mala noticia, pueden derribarlo más rápido que cualquier golpe en el campo.

Intento llamarlo una vez más. Buzón de voz.

Me quedo plantada en medio del pasillo. Algo está mal. Lo sé. Lo siento. En cada parte del cuerpo.



Tres días. Tres malditos días sin una llamada. Sin un mensaje. Sin un "estoy bien". Sin un "necesito espacio".

Tres días en los que he trabajado, he sonreído, he pasado sesiones, he fingido normalidad… pero cada minuto ha sido un latido

inquieto, un recordatorio constante de la ausencia de Carter.

Cuando entro en el club el cuarto día, lo veo. Está cruzando el pasillo que lleva al campo de entrenamiento, con la capucha medio bajada y las manos en los bolsillos. Su postura es tensa; su paso, pesado. No parece el Carter que conozco. Ni el que bromea. Ni el que disimula. Ni el que me abraza por la noche como si la vida se fuese en ello.

Me acerco sin pensarlo.

—Carter.

Él se detiene. Se gira. Y cuando me mira, siento algo frío recorrerme la espalda. Sus ojos están apagados, como si hubiera dejado una parte de sí mismo en esos tres días que ha estado desaparecido.

—Hola, Madison —murmura, y su voz es un intento pobre de normalidad.

—¿Dónde has estado? —pregunto, intentando controlar el temblor de mi voz.

Él se encoge de hombros y aparta la mirada, fingiendo que todo está bajo control.

—Tenía cosas que resolver.

—Tres días —insisto—. Tres días sin saber nada. Podías haber avisado al equipo, estaban muy preocupados. ¿Qué ha pasado?

Su mandíbula se tensa. Su respiración también.

—No pasa nada, de verdad. Estoy bien.

No lo está. Es evidente. Lo veo en la forma en que evita mi mirada, en cómo aprieta los puños dentro de los bolsillos, en el temblor casi imperceptible de su hombro izquierdo. Algo lo está rompiendo por dentro y ni siquiera quiere reconocerlo.

—Carter… —doy un paso más, casi rozándolo con mi voz—. Puedes contarme lo que sea.

Él niega despacio.

—No quiero que te preocupes. Solo… necesito que me dejes manejarlo.

Y esa frase me atraviesa. No porque quiera invadir su vida, sino porque había empezado a creer que confiaba en mí. Que estábamos construyendo algo real, sólido. Algo que merecía ser compartido.

Pero él se aleja. Con pasos cortos, tensos, como si cada uno doliera.

Lo sigo con la mirada mientras entra en el campo, saludando a los compañeros con una sonrisa falsa que me duele ver. Y mientras lo observo caminar, siento una mezcla de miedo, rabia y algo mucho peor: impotencia.

Porque por primera vez desde que empezó todo esto…
no me deja ayudarle.

Y lo que más me aterra es que, aunque no quiera admitirlo, no sé cómo protegerme de lo que me está empezando a doler.

CAPITULO 28

CARTER

No debería haber venido hoy. Lo sé desde el momento en que cruzo la puerta del club y me encuentro con Madison. Su mirada fue suave, preocupada, sincera… y lo único que conseguí sentir fue un nudo más apretado en el pecho. Quise responderle, explicarle, decirle que estos tres días han sido una condena, que no he dormido, que no he dejado de pensar en Lily, que cada llamada es una bomba que temo contestar. Pero no pude. No hoy.

Hoy no tengo control. Hoy no tengo armadura. Hoy solo tengo rabia.

Cuando salgo al campo para entrenar, las luces parecen más brillantes de lo normal y el aire más denso. La respiración me arde dentro del pecho, como si hubiese corrido una maratón cuando apenas he trotado unos pasos. Todo está… demasiado cerca. Demasiado fuerte. Demasiado silencioso.

Kevin lanza la primera indicación y yo reacciono tarde. No porque no esté concentrado —he jugado mil veces este ejercicio—

sino porque mi cabeza es una tormenta que no se calla.

Lily. Hospital. Tratamiento. No hay respuesta. No hay respuesta. No hay avance.

—¡Reed, espabila! —grita el entrenador desde la banda.

Corro. Acelero. Cambio de dirección. Pero mis piernas van por un lado y mi cabeza por otro. Intento agarrar un pase fácil, uno que podría coger dormido, y la pelota me golpea en el antebrazo antes de caer al césped.

Las risas no tardan. No pretenden herirme. Son las típicas entre compañeros cuando alguien falla. Lo hemos hecho miles de veces, pero hoy no puedo con nada.

—Tío, ¿estás bien? —pregunta Niall desde atrás, tocándome el hombro.

Es un gesto normal, incluso amable. Y aun así, me enciendo.

—Quita la mano —gruño, demasiado rápido, demasiado fuerte.

Niall frunce el ceño, sorprendido. Da un paso atrás, dejando claro que no quiere líos.

—Era solo una pregunta, Reed. Estás fallando todas. Relájate.

Relájate. La palabra me perfora como un cuchillo oxidado. Porque llevo tres días sin poder respirar.

Porque llevo tres días sin saber si mi hermana va a vivir. Porque llevo tres días queriendo llamar a Madison para que me diga cómo

demonios se hace esto sin derrumbarse… y sin tener el valor de hacerlo.

Relájate. Claro. Qué fácil.

La siguiente jugada empieza, pero mi cabeza ya no está aquí. Mis manos tiemblan de frustración y siento el pulso martillear bajo la piel como si quisiera escapar. Tropiezo con un compañero, el pase se pierde otra vez, y antes de que pueda detenerme, el entrenador vuelve a gritar:

—¡REED! ¿Qué te pasa?

No puedo más. No sé cómo detener esto.

No sé cómo contenerlo.

—¡Nada! ¡No me pasa NADA! —rujo, sintiendo cómo la sangre me arde—. ¡Dejad de tratarme como a un crío!

El campo queda en silencio. Un silencio pesado, afilado.

Niall —otra vez él, siempre él en el lugar equivocado— se acerca con cautela.

—Carter, tío, estás fuera de ti.

—¡He dicho que me dejéis en paz!

Lo empujo. Lo empujo con demasiada fuerza.

Siento el impacto en mis brazos y el golpe amortiguado cuando cae contra el césped. Él se levanta cabreado, con la mandíbula apretada, y en un segundo estamos pecho contra pecho, respirando fuerte, a punto de hacer una estupidez monumental.

—¿Qué coño te pasa? —espeta Niall confrontándome—. ¿Qué te he hecho yo?

No puedo contestar porque no tengo una respuesta real. Lo que quiero decir es estoy asustado. Lo que quiero decir es no sé cómo ayudar a mi hermana. Lo que quiero decir es no puedo con esto, no hoy.

Pero lo único que sale es:

—¡Deja de meterte en mi vida!

Entonces oigo el silbato. Un sonido seco, autoritario, final. El entrenador se acerca con pasos firmes y una expresión que no deja espacio para interpretaciones. Lo mira a él. Me mira a mí. Mira el hueco entre nosotros, lleno de rabia y fracaso.

—Fuera, Reed —ordena, sin levantar la voz—. Se acabó por hoy.

—Pero…

—He dicho fuera. Vete a casa. No vuelvas hasta que puedas controlar tu temperamento. Y si mañana sigues igual, hablaremos seriamente de tu futuro aquí.

Sus palabras me golpean con la fuerza de un placaje en las costillas.

El futuro aquí.

Mi futuro.

El de Lily.

Y, aun así, mi cuerpo no reacciona.

Solo siento un temblor profundo bajo la piel, como si fuese a romperme en cualquier momento.

Recojo mi casco. No miro a nadie. No escucho los murmullos. No siento el viento que me despeina al cruzar el campo. Lo único que siento es el peso de todo lo que estoy fallando.

A Lily. Al equipo. A Madison. A mí mismo.

Y mientras camino hacia el túnel de salida, con la garganta cerrada y los puños apretados hasta doler, lo sé con una claridad brutal:

Algo dentro de mí está a punto de derrumbarse.



El pasillo sigue girando incluso cuando cierro los ojos. La respiración no regresa. No hay aire suficiente en todo el puto edificio para llenar mis pulmones. Cada vez que intento inhalar, mi pecho se cierra un poco más, como si alguien se clavara allí dentro con ambas manos y apretara sin compasión.

Me arde la garganta. Me tiemblan los brazos.

Me odio. Me odio por perder los nervios en el campo.

Por empujar a un compañero que no tenía la culpa de nada. Por ser expulsado delante de todos. Por no haber respondido a las llamadas de Madison estos días.

Por fallar a Lily, que necesita a un hermano fuerte y no a este desastre que soy ahora.

Ese último pensamiento supone un golpe final. Mi visión se nubla. La presión en el pecho aumenta hasta doler de verdad.

Intento ponerme de pie, pero las piernas no responden como quiero. Me sostengo de la pared con la mano, arrastrando los dedos por la pintura como si eso pudiera anclarme a algo. Los latidos en mi pecho van demasiado rápido; duelen, se clavan, explotan.

No puedo. No puedo respirar. No puedo pensar.

Joder, no puedo con nada.

Estoy hundiéndome. Estoy fallando. Estoy jodiéndolo todo otra vez.

Y entonces escucho pasos. Suaves al principio.

Luego más rápidos, más urgentes.

—¿Carter?

Esa voz. Esa jodida voz que podría reconocer incluso muerto.

Madison.

No quiero que me vea así. No puedo dejar que me vea así otra vez. Pero antes de poder moverme, ya está frente a mí.

Se arrodilla despacio, sin brusquedad, con esa calma suya que me atraviesa incluso ahora que no puedo respirar. Sus ojos recorren mi rostro, mis manos, mi pecho que sube y baja en espasmos torpes. Lo entiende todo en un segundo.

—Carter —susurra, acercándose un poco más—. Mírame. Respira conmigo, ¿vale? Tranquilo. Estoy aquí.

Coloca una mano en mi mejilla, suave, firme, segura. El calor de su piel golpea el frío de la mía, pero no lo suficiente para hacer desaparecer el temblor.

—No estás solo. Vamos a regularlo juntos, ¿sí? —su voz se vuelve más lenta, más anclada—. Respira conmigo. Inhala. Exhala. Así… eso es.

Intento seguirla. Lo juro. Pero no puedo.

El aire entra a medias. Sale en golpes cortos.

Y el pánico vuelve a escalar como una ola negra que no puedo frenar.

—No puedo… —jadeo, apretando los dientes—. No puedo… joder, Maddie… no…

Ella se acerca más, intentando sostenerme, intentando ser ese punto firme que recogió mis pedazos la última vez.

—Puedes. Estoy contigo. No tienes que hacerlo solo. Carter, mírame…

—¡No! —exploto y retiro sus manos de mi rostro sintiendo que no he querido decirlo así—. No puedo, ¿vale? No puedes…

arreglarlo todo.

Ella se queda inmóvil.

Un segundo. Dos. Tres.

Y ese silencio es peor que cualquier grito.

—Déjame —susurro, sin poder sostener su mirada—. Maddie… déjame solo.

Ella retrocede apenas un centímetro, pero es suficiente para sentir cómo se rompe algo entre nosotros. Sus ojos brillan. No es sorpresa. Es dolor. Dolor causado por mí.

—Carter… —murmura, y en su voz hay una grieta que desearía poder borrar con las manos—. No tienes que alejarme.

Pero la ansiedad me aprieta aún más, como si incluso su cercanía fuera demasiado para un cuerpo que ya no sabe sostenerse.

—Por favor… —digo, sin aire, sin fuerza—. Solo… vete.

Madison asiente muy despacio. Se pone de pie. Duda un instante. Y después se va.

Sus pasos se alejan por el pasillo, cada uno clavándose en mi pecho más que la ansiedad misma. Me hundo contra la pared, dejando caer la cabeza hacia atrás mientras el temblor continúa.

Yo quería respirar. Ella quería ayudarme. Y lo único que he hecho es echarla de mi lado.

Una parte de mí sabe que no era ella. Que no era contra ella. Que era la ansiedad. El miedo. La culpa por Lily.

La presión de fallar otra vez. El miedo a que Madison vea demasiado y decida marcharse.

Pero eso no cambia el resultado.

Estoy solo en el pasillo.

Derrotado. Temblando.

Con la respiración aún rota y las manos heladas.

Y la única persona que quería a mi lado… es precisamente la que acabo de alejar.

Por primera vez en mucho tiempo, lo admito sin arrogancia:

He tocado fondo. Y no sé cómo carajo voy a salir de aquí.

CAPITULO 29

MADISON

Las palabras de Carter siguen rebotando en mi cabeza como si se hubieran incrustado allí: "Déjame solo… No puedes arreglarlo todo." En cuanto las escuché, mi estómago cayó al suelo. No por lo que dijo… sino por el eco que produjeron.

Exactamente las mismas palabras que usaba mi padre cuando yo intentaba acercarme durante sus crisis.

Exactamente el mismo tono. Exactamente el mismo rechazo.

Y, de repente, vuelvo a tener nueve años, con las manos heladas, la garganta seca, el corazón en un puño mientras él se alejaba porque no podía gestionar su ira, su caos, sus demonios.

La impotencia me arrolla con una fuerza que me deja sin aire.

Camino rápido hacia mi despacho, sin saludar a nadie, sin controlar ya el temblor que me sacude los dedos. Cierro la puerta, la apoyo en mis hombros y exhalo un suspiro quebrado que no sabía que estaba conteniendo. Necesito no volver a ese lugar emocional del que tardé años en salir.

Me arrodillo en el suelo, apoyo las manos contra la alfombra y empiezo con mis ejercicios casi de forma automática:

Cinco cosas que veo.

Cuatro que puedo tocar.

Tres que escucho.

Dos que huelo.

Una que siento.

Respiro hondo, otra vez, otra más, hasta que mi pecho deja de doler. Me repito, con firmeza, con esa voz interna que tanto me costó construir:

Él no es mi padre. Yo no soy aquella niña. No estás allí. No es la misma historia.

No quiero que duela tanto, pero duele.

Respiro hondo, aunque el aire entra con dificultad. Sé que él no es mi padre. Sé que yo no soy aquella niña desesperada intentando sostener un mundo que no le pertenecía. Pero mi cuerpo tarda en recordarlo. Me repito que ahora soy adulta, que tengo herramientas, que sé identificar este tipo de dolor y que no tengo que cargarlo sola. Aun así, la punzada en el pecho no desaparece. No todavía.

La puerta se abre con suavidad y aparecen Callie y Megan. Ninguna entra como una intrusa; lo hacen como personas que han visto demasiado y que no necesitan permiso para ofrecer apoyo. Se

sientan conmigo sin decir nada al principio, lo que agradezco más de lo que imaginan.

¿Cuánto tiempo he pasado aquí?

Callie es la primera en hablar, su voz cálida pero contenida.

—Kevin nos ha contado que Carter ha salido del entrenamiento hecho polvo.

Megan se inclina hacia mí, no para presionarme sino para incluirse en lo que sea que yo esté sintiendo.

—Se ha desbordado —consigo decir, tragando la emoción. No puedo hablarles de su ansiedad, hice una promesa—. Y cuando he intentado ayudarle… me ha dicho que me fuera. Que no podía arreglarlo todo. Es como si… —cierro los ojos un instante.

Ellas no intentan darme soluciones. No minimizan lo que siento. No me dicen "no te lo tomes así". Se limitan a escuchar, que es lo que más necesito.

Callie posa una mano sobre mi antebrazo, firme y tranquila a la vez.

—Acaban de llamar a su madre —explica—. Kevin lo ha hecho al ver la situación. Nos ha dicho que Lily no está respondiendo bien al tratamiento. Parece que han tenido días muy, muy duros.

Siento cómo el suelo se mueve bajo mis pies, aunque sigo sentada. Él no me estaba alejando a mí. Estaba intentando no romperse. Y falló.

Megan asiente despacio, como si quisiera marcar cada palabra con cuidado.

—Todo el equipo está preocupado por él. Y cuando digo *todo*, me refiero a entrenadores, staff, jugadores… somos una familia en esto. Nadie quiere que Carter pase por esto solo.

Callie me mira con una mezcla de comprensión y de algo que parece respeto sincero.

—Pero tú has conseguido algo que ninguno de nosotros ha logrado nunca: que confíe. Que hable. Que muestre lo que siente de verdad. No te estamos diciendo que lo salves. Nadie quiere cargarte con eso. Solo… no tires la toalla. Él se abrió contigo por una razón.

Trago saliva.

Megan entrelaza las manos sobre las rodillas, en un gesto lento, reflexivo.

—Vamos a ayudarle entre todos —asegura—. Pero tú… tú eres la única persona en la que ha encontrado un espacio seguro. No cierres la puerta.

El aire vuelve a entrar en mis pulmones, un poco más fácil esta vez. No estoy sola. Él tampoco.

Y eso cambia todo.



Cuando por fin entro en el coche, dejo el bolso a un lado y me quedo mirando el volante sin arrancar. No quiero llorar, pero siento ese nudo viejo, esa presión conocida que solo aparece cuando algo toca demasiado cerca del pasado. Al final, sin pensarlo demasiado, marco el número de mi madre. Ella siempre ha sido mi punto de referencia cuando el suelo empieza a moverse.

—Hola, cielo —saluda con una calidez que me afloja los hombros al instante—. ¿Estás bien?

Aprieto los labios, buscando palabras que no suenen dramáticas pero que tampoco mientan.

—No lo sé, mamá. Hoy ha sido… complicado.

Ella hace un sonido suave, el que usa cuando intuye que no quiero empezar por el principio. Me da espacio, y eso me permite respirar un poco mejor antes de continuar.

—Uno de mis jugadores ha tenido una crisis fuerte —explico finalmente—. Estaba al borde del ataque de ansiedad y cuando he intentado ayudarle… me ha dicho que me fuera.

Mi madre guarda silencio unos segundos, pero no es un silencio incómodo; es ese que prepara terreno para un abrazo,

aunque esté al otro lado del teléfono.

—Debe haberte dolido mucho, cariño —dice con suavidad.

Miro por la ventanilla, sin ver nada.

Mi voz sale más pequeña de lo que esperaba.

—Me ha llevado de vuelta a papá. A cuando intentaba ayudarle y lo único que conseguía era que se encerrara más. Ha sido como… revivir esa culpa antigua de no ser suficiente.

—Madison, escucha —responde ella, con ese tono firme que me enseñó a no romperme del todo—. Que alguien en pleno ataque te diga que te apartes no es un rechazo. Es miedo. Miedo a ser visto cuando está en su peor momento. Tu padre te apartaba porque no quería reconocer su problema.

—Lo sé, pero…

—¿Es el chico del que me has hablado?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no me llamarías por un paciente normal que ha tenido problemas. Si me llamas es porque te desborda la situación. Y si te afecta tanto solo puede significar que él te gusta de verdad.

—Sí, es Carter.

—Este chico… te apartó porque no quería que lo vieras desmoronarse. Eso no es lo mismo, y tú lo sabes.

Me pasa algo extraño entonces: me arde la garganta, pero también siento una especie de alivio al escucharla.

—Mi amor —dice ella—, tú ya no eres esa. Eres una mujer fuerte y con recursos. Y él tampoco es tu padre. Está sufriendo e intentando sobrevivir a algo que no entiende.

Cierro los ojos y dejo que sus palabras me atraviesen.

—No puedo verlo así, mamá —susurro—. Me parte el alma.

—Porque te importa —responde ella con una ternura que me derrite—. Significa que le tienes en tu corazón. Pero recuerda una cosa: no puedes salvarlo. Solo puedes acompañarlo cuando él decida dejar que lo acompañen.

Respiro hondo. Recuerdo que mi madre también tuvo que afrontar la depresión de mi padre y que también a ella le costó admitir las cosas. Ella tuvo que ser fuerte por todos nosotros.

—Gracias, mamá.

—Siempre —me asegura—. Y, Madison… no huyas solo porque te da miedo repetir la historia.

Colgamos. Me quedo un buen rato sin moverme, dejando que el silencio asiente cada palabra.

El móvil vibra entonces. Un mensaje.

Carter.

«Lo siento.»

Tres segundos después, aparece la notificación:

Carter ha eliminado un mensaje.

Mi corazón da un vuelco. ¿Por qué lo ha borrado?

Pero sí sé una cosa:

No voy a permitir que se haga esto a sí mismo.

No esta vez. Estaré a su lado. Pase lo que pase.

CAPITULO 30

CARTER

No recuerdo la última vez que pasé tres días sin poner un pie en el campo. Quizá cuando me lesioné el tobillo en la universidad. Pero entonces tenía a un equipo médico encima, a compañeros que venían a casa con pizzas baratas, a entrenadores llamando para asegurarse de que no me volviera loco.

Ahora no tengo a nadie. Y lo peor es que soy yo quien ha provocado ese vacío.

Voy del hospital a casa y de casa al hospital como un fantasma en piloto automático. Mi madre intenta no llorar delante de mí y Lily intenta sonreír, pero está tan cansada que a veces ni mueve los ojos. Y cada minuto que paso allí, viendo cómo su cuerpo pelea y pelea sin prometerme nada a cambio, siento que estoy fallando en todo. En el campo. En mi familia. En ser la puta columna que se supone que debo ser.

La expulsión del entrenamiento ha sido la gota final. Y se lo merezco. He tratado mal a todo el mundo. A todos.
Incluida Madison. Sobre todo, a ella.

Su ausencia es como un agujero en la piel. Sé que no debería necesitarla así —no tan pronto, no tan fuerte, no tan desesperadamente— pero la verdad me atraviesa cada vez que respiro: la eché cuando más la necesitaba. Y verla marcharse me rompió algo por dentro que no sé cómo reparar.

Estoy en el sofá, mirando un punto fijo del suelo, cuando llaman a la puerta. Unos golpes suaves, casi… considerados. Me froto la cara, cansado, rezando para que no sea otro vecino quejándose del ruido que hice anoche golpeando la pared.

Cuando abro, el aire se me queda atrapado en la garganta.

Madison.

De pie en mi puerta, con el pelo recogido deprisa, mirada seria, chaqueta sobre los hombros… y una determinación tan grande que casi da miedo.

—Quiero dejar las cosas claras porque parece que no te enteras, Carter Reed: no voy a dejarte solo —dice antes de que pueda respirar siquiera.

Me quedo paralizado. No sé qué esperaba, quizá un reproche, un discurso profesional, o que me dijera que era un idiota por cómo la traté. Pero lo que recibo es calidez.

—Madison… —mi voz se quiebra sin permiso—. No deberías estar aquí.

—Claro que sí —responde, dando un paso hacia mí—. Porque tú no sabes pedir ayuda, Carter. Así que voy a decírtelo yo: no

pienso irme de aquí hasta que me dejes entrar allí.

Siento un golpe directo en el pecho. Casi me echo hacia atrás por pura emoción.

—No soy tu responsabilidad —murmuro, intentando sonar firme.

—No estoy aquí para arreglarte —me corta, con un tono tan suave que me desarma—. Estoy aquí porque eso es lo que haces por alguien que te importa. Porque eso es lo que hacen las parejas, Carter. Porque no pienso dejarte caer cuando estás luchando por mantenerte en pie.

La palabra "parejas" me atraviesa como un rayo.
No en el sentido romántico; en el sentido de verdad. De compromiso. De realidad. Y ahí… me rompo.

Ni siquiera sé en qué momento ocurre. Solo siento que las rodillas se me aflojan y que ella da un paso rápido para sostenerme por los brazos. Apoyo la frente en su clavícula, incapaz de mantenerme en pie con dignidad. Y lo odiaría, si no estuviera tan vacío por dentro.

—Lo siento —susurro, y la voz no me sale. Es un ahogo, un lamento—. Lo siento por todo, Maddie. Por haberte tratado así. Por… por no poder con esto.

Ella me rodea con los brazos, sin miedo, sin exigir explicaciones. Me sostiene como si hubiera estado esperando justo este momento para demostrarme que no soy el monstruo que creo.

—Dime qué ha pasado —susurra sobre mi cabello.

Instintivamente niego con la cabeza, pero ella aprieta un poco más, como si supiera qué puerta tiene que mantener abierta.

—Lily… —la palabra sale en un sollozo ahogado—. No está respondiendo al tratamiento. Han dicho que… que ha empeorado. Y no sé qué hacer, Maddie. No sé cómo…

No puedo perderla. No puedo.

La frase se quiebra antes de llegar al aire.

Y entonces sí, lloro. Lloro como quien lleva demasiado tiempo sosteniendo un mundo entero sobre la espalda y finalmente no puede más. Mis manos se aferran a su cintura, mi respiración se rompe contra su pecho, y todo el dolor que he intentado controlar explota como una presa rota.

Ella no intenta callarme. No intenta consolarme con frases vacías. Solo me sostiene. Firme. Sus manos se deslizan por mi nuca mientras mi cuerpo intenta recuperar una estabilidad que ya no recuerdo.

—Estoy aquí —murmura, tan suave que casi lo confundo con mi propia conciencia—. No voy a irme.

Me aferro a sus palabras como si fueran aire.

Y por primera vez en mucho tiempo… respiro.



No sé cuánto tiempo llevo llorando en el sofá con la cabeza apoyada en su pecho. Podrían ser minutos. Podrían ser años. Todo lo que he estado conteniendo durante semanas —meses, quizá toda mi vida— se me ha caído encima como un edificio entero. Y, aun así, ella no me suelta. No me mira como si yo fuera un problema que resolver ni un hombre roto que necesita ser reconstruido. Solo… está. Calma pura.

Cuando mi respiración empieza a normalizarse y el temblor en mis manos disminuye, sigo sin poder separarme. Tengo miedo de que en cuanto levante la cabeza y la mire, todo esto se vuelva demasiado real. Pero también tengo miedo de no mirarla nunca más.

Ella respira hondo. Siento el movimiento en su pecho. Sé que está buscando valor para decir algo, y eso me pone más nervioso que cualquier bronca del entrenador.

—Carter… —susurra, y su voz no tiembla, pero tiene ese tono grave que anuncia que va a abrir una puerta importante—. Quiero contarte algo.

Mi cuerpo se tensa. No porque no quiera escucharla, sino porque no estoy acostumbrado a que nadie comparta conmigo lo que duele. Yo soy el que escucha, el que hace bromas, el que tapa las grietas. No el que recibe verdades.

Levanto la mirada despacio. Ella también me mira, pero no con pena. Con decisión.

—Mi padre era entrenador de jugadores profesionales —empieza—. Vivió bajo una presión enorme durante años. Nunca pidió ayuda. Nunca habló con nadie. Y la ansiedad lo fue consumiendo hasta que… hasta que dejó de ser él.

Sus palabras avanzan sin dramatismo, pero cada una me golpea como si llevara mi nombre escrito. La veo tragar saliva, respirar, obligarse a continuar.

—Mi padre no murió, pero… la persona que era desapareció —empieza, y su voz es suave, nada dramática, solo verdad—. Crecí viendo cómo la ansiedad lo devoraba por dentro. Yo era una niña, Carter. Y durante mucho tiempo pensé que si hubiese sido más buena, más lista, más fuerte… quizá podría haberlo ayudado.

Traga saliva, pero no mira al suelo. Me mira a mí.

—Hoy no soy esa niña, Carter. Y no estoy aquí porque quiera reparar nada del pasado, ni porque seas un "caso", ni porque piense que necesitas que alguien te rescate.

Su mano sube a mi mejilla, y esa simple caricia me parte la respiración.

—Estoy aquí porque te quiero. Porque las parejas no solo están para los momentos bonitos, para las risas y las cenas improvisadas… también están para los días en los que todo se desmorona. Y yo… —su voz se quiebra apenas, pero no retira la mirada— quiero estar contigo en ambos. En lo bueno y en lo jodidamente difícil.

Mis pulmones fallan un segundo. Están ardiendo. Ardiendo por un amor que no se si merezco.

Ella continúa, todavía más cerca:

—No quiero que cargues esto solo. No tienes que demostrarme que puedes con todo. Estoy aquí porque te elijo, incluso cuando tú no puedes elegirte a ti mismo. Y no voy a irme, Carter.

—No merezco esto —logro decir, con la voz rota. Mi respiración vuelve a desordenarse, pero ya no por ansiedad, sino por la forma en que me está mirando—. No merezco que estés aquí.

Ella niega suavemente, como si la idea misma fuera absurda.

—Eso no lo decides tú. Lo decido yo.

Sus frentes se tocan. Su aliento se mezcla con el mío. Es un gesto pequeño, pero tan íntimo que me obliga a apretar los ojos para no derrumbarme otra vez.

Yo, Carter Reed, que nunca dejo que nadie vea mis grietas, estoy temblando en brazos de una mujer a la que hace meses habría tratado como un reto más.

Y, aun así, la única verdad que siento es que quiero quedarme aquí. En este sofá. En este lugar donde no necesito ser un superhéroe.

Ella acaricia mi rostro con el pulgar, se queda un segundo más y añade:

—Voy a estar contigo. Pase lo que pase.



Volver al club después de lo que hice se siente como volver a un campo de batalla, pero no por el ruido ni por la presión… sino por la vergüenza. Sé que tengo que hacerlo. Sé que tengo que mirarlos a la cara, y sé que la disculpa no va a arreglar todo, pero es el primer paso para no convertirme en el hombre que juré no ser.

Madison camina a mi lado por el pasillo principal. No me toca, pero su presencia es un recordatorio constante de que incluso los peores días pueden sostenerse si alguien te tiende una mano. Antes de entrar al vestuario, ella me mira, aprieta suavemente mi antebrazo y dice:

—Estás listo. Ve.

Y por algún motivo, le creo.

Empujo la puerta del vestuario y el murmullo de los chicos se detiene de golpe. Todos me miran: Marc, Kevin, Niall, el resto del equipo. No hay hostilidad. Están esperando algo de mí… algo que, hasta hace poco, yo no sabía dar.

Trago saliva y doy un paso al centro.

—Sé qué hace unos días… —me quedo sin voz un segundo, pero me obligo a continuar—me comporté como un idiota. Me enfadé con todos, con el mundo, y pagué mi mierda con quien no debía. No hay excusas. Lo siento. De verdad.

Se hace un silencio espeso. Y entonces Marc se adelanta, se cruza de brazos y asiente.

—¿Terminaste? —pregunta.

—Sí —respondo, porque no sé qué más añadir.

Marc intercambia una mirada rápida con Kevin, y antes de darme cuenta, ambos se acercan y me envuelven en un abrazo torpe, fuerte, completamente inesperado. Detrás de ellos, los demás se suman: palmadas pesadas en la espalda, apretones de hombro, manos que no intentan consolar… sino acompañar.

—Somos un equipo, Reed —dice Kevin contra mi oreja—. No eres el único que tiene días de mierda. Pero no vuelvas a desaparecer así, joder.

—Estábamos muy preocupados, tío.

—Y no vuelvas a abrirme la ceja —murmura Niall, aunque está sonriendo.

La risa que nos atraviesa a todos aligera el aire.

Por primera vez en días, siento que puedo respirar sin dolor.

—Gracias, chicos —digo, y la palabra "gracias" parece demasiado corta para lo que siento, pero es lo único que tengo.

Ellos vuelven a sus puestos, hablan como si nada, pero se nota que hay un cambio. Que esto no ha roto nada. Que sigo perteneciendo aquí, incluso cuando fallo.

A unos metros, desde la entrada del vestuario, Madison está apoyada en el marco de la puerta. Habla por teléfono, organizando algo con voz firme y profesional, pero me dedica una mirada fugaz que me atraviesa entero. Sin sonrisa, sin gesto… solo esa conexión silenciosa que dice:

Lo estás haciendo bien.

CAPITULO 31

MADISON

Las semanas siguientes pasan en un equilibrio tan delicado que a veces temo romperlo solo con pensarlo. Carter está haciendo un trabajo inmenso, más de lo que jamás habría imaginado al conocerlo. Se presenta a cada sesión con el nuevo terapeuta, un hombre de confianza que sé que podrá ayudarlo mejor que yo, porque ese límite era necesario. No podía seguir siendo su psicóloga.

Y, aun así, estoy en cada paso. Como pareja. Como apoyo. Como alguien que, simplemente, lo quiere.

Verlo trabajar sus emociones, enfrentarse a sus sombras sin huir, reconocer en voz alta lo que siente… es una mezcla de alivio y orgullo que me golpea cada día. Ha pasado de ser un torbellino impulsivo a un hombre que intenta respirar antes de gritar, pensar antes de romper, sentir antes de negarse a sí mismo. A veces lo consigue. A veces no. Pero en todas esas ocasiones, lo intenta. Y eso vale más que cualquier perfección.

Visitamos a Lily juntos tan a menudo como podemos. Es imposible no enamorarse de ella.

Tiene una energía luminosa que ni la enfermedad logra apagar, y una lengua afilada capaz de poner de rodillas a su hermano mayor sin piedad. Adora a Carter con una devoción que me derrite, pero también es la única persona capaz de llamarle "drama king" sin pestañear, lo cual me parece maravilloso.

Cada visita me confirma algo que quizá siempre supe: Carter Reed es un buen hombre.

Un hombre que ama con una intensidad feroz. Un hombre digno de recibir lo mismo.



Estoy en mi despacho, intentando concentrarme en un informe, cuando escucho pasos acelerados y una respiración agitada en el pasillo. No necesito más de un segundo para reconocer ese sonido; es Carter. Entra como una ráfaga antes siquiera de que pueda levantarme, y cuando lo veo —ojos brillantes, mejillas encendidas, pecho agitado como si hubiera corrido una maratón— ya sé que algo ha ocurrido.

—Maddie… —dice, y su voz es una mezcla imposible de incredulidad y alivio—. Funcionó.

El aire se me corta. Dejo los papeles sobre la mesa y camino hacia él, sintiendo el corazón treparme a la garganta.

—¿Qué ha funcionado? —pregunto, aunque mi cuerpo ya sabe la respuesta.

Él traga saliva, se lleva una mano al cabello y entonces lo suelta todo de golpe, como si su alma entera corriera detrás de esas palabras.

—El tratamiento. Lily está respondiendo. Está mejorando. De verdad. Una mejora real, Maddie. El médico dice que por primera vez… por primera vez hay luz.

El mundo se me vuelve un borrón cálido y húmedo. Una oleada de emoción me atraviesa y noto cómo mis ojos se humedecen, incapaces de contener esa mezcla de alivio y esperanza. Él se ríe —una risa rota y preciosa—, me toma el rostro con ambas manos y apoya su frente en la mía como si necesitara anclarse a algo tangible para no deshacerse.

—Es… es la mejor noticia que he recibido en mi vida —susurra, y siento cómo su respiración tiembla contra mis labios.

No creo haber visto nunca una felicidad tan pura en alguien como la que veo ahora en él. Pero entonces su expresión cambia y cuando vuelve a hablar, su voz vibra con una emoción completamente distinta.

—Hay algo más. Cuando justo íbamos a terminar la llamada, el médico… mencionó tu nombre.

Me quedo quieta. Muy quieta. No quería que lo supiera.

—¿Qué… qué dijo? —pregunto con cautela.

Carter da un paso más, pegándose a mí, como si ese gesto le diera fuerza.

—Dijo que agradecía tu mediación. Que, sin tus llamadas, tus contactos y tus presiones, el proceso habría tardado mucho más. Que quizá demasiado.

Aprieto los labios y desvío la mirada, sin saber dónde colocar las manos. No lo hice por reconocimiento; lo hice porque podía, porque debía hacerlo, porque amaba a las personas a las que afectaba.

—Maddie, eres la mujer más maravillosa del mundo.

Mi corazón se derrite despacio, como si alguien lo apretara con firmeza y lo llenara de luz al mismo tiempo.

—Te quiero —dice entonces, sin temblar, sin dudar, sin esconderse detrás de máscaras o chistes—. Maddie, te quiero.

Y ahí sí que dejo de respirar. Me lanzo a besarlo, o él me besa a mí, o simplemente nos encontramos en un punto medio donde todo arde. Es un beso intenso, profundo, cargado de todo lo que hemos vivido y de lo que todavía no entendemos. Él me sostiene como si yo fuera la certeza que llevaba meses buscando. Yo lo

abrazo como si mis brazos supieran antes que yo que este hombre ya forma parte de mi vida.

Y entonces…

—¡¡¡BRAVOOOOOOOOOO!!! —un grito ensordecedor estalla en el pasillo. Carter ha dejado la puerta abierta con la emoción de la noticia.

Nos separamos apenas unos centímetros, lo justo para ver el espectáculo. Jugadores, fisioterapeutas, técnicos, incluso el entrenador. Todos mirando. Todos sonriendo. Todos… aplaudiendo.

—¡SEÑORES, HISTÓRICO MOMENTO! ¡CARTER REED, EL INVENCIBLE, ¡HA CAÍDO ENAMORADO! —grita Niall a pleno pulmón.

Marc se lleva las manos a la cabeza, fingiendo un colapso.

—No estoy preparado para esto. Pensé que primero veríamos nevar en agosto.

Kevin levanta su batido de proteínas como si fuera champán.

—Brindemos. Por fin podremos dormir tranquilos sabiendo que Reed ha dejado de huir de sus emociones.

Callie y Megan chistan, emocionadas hasta la médula.

—¡YA ERA HORA! —celebra Megan.

—¡Y delante de todos! Esto es de película —añade Callie.

Carter apoya su frente en mi sien y suelta una carcajada baja, vibrante, completamente feliz.

—Creo que acabo de crear un monstruo —murmura.

—¿Cuál? —pregunto aun sonriendo.

—Todos ellos. No van a dejarme en paz en años.

Pero sonríe. Y yo también. Y de pronto siento que este es uno de esos momentos que se quedan guardados para siempre.

Cuando vuelvo a mirarlo, entiendo que algo importante acaba de cambiar entre nosotros, algo que ya no tiene marcha atrás. Y, sorprendentemente, no me asusta. Estoy rodeada de compañeros que aplauden, de bromas que me hacen reír y de un caos que, por primera vez, se siente como el mejor lugar en el que podría estar. Y en medio de todo, está él. Carter. Mirándome como si nada en el mundo tuviera más sentido que esto. Y en ese momento lo tengo claro: no sé qué vendrá después, pero sí sé que quiero vivirlo a su lado.

EPILOGO

NIALL

El ruido del estadio es tan fuerte que lo siento vibrar en las costillas mientras corro la ruta que he repetido mil veces en entrenamientos. El pase sale perfecto de la mano de Marc: una espiral limpia, rápida, casi arrogante. La atrapo sin pensarlo, giro sobre los talones y esquivo al defensa que llega tarde. Otro paso, dos más… y cruzo la línea de touchdown.

El estallido de gritos es inmediato. Compañeros corren hacia mí, chocan sus cascos contra el mío, me golpean la espalda con esa mezcla de celebración y brutalidad que solo un jugador entiende. Intento sonreír, disfrutar del momento, pero un pensamiento se impone por encima del resto.

Ella.

Alma.

Mi mejor amiga desde que medía un metro cuarenta y llevaba un aparato rosa que brillaba más que las luces de Navidad. La única persona capaz de hacerme reír incluso cuando perdemos, la única

que sabe exactamente cómo tomo el café, la única que me mira como si supiera lo que estoy pensando incluso antes que yo.

Y la única a la que nunca he tenido cojones de decirle lo que siento.

Miro hacia la grada por puro instinto, como siempre. Y ahí está. La veo en el mismo sitio de siempre, con una sudadera enorme, el pelo algo despeinado y esa sonrisa torcida que me mata a cámara lenta. Está de pie, aplaudiendo como si yo hubiera descubierto la cura de una enfermedad mortal en vez de atrapar una pelota.

Por un segundo, muy breve, muy jodidamente peligroso, me permito imaginarlo:

Bajo del campo.

Camino hacia ella.

Le cojo la cara entre las manos.

La beso con pasión.

Y le digo que este touchdown, y todos los que vengan, son para ella.

Pero no lo hago.

No lo haré hoy.

Tal vez nunca tenga las agallas.

Kevin aparece a mi lado y me da una palmada que casi me deja sin aire. Se ríe, me felicita, dice algo sobre que voy a batir récords este año. Yo asiento sin escucharlo del todo, aún mirando

hacia la grada donde Alma sigue sonriendo, ajena al desastre sentimental en el que me tiene hundido desde hace años.

—¿Y tú cuándo piensas decirle algo? —murmura Kevin, siguiéndome la mirada con total descaro.

—Deja de flipar —respondo, intentando sonar convincente—. Es Alma.

—Precisamente —dice él, encogiéndose de hombros—. Y te mira como si fueras el héroe de su película favorita. Haz algo antes de que el destino se canse de ponerse de tu lado, tío.

Intento bromear, cambiar de tema, lo que sea, pero una parte de mí sabe que él tiene razón. Y, aun así, también sé que ahora mismo no puedo. No tengo las palabras. No tengo el valor. No tengo nada más que este momento y la esperanza silenciosa de que algún día… quizá.

Vuelvo a buscarla con la mirada. Alma me encuentra de inmediato y hace nuestra señal secreta con las manos, como siempre, como si ese gesto simple fuera un cable directo al centro de mi pecho. Yo le devuelvo la señal, fingiendo que todo es fácil. Que todo es simple.

Pero no lo es. No cuando se trata de ella.

PRÓXIMAMENTE



NOTA DE AUTORA:

Con esta historia quería reflejar el peso de las responsabilidades y lo que la presión puede hacer a las personas. Espero que la hayas disfrutado.

Me encantaría que pudieras dejarme una reseña del libro en Amazon. Eso me ayudaría muchísimo a que nuevas lectoras puedan descubrirla.

Muchas gracias

Puedes seguirme en mis redes sociales:
@charlottelion.writter
Instagram y TikTok

OTRAS NOVELAS

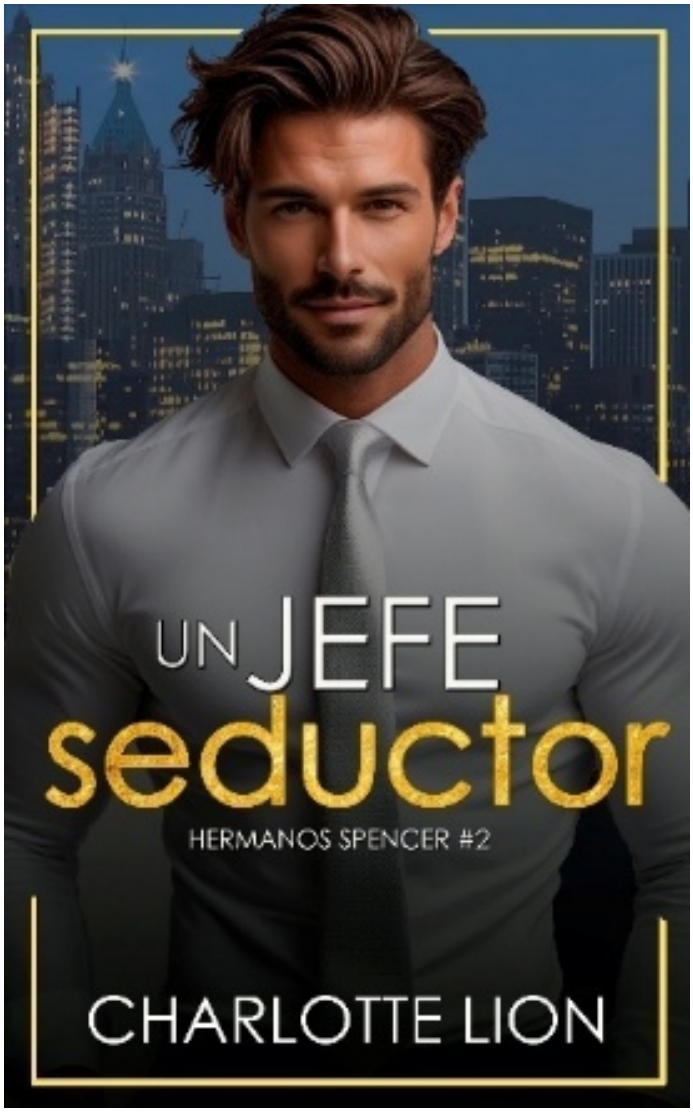
Trilogía Hermanos Spencer

Los hermanos Spencer te tentarán
Tres hermanos. Un imperio inmobiliario. Pasión, traición y secretos que lo cambiarán todo.

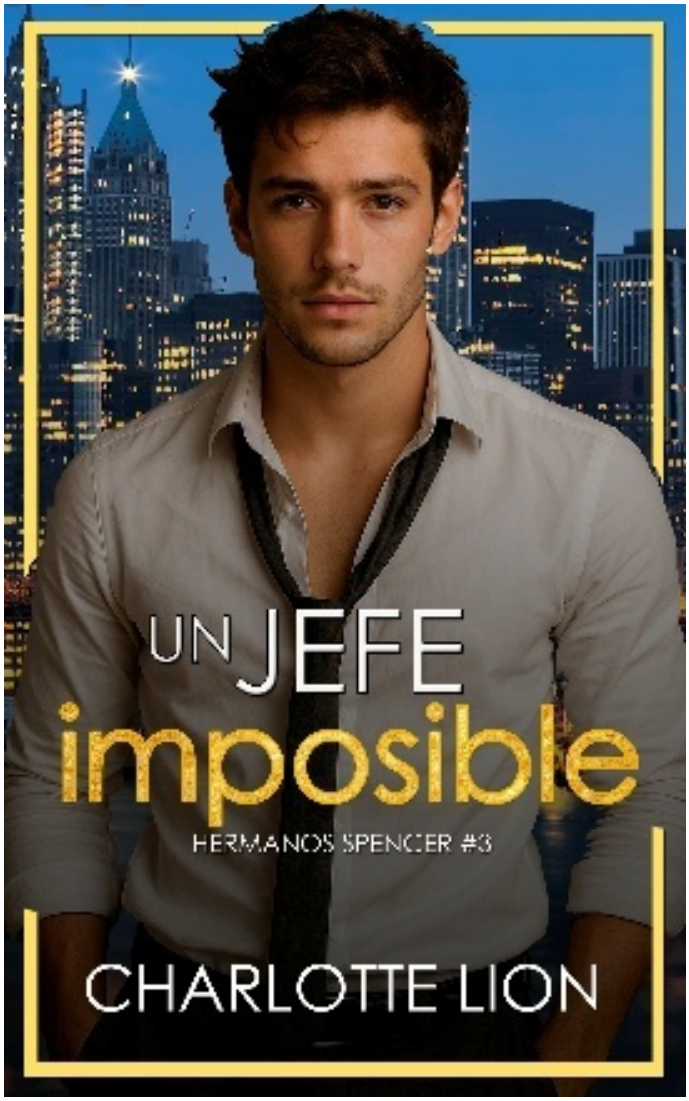
Disponible en Amazon en formato físico, digital y gratis en Kindle Unlimited



ENLACE DE COMPRA



ENLACE DE COMPRA



ENLACE DE COMPRA